

El asesinato del hombre perfecto

Elizabeth Gill



Editores
SHERLOCK

Título original: What dread hand?

1932, Elizabeth Gill. Publicado por primera vez en 1932 por Cassell & Co.

Traducción, adaptación y edición © 2018, Clara Ramírez de Arellano Ruiz.

Todos los derechos reservados.

Revisión del texto: Ana García Alegre

Diseño de cubierta: Alberto Zuya Valladolid

Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ninguna forma, ser almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitirse de ningún modo por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin el permiso escrito de Clara Ramírez de Arellano Ruiz, excepto para citas breves o artículos críticos y revisiones.

Todos los personajes y situaciones que aparecen aquí son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Sobre Sherlock Editores

A medio camino entre Sherlock Holmes y Agatha Christie, esta colección inédita de novelas policiacas de la edad de oro del misterio entretiene, intriga y divierte a partes iguales.

Más información sobre otros libros de la edad de oro del misterio en www.sherlockeditores.com

[Capítulo 1 | Preparándose para la gran noche](#)
[Capítulo 2 | *El lirio del valle*](#)
[Capítulo 3 | Gran ovación](#)
[Capítulo 4 | “Après la guerre fini”](#)
[Capítulo 5 | En la lista negra](#)
[Capítulo 6 | En la lista negra \(II\)](#)
[Capítulo 7 | En Francia](#)
[Capítulo 8 | El atraco](#)
[Capítulo 9 | El Tigre](#)
[Capítulo 10 | ¡Se ha escapado!](#)
[Capítulo 11 | *Swiss milk*](#)
[Capítulo 12 | Ojalá pudiera acordarme](#)
[Capítulo 13 | Un baile de máscaras](#)
[Capítulo 14 | Rojo y negro](#)
[Capítulo 15 | Huida en la oscuridad](#)
[Capítulo 16 | *Whisky irlandés*](#)
[Capítulo 17 | Allanamiento de morada](#)
[Capítulo 18 | Verán, yo sé quién le mató](#)
[Capítulo 19 | Suben las apuestas](#)
[Capítulo 20 | La bella y la bestia](#)
[Capítulo 21 | El águila](#)
[Capítulo 22 | Cabaret](#)
[Capítulo 23 | Los bosques de la noche](#)
[Capítulo 24 | Seis personajes en busca de un criminal](#)
[Capítulo 25 | La clave está en la obra](#)
[Capítulo 26 | La explicación](#)
[Sobre la autora](#)
[La edad de oro de la novela de misterio](#)
[Muerte en el Britannic \(extracto\)](#)

Capítulo 1 | Preparándose para la gran noche

La nariz de Julia detectó aromas de al menos cuatro perfumistas diferentes mientras esperaba su turno para acceder a uno de los grandes espejos. “Cuántas hectáreas de flores”, pensó, “serán sacrificadas para cada temporada londinense”. Su mente vagó hacia las granjas de flores de Grasse, idílicas imágenes de campos rebosantes de lavanda, pero un tacón inoportuno la hizo regresar a la realidad y, con un sobresalto, agarró su falda para ponerla a salvo.

El tocador de señoras del Metz estaba abarrotado y el calor resultaba sofocante en una noche de verano ya cálida de por sí. Cada espejo devolvía la imagen de algún rostro concentrado en la tarea de empolvase las mejillas o retocarse los labios. Manos enjovadas protegían faldas vaporosas y elegantes damas vestidas de verde, de rosa, de amarillo... se abrían camino a codazos obstaculizándose mutuamente el paso. Por fin, Julia consiguió hacerse un hueco frente al espejo.

Observó su imagen y se sintió satisfecha. El elegante satén blanco de su modelo de Molyneux realzaba su esbelta figura y le daba la distinción de un lirio extraviado en un ramo de estridentes claveles. Su abundante cabello castaño coronaba una frente amplia y despejada y sus ojos rasgados revelaban humor e inteligencia. Unas pecas en la nariz subrayaban el aire de colegiala que Julia Dallas conseguía mantener a los veintitrés años.

“La verdad”, pensó mientras se alejaba del espejo, “es que tengo exactamente el aspecto que debe tener una futura *lady* Kulligrew”. Y, recordando que había dejado a Charles esperando, dirigió una mirada de simpatía a la asistente del tocador, dejó caer un chelín en el platillo y se dirigió hacia el gran *hall* del edificio.

El saber que iba perfecta para la ocasión no evitó, sin embargo, que le fallara la confianza en sí misma al acercarse a Kulligrew. “Es absurdo”, se dijo por enésima vez, “llevo tres meses comprometida con este hombre encantador, inteligente y distinguido, le conozco a la perfección, estoy segura

de que le quiero... o al menos eso creo cuando no le tengo delante...”. Forzó una sonrisa, tomó a Charles del brazo y comenzó a charlar de forma insustancial para vencer su creciente timidez.

Bastaba un vistazo para darse cuenta del atractivo de lord Charles Kulligrew. Unos ojos inteligentes suavizaban una complexión fibrosa que, sin ellos, tal vez se habría parecido demasiado a la de un caballo de carreras. Alto y moreno, caminaba con una leve cojera, provocada por un proyectil alemán durante la guerra. Era una de esas personas que parecen haber sido injustamente favorecidas con una multitud de talentos, cualquiera de los cuales habría bastado para proporcionar fama y fortuna a un hombre común: en Oxford era recordado tanto por sus proezas atléticas como por sus premios de poesía, el libro que había publicado sobre su expedición azteca había sido un éxito de crítica y público, durante la guerra se había distinguido en el Servicio de Inteligencia... Y a pesar de todo esto, era un hombre habitualmente modesto que odiaba que le recordaran sus hazañas.

Se había comprometido con Julia Dallas en parte porque admiraba su belleza e inteligencia y en parte porque, al haberla conocido desde niña, nunca le había tratado con la adoración que había visto en los ojos de otras mujeres. Sin embargo, y para consternación mutua, el compromiso solo había complicado su antigua amistad en vez de enriquecer su relación y, cuando tenían que verse, siempre trataban de que no fuera a solas, aunque no se dieran cuenta de ello.

—He tardado una eternidad, Charles, lo siento. Espero que no te hayas aburrido mucho. Es un plan magnífico el de hoy, ¿no crees? Tengo la intuición de que la obra de Martin Pitt va a ser todo un éxito. ¿Has conseguido que venga a cenar con nosotros? No me has dicho aún a quién has invitado.

—A un grupo pequeño pero selecto —contestó él sonriendo—. El profesor Edward Milk, *miss* Agatha Milk, Benvenuto Brown... y nosotros dos. Intenté convencer a Martin pero tenía ya un compromiso con su productor, Terence Rourke. Los veremos ahora en el restaurante, supongo. Mira... ¿no son esos el profesor y Agatha?

Dos personas descendían en ese momento de un taxi en la plaza Piccadilly. Un hombre ya anciano, alto y encorvado, parecía algo confuso intentando pagar el taxi a la vez que ayudaba a una dama a salir de él. La

mujer, hermana del anciano, parecía enfriar el ambiente solo con su presencia. También muy delgada, era bastante más baja que él y este tenía que agacharse para oír lo que le estaba diciendo.

—Dos peniques habrían sido más que suficiente, Edward. Me gustaría que no lo olvidaras todo el tiempo. El diez por ciento de propina es la cantidad correcta para las clases inferiores...

Un sirviente acompañó al profesor hacia el guardarropa mientras ella le seguía con mirada ansiosa.

Julia apretó el brazo de Kulligrew.

—Mmm... este es un momento interesante —le susurró al oído—. Espero que llegue sin incidentes hasta el ropero. La última vez que acompañé al profesor al teatro, se levantó y se quitó con toda tranquilidad la chaqueta y el gabán en medio de la representación, ante las protestas generales.

Lanzó una carcajada y fueron a saludar a Agatha, cuyos finos labios esbozaron una cálida sonrisa al verlos.

—Mis queridos niños, ¡qué alegría! Me temo que hemos llegado con retraso, pero Edward no podía escaparse antes de Oxford. Llegará en un instante, está dejando el abrigo en el guardarropa.

—Haces bien, Agatha, en no acercarte al tocador. El tráfico y el calor son insoportables.

—Yo ya me he aseado en el hotel antes de salir, querida.

El tono glacial de Agatha sugería que, si fuera por ella, haría desaparecer todo el maquillaje del mapa. Y, con un tono de voz más suave, añadió:

— Me alegro de verte de blanco. Todas las jóvenes deberían ir vestidas de blanco.

—Tiene un aspecto magnífico, ¿verdad? —comentó Charles mirando a Julia con aprobación.

Esta se acercó al profesor Milk, que la saludó con afecto.

—*O matre pulchra filia pulchrior*. ¡Qué alegría verte, Julia!—declaró el profesor y, volviéndose hacia Kulligrew, agregó—: Es muy amable por tu parte, querido Charles, invitarnos a esta pequeña velada. Es todo un lujo para Agatha... y para mí también, por supuesto. Confieso que yo también estoy emocionado de asistir a una obra de Martin Pitt. Un autor la mar de prometedor...

Kulligrew asintió.

—Pitt es un gran hombre, profesor. Es una pena que nunca haya gozado del reconocimiento que merece. Aunque esta vez parece que todo Londres ha acudido a ver la representación... Bien, ¿entramos ya y pedimos un *cocktail*? Benvenuto Brown cena también con nosotros esta noche pero ha llamado para avisar de que llegará con retraso, así que no le esperaremos. Está trabajando en uno de sus cuadros.

Julia tomó al profesor del brazo y le guio por un pasillo suavemente iluminado hasta la puerta del restaurante donde Mario, el imponente maître, esperaba a los clientes.

—Buenas noches, *miss* Dallas... buenas noches, señores. Tienen reservada la mesa frente a la ventana... ¿no es así, lord Charles? Acompañenme, por favor.

Hablaba con la autoridad que solo dan muchos años transcurridos en un ambiente tan caro y exquisito. Dirigió al grupo hasta una mesa ovalada desde la que se disfrutaban unas magníficas vistas del parque y, como última deferencia, recolocó con sus propias manos las orquídeas verdes que ocupaban el centro de la mesa.

Todos tomaron asiento y Julia dirigió una sonrisa de agradecimiento a Charles. Este hombre lo hacía todo bien: su restaurante favorito, su mesa favorita, sus flores favoritas... Miró a su alrededor complacida con la decoración, elegante aunque anticuada y decadente, escuchó el murmullo de las conversaciones del restaurante y el rumor lejano del tráfico de Piccadilly, deslizó su mirada sobre la porcelana, la plata, las flores, los tonos rojos y amarillos del vino, los brazos y manos, repletos de joyas, que descansaban sobre los blancos manteles de lino... y pensó que no había nada mejor que Londres durante la temporada. Se giró hacia el profesor, sentado a su lado:

—¿Te acuerdas de cuando me trajiste aquí de pequeña por mi cumpleaños? Nos sentamos en esa esquina de allí y me ibas contando quién era la gente que entraba... ¡Y solo cuando llegaste a la reina de Saba comencé a sospechar algo raro!

—Querida, de lo único que me acuerdo es de que tú parecías una princesita y que la cena resultó terriblemente cara.

El profesor sonrió ante el recuerdo de esos tiempos lejanos, cuando acababa de ser nombrado tutor de Julia, y alargó distraído una mano hacia la copa.

—¡Edward! —la voz de Agatha tronó a su lado—. ¡Tus pastillas!

—Claro, claro... Qué despiste... La emoción de la velada...

Buscó torpemente por los bolsillos de su chaqueta. Una mano se posó sobre su hombro.

—¿Aún se dopa, profesor?... Mis disculpas, Charles, llego tarde. Llevo un día de infierno. Agatha, ¿cómo estás?... Julia, pareces un copito de nieve, ¿puedo sentarme a tu lado?

Sin esperar respuesta, Benvenuto Brown se dejó caer en una silla al lado de Julia, tomó un *cocktail* y brindó a la salud de los presentes.

—¡Creía que ya te habías olvidado de nosotros, Ben! ¿Cómo va tu pintura?... ¿Y el crimen? —preguntó Kulligrew.

Benvenuto sonrió antes de contestar. Su mirada reflejaba buen humor y, solo con su presencia, consiguió que el grupo se sintiera más relajado. Hasta Agatha pareció aflojar la mano de la copa que agarraba con fuerza.

—Deprimentes... ambos —contestó él—. Este país está demasiado bien alimentado y ha abandonado la carrera delictiva... Soy yo el que va a cometer un crimen uno de estos días. Estoy retratando a una mujer que quiere que pinte brillos en *todas* las perlas de su collar... ¿De qué va esta obra que vamos a ver? No conozco gran cosa de Martin Pitt, aunque me suena haber visto algo suyo en algún teatro de barrio.

Kulligrew asintió.

—Es un hombre brillante, pero no ha tenido suerte hasta el momento. Estuvo en Oxford conmigo y llegué a conocerle bastante bien. Tiene un cerebro muy interesante. El profesor también le conoce... ¿No cree, señor, que algún día será reconocido como el gran hombre que es?

El profesor levantó la vista de su caviar con aire distraído.

—¡Ah! Sí, sí... Profeta en su tierra y eso. El reconocimiento de las masas es caprichoso, ya se sabe...

Suspiró y volvió a concentrarse en su plato.

—Yo debo mucho a Pitt —continuó Kulligrew pensativo—. En mi cabeza está asociado a Blake, Shelley, Pope... Supongo que yo habría leído ya a todos esos autores antes de conocerle a él, pero con Pitt parecía que cobraban vida. La primera vez que le vi estaba paseando por Port Meadow, cerca de Oxford. Leía en voz alta un libro de poesía mientras lo protegía de la lluvia con su sombrero. Era un tipo extraordinario, muy pálido y rubio, casi etéreo, lleno de pasión por la literatura. Tuve suerte y le caí bien ese día o no me habría vuelto a dirigir la palabra. Sus modales en ese sentido son

inexistentes. Después de eso, seguimos compartiendo lecturas durante casi cuatro años. No conozco a nadie que ame la literatura tanto como él.

—¿Y cómo es en otros aspectos? —preguntó Julia—. Solo he coincidido una vez con él, en una reunión social. Me lo presentaron, pero no me habló y se marchó en cuanto pudo. Pensé que era un hombre muy atractivo físicamente, pero nada más.

Kulligrew lanzó una carcajada.

—En cierta manera es como un niño. Si le hubieras hablado de algo que él hubiera considerado un tema apropiado para una mujer, como recetas o telas, probablemente te habría respondido con toda cortesía... pero tiene unas ideas muy anticuadas sobre las mujeres. Creo que además es extremadamente tímido y muy sensible a la opinión de la gente así que evita a toda costa los temas personales y tiende a resultar muy pedante. Esto le inhabilita por completo para las reuniones sociales o para las amistades íntimas. Se niega de manera invariable a charlar de algo que no le parezca mínimamente interesante.

—Pésima cualidad en un autor —terció Benvenuto.

—No estoy tan seguro. De esta forma evita que la gente le haga perder el tiempo y está centrado en lo suyo. Aunque admito —añadió sonriendo— que resulta francamente irritante a veces... Creo que necesita ser valorado para humanizarse. No lo admitiré jamás, pero pienso que el hecho de que ninguna de sus obras anteriores haya triunfado le ha afectado profundamente. Espero que esta noche sea un gran éxito.

—Nadie habla de otra cosa en la ciudad —comentó Benvenuto—. Y creo que es gracias a nuestro amigo Rourke, que no solo tiene un criterio impecable sino que es uno de esos malditos irlandeses que contagian su entusiasmo a todo el mundo. Conoces a Rourke, ¿verdad?

El rostro de Kulligrew pareció nublarse mientras miraba incómodo a su alrededor.

—Le conozco de toda la vida. Estuvimos juntos en la guerra. Debería de estar ahora por aquí, Pitt me comentó que cenaba hoy con él. ¿No es esa su mesa, allí en la esquina?

Siguiendo la dirección de su mirada Julia atisbó la rubia cabeza de Martin Pitt inclinada en dirección a una dama vestida de rosa. Enfrente de ellos se sentaba un hombre que les sobrepasaba en una cabeza por lo menos y que, incluso a distancia, transmitía fuerza y vigor. Una masa de cabello

canoso peinado hacia atrás dejaba ver una cara sorprendentemente joven.

Así que ese era Terence Rourke, el hombre que, en solo dos años, se había labrado la reputación de ser el mejor productor teatral de Londres. Julia le observó con interés mientras se preguntaba por qué Charles no habría mencionado a la mujer que les acompañaba. Justo en ese momento, le oyó comentar que la dueña del vestido rosa era Louise Lafontaine, la protagonista de la obra de Pitt.

—Una criatura encantadora —opinó Benvenuto—. La he visto actuar una vez. Está especializada en el papel de vampiresa, ¿no es así?

Kulligrew frunció el ceño.

—Su propio éxito la ha condenado. En el escenario ha superado incluso a Tallulah Bankhead en el arte de quitarse la ropa pero, en realidad, es una actriz excelente y Rourke ha tenido el buen juicio de darse cuenta. Hoy la vas a ver en un papel completamente diferente.

—Pues no parece que haya cambiado mucho sus hábitos —subrayó Agatha con acidez contemplando la espalda desnuda de Louise.

A Julia se le escapó una pequeña carcajada, reprimida de inmediato ante el silencio reprobador de Charles. Incómoda, tomó un sorbo de su copa y pensó que lo que estaba sospechando era solo una tontería. Ni siquiera sabía si Charles conocía bien a Louise y, aunque así fuera, su prometido tenía ya treinta y ocho años, era normal que hubiera mujeres en su pasado. En ese momento se imaginó a Charles en el lugar que ocupaba Pitt en ese instante y pensó con dolor que el velo de timidez que parecía existir siempre entre ellos dos probablemente no existiría entre Charles y ese vestido rosa... Levantó su mirada hacia él. Kulligrew estaba hablando en ese momento con Benvenuto.

—La obra se llama *El lirio del valle*.

—Como el poema de Blake: “Regocíjate, humilde hierba, flor de lirio recién nacida...”

—Exacto. —Kulligrew le miró con respeto—. Trata de una familia pobre que emigra a la ciudad. Se centra principalmente en la hija, Lily, una de esas criaturas maravillosas que crecen de forma milagrosa en los extrarradios más humildes de Londres. Pasan horas infinitas detrás de un mostrador o una máquina de escribir para terminar la jornada derrotadas en un autobús o un tren que les lleve a Putney o a Ealing y así día tras día.

—Sé a lo que te refieres —le interrumpió Benvenuto, agitando su tenedor en el aire—. Mujeres fantásticas que se pasan la vida trabajando y,

salvo alguna rara excepción, pasan sin pena ni gloria por la vida... Esto me interesa, cuéntame más de la obra.

—No, no quiero estropearle la sorpresa. Además, la trama es solo una excusa. El interés de la obra es psicológico. Consiste en comprobar las diferentes reacciones de los personajes ante un acontecimiento inesperado — y agregó sonriendo—: En seguida te vas a dar cuenta de a qué me refiero.

Benvenuto miró pensativo a Kulligrew.

—No seré feliz hasta que no haya conocido a Pitt. Has descrito una personalidad tan contradictoria que... ¡Vaya! ¡Fijaos! ¡Nuestros amigos deben de estar ensayando!

Algunos comensales se habían levantado de sus sillas y miraban con curiosidad a Terence Rourke que, con una especie de sable en la mano, daba estocadas a un asustado camarero mientras Pitt y su acompañante intentaban frenarlo.

—Una escena magnífica —susurró Benvenuto a Julia—. Ese es su famoso bastón-espada. Será mejor que vaya a calmarlo antes de que alguien llame a la policía.

Y con estas palabras se marchó para hablar con su amigo. Consiguió tranquilizarlo y ambos se acercaron a la mesa de Charles. La furia de Rourke había desaparecido tan rápidamente como había venido. Saludó formalmente al grupo con una inclinación de cabeza y se disculpó por su comportamiento.

—Espero que el camarero haya salido ileso —observó Julia, sin saber muy bien qué decir ante una situación tan particular—. No parece que haya tenido usted mucha consideración por él.

—¡Ah! Espero que no piense eso en serio. El muy cretino pensaba que no sé distinguir entre este garrafón y un auténtico *brandy* Napoleón.

Parecía, no obstante, bastante avergonzado de sí mismo.

—A mí me parece que ha hecho lo correcto, Mr. Rourke —le tranquilizó Agatha—. Demasiada gente cree hoy en día que puede engañar impunemente a cualquiera.

Los acompañantes de la mesa de Rourke se habían acercado en ese momento a saludar también a Kulligrew.

—Hola Charles —dijo la hermosa dueña del vestido rosa con una sonrisa, tendiéndole una mano pequeña y delicada.

—Hola Louise, ¿puedo presentarte a mi prometida? —preguntó Charles—. Julia, te presento a *miss* Lafontaine... *miss* Dallas.

Julia alzó la vista y vio una boca sonriente y una mirada glacial. Louise se giró de inmediato hacia Kulligrew y le dijo con voz cauta y clara:

—Muchas felicidades... a ambos. No sabía que te ibas a casar, Charles.

Julia, desairada, se dedicó entonces a charlar con Pitt, por quien casi sintió lástima. Estaba obviamente muy nervioso ante el inminente estreno de su obra y se notaba que le costaba esfuerzo prestar atención a las observaciones convencionales de Julia. Se despidieron todos en seguida y Julia no pudo evitar notar el frío trato de Rourke hacia Charles. A ella le gustaba Rourke, si es que “gustar” era una palabra que se pudiera aplicar a un coloso como él, una criatura tan melodramática y original.

Capítulo 2 | *El lirio del valle*

El Packard de Kulligrew se detuvo silenciosamente en la puerta del teatro. Julia suspiró de alivio mientras descendía y pisaba la alfombra roja.

—Hemos llegado a tiempo, gracias a Dios. No soporto perderme ni un segundo de una noche de estreno —murmuró a Benvenuto, que caminaba a su lado mientras dejaban atrás una multitud de ojos curiosos—. Y esto es casi más emocionante que el zoo.

—Estoy de acuerdo —contestó él—. La emoción consiste, supongo, en que uno nunca está seguro del lado de la jaula en el que se encuentra.

Una vez en el interior, Benvenuto fue al guardarropa a dejar su sombrero y Julia se quedó sola en el *hall*. Más relajada, comenzó a buscar entre el gentío caras familiares y vestidos originales y saludó a numerosos conocidos. Habían venido muchos autores y gente de teatro y se respiraba un ambiente de emoción contenida flotando en la sala. Un murmullo repentino anunció la entrada de un grupo de mujeres cargadas de diamantes que rodeaban, o eso se murmuraba, a una princesa de sangre real. Al fondo, como una flor exótica, resplandecía la célebre Tallulah Bankhead... Martin Pitt había conseguido que todo el que era alguien en Londres acudiera al estreno.

Julia se preguntó hasta qué punto le importaría eso a él, hasta qué punto el autor sería vulnerable a la opinión de esa mujer con turbante y enormes ojos verdes o a la del anciano cadavérico que estaba hablando en ese momento con el embajador alemán. Observó al hombrecillo con interés. Era algo extraordinario, esa piel de pergamino parecía tener mil años...

—Benvenuto ha ido con Rourke a ver el primer acto desde el patio de butacas —le susurró Charles súbitamente al oído—. Ha dicho que nos buscará en el intermedio para tomar una copa. ¿Entramos ya? El profesor está ya en su sitio con Agatha. Parece que medio Oxford ha venido a ver la obra y están todos muy ocupados intentando evitarse mutuamente.

Subieron las escaleras y llegaron al palco de Charles, pegado al escenario y al mismo nivel que este.

—Espero que se vea bien —dijo él preocupado—. Es el único palco que he podido conseguir. Me han dicho que tenemos que mantener los dos asientos de atrás vacíos por si los necesita alguien de la compañía.

—Son unos sitios estupendos, la visión es perfecta —contestó Julia preguntándose vagamente si sería Louise quien se sentaría detrás—. ¡Cuánta gente! ¡Mira! Allí está Eddie Marsh... y los Vanbrughs... y James Agate y... —se detuvo e hizo una mueca a Benvenuto que estaba sentado en la tercera fila del patio de butacas.

—Todos los críticos están aquí. Como caiga una bomba esta noche aniquila a todo el futuro literario del país —observó Kulligrew sacando la cabeza por el palco.

—¡Ah! Seguro que Pitt estaría encantado, ¿no crees?

—Tal vez —sonrió Kulligrew.

—¿Es realmente tan suspicaz?

—Mi querida Julia, ¿te imaginas algo peor que tener a toda esta gente juzgando algo tan íntimamente ligado a ti? Yo preferiría desnudarme en público.

—¡De eso estoy segura! —rio Julia—. Pero tú eres una criatura tan modesta que te olvidas de que a la mayor parte de la humanidad le gusta la publicidad... Bien, comienza ya la función.

Las luces se habían atenuado con las últimas notas de la orquesta, los más rezagados se apresuraron hacia sus sitios, cesó el murmullo de las conversaciones y, por fin, se levantó el telón.

Ahora todo el mundo se sabe *El lirio del valle* casi de memoria pero, ya en esa primera vez, los que acudieron al estreno fueron conscientes casi de inmediato de la inmensa calidad de esa obra desconocida.

La primera escena mostraba la fachada de una casa humilde del extrarradio, con un pequeño jardín. Las dos ventanas del primer piso estaban iluminadas. Era una escena doméstica, realista. Al lado de la verja del jardín, un joven manchado de grasa miraba con admiración una moto cuyo motor rugía de vez en cuando.

—Buen aperitivo para los intelectuales —susurró Julia a Kulligrew, pero este estaba absorto en el escenario y no le hizo caso.

En una de las ventanas iluminadas apareció el busto de una joven bella y frágil con un cepillo de pelo en la mano y una toalla como turbante en la cabeza. Tanto su apariencia como el lenguaje llano y directo que usaba al hablar con su hermano daban aún más realismo a la escena.

—La gente de los suburbios no habla así necesariamente—murmuró Julia a Charles.

—Pero quizá piensan así —contestó él, los ojos fijos en el escenario.

El primer acto se limitaba a una introducción gradual de los personajes principales: Lily, su hermano, su hermana, su madre, su prometido... Todo giraba alrededor de Lily: sus miedos, sus sentimientos, su apariencia... e incluso al final, cuando apareció la primera señal de tragedia con una figura solitaria acercándose a la casa con las manos y la ropa manchadas de sangre, era en Lily en quien pensabas mientras caía el telón.

—Lo *único* distinguido hoy en día es vivir en Purley...

—Querida, Louise está *encantadora*... ¡ese aire tan inocente!...

—¡Es el Pirandello inglés!...

Julia escuchaba los diferentes comentarios mientras se abría paso entre la multitud. Con un suspiro de alivio llegó por fin hasta Kulligrew.

—¿No es increíble, Charles? Aún mejor de lo que pensaba. No queda una sola molécula crítica en mí, soy toda admiración. Mira, ahí está Pitt, vamos a felicitarle.

—¿Te ha gustado? —preguntó Kulligrew despertando de la ensoñación en la que había estado sumido desde el comienzo de la obra. La tomó del brazo mientras se acercaban a Pitt—. En realidad, a mí también me ha sorprendido. Había leído el guion, claro, pero no me di cuenta de lo bien que quedaría en escena. Louise está maravillosa, ¿no crees?... En realidad, el primer acto es el más aburrido de los tres. Luego la trama se vuelve más interesante...

Habían llegado a la pequeña corte que rodeaba a Martin Pitt y le colmaba de alabanzas y felicitaciones. Mientras esperaban su turno, un crítico de gafas y aire pedante puso una mano sobre el hombro del autor.

—¿Dónde ha estado metido todo este tiempo, joven? ¿Por qué nos ha ocultado este talento? Llevo años esperando ver una obra como esta, una obra sobre la vida normal de la clase trabajadora.

—Vámonos —susurró Kulligrew en el oído de Julia—. No aguanto a ese tipo y Martin parece bastante ocupado con la adulación de las masas.

Pasaron entre la gente y solo escucharon comentarios favorables por todas partes. Julia, de repente, se dio cuenta sobresaltada de que el hombre cadavérico del vestíbulo les estaba mirando fijamente. Iba a avisar a Charles de que parecía que alguien les vigilaba cuando sintió la mano de Agatha en su brazo. Venía acompañada del profesor, cubierto por la ceniza de su puro y

un aire confuso y preocupado.

—¡Ah! Aquí estás, querida. ¿Estás disfrutando de esta obra tan extraña?
—inquirió Agatha.

—Mucho, ¿y tú, tío Edward?

—Me parece brillante, querida. Estas mentes jóvenes son una revelación permanente para mí... —contestó acariciándose la barba—. ¿Pero se trata de una comedia o una tragedia? Es difícil de decir. Qué poco sabemos de la humanidad...

El timbre del teatro interrumpió sus reflexiones y se produjo un movimiento general hacia las escaleras. Benvenuto apareció en ese momento.

—¡Hola! Siento haberme perdido en este tumulto. Nos vemos en el bar en el siguiente entreacto y me ponéis al día de la opinión de la plebe.

—De acuerdo —prometió Julia y siguió a Kulligrew hacia el palco.

Capítulo 3 | Gran ovación

Sentada en el palco, esperando a que subiera el telón, Julia observó la cara de Charles inclinada sobre el programa. Él comentaba en voz alta la siguiente escena pero ella apenas le escuchaba, solo se fijaba en el reflejo de la luz sobre su fina nariz y amplia frente, donde el cabello empezaba a escasear. Su boca era expresiva y generosa y aportaba un toque de calidez a un rostro de intelectual. De pronto, Julia se sintió invadida por una ola de frialdad y soledad. “Ojalá pudiéramos portarnos como una pareja normal, aunque fuera solo durante un instante”, pensó.

Su humor no mejoró con el principio del segundo acto en el que la protagonista, Lily, se mostraba feliz y enamorada. Poco a poco, sin embargo, se dejó envolver por el drama que se desarrollaba ante sus ojos y se olvidó de todo.

El telón cayó en el punto culminante en el que el padre de Lily era acusado de homicidio. Una ovación ensordecedora la despertó de su trance. Intentó llamar la atención de Charles, que le daba la espalda y que, absorto a su vez en sus pensamientos, la contestó con un gruñido. Julia, molesta y cansada de tantas emociones, le ignoró, hizo una señal a Benvenuto y se dirigió hacia el *buffet* donde el artista la esperaba.

—Este acto me ha dejado agotado emocionalmente —comentó él—, pero las partes de mi cuerpo que aún reaccionan claman por una copa. ¿Qué vas a tomar?

—¡Oh, Ben, es una obra maravillosa! Yo también estoy tan emocionada que no sé qué pedir. ¿Qué me recomiendas?

—Bien... —reflexionó con seriedad—. Sugiero ginebra para calmar las emociones o *brandy* para serenar los pensamientos, tú eliges.

—*Brandy*, por favor, con soda... para calmar la sed.

Julia rio y se sintió mejor de inmediato.

—Tanta gente me agobia, Ben —le dijo en cuanto hubo terminado su bebida—. ¿Dónde podemos ir?

—Tal y como está esto, el patio de butacas debe de ser un desierto ahora mismo. Queda un rato hasta el próximo acto así que allí podremos charlar con tranquilidad.

Se dirigieron a la platea, que estaba prácticamente vacía, y se sentaron uno junto al otro.

—Algún día... —comenzó Julia— algún día me gustaría tener una larga charla contigo, Ben.

Miró hacia su palco. Kulligrew seguía allí sentado, completamente solo.

—¿Sabes? Me resulta difícil la relación con Charles. Él es mucho más intelectual que yo y mi complejo de inferioridad me anula cuando estoy con él... ¿Crees que conseguiremos que nuestro matrimonio funcione? A veces... —bajó la voz hasta hacerse casi inaudible— a veces casi le *odio*.

Benvenuto la miró con atención.

—Yo también he sentido lo mismo. Hay que reconocer que a veces tiene cambios de humor muy bruscos y no entiendo por qué... al fin y al cabo lo tiene todo en la vida, tú incluida.

—¡Aún no! —gritó Julia y se giró hacia él—. Está aburrido de tenerlo todo, Ben, y hay días en que pienso que se va a aburrir de mí igualmente... y eso es algo que aún puedo remediar —terminó diciendo con amargura.

—¿No crees que estás siendo un poco injusta con él?

—No, Ben, no lo creo. Verás... Antes de nuestro compromiso nuestra relación era estupenda y ahora... ¡Oh, de acuerdo! Todo parece maravilloso, sí. Nos pasamos la vida sonriendo y asintiendo con la cabeza, como si fuéramos un par de marionetas... Pero para mí es penoso estar siquiera un segundo a solas con él y creo que a él le pasa lo mismo. Me he dicho miles de veces que es culpa mía, que me imagino cosas que no existen y que en la siguiente cita todo irá bien, pero llega la siguiente cita y... todo es igual. ¿Por qué demonios me pidió que me casara con él, Ben? Lo pregunto en serio.

—Ya sé que lo preguntas en serio, mujer. ¡Diablos! Si no te hubiera dado yo el biberón y me hubiera cualificado hace años para ser una especie de hermano mayor tuyo... ¡yo mismo intentaría conquistarte y le enseñaría a ese pobre tonto cómo se hace!

—¡Ben! —Julia soltó una carcajada—. ¡Eres un encanto! Gracias por escuchar mis penas. Me tengo que marchar ya, antes de que se apaguen las luces. Charles no se ha movido de su sitio y...

Hizo el gesto de levantarse pero se detuvo de repente con los ojos fijos en el palco contiguo al de su prometido. Se dejó caer de nuevo en la silla.

—Ben, ¿quién es ese anciano? Es la segunda vez que le sorprendo vigilando a Charles con esa expresión tan siniestra. Parece un esqueleto

vestido de esmoquin.

Benvenuto miró hacia donde ella señalaba y rio.

—¡Cielo santo, qué personaje! Parece el espíritu del mal retratado por Durero. Dame tu programa, rápido.

Sacó un lápiz del bolsillo y comenzó a dibujar con trazos rápidos y seguros.

—Probablemente descubrirás —murmuró él distraídamente mientras lanzaba rápidas ojeadas al palco— que es algún tío de Charles desaparecido en Australia... Ojalá se quedara quieto.

Julia se estremeció y soltó una carcajada.

—Es imposible que ese hombre sea tío de nadie. Aquí viene Mr. Rourke, tal vez él pueda informarnos.

Benvenuto alzó la mirada.

—Hola, Rourke. Dinos, ¿sabes quién es esa especie de buitre?

Rourke parecía un coloso al lado de Benvenuto, pensó Julia.

—Deberías interesarte por la obra y no por la audiencia —le reprochó Rourke con ojos sonrientes—. ¿No le parece que hoy es una noche triunfal, *miss Dallas*?

Echó solo una ojeada al palco que le señalaba Benvenuto pero, al hacerlo, se quedó serio y rígido, se disculpó apresuradamente y se marchó.

—¡Qué raro! —exclamó Julia—. Hay algo que le ha debido de afectar mucho.

—Me he equivocado —comentó Benvenuto—. Evidentemente es tío de Rourke, no de Charles.

La gente estaba ocupando ya sus asientos, así que Julia se despidió de Benvenuto. Vio de reojo cómo el profesor Milk se inclinaba sobre Charles en el palco pero, antes de que pudiera llamar su atención, las luces se apagaron y tuvo que continuar su camino a oscuras. Al salir al pasillo se encontró con el profesor. Estaba a punto de invitarle a compartir el palco con ellos cuando él la tomó de las manos y le dijo nervioso:

—Querida, si en algún momento te encuentras en problemas, recuerda que hay que ser fuerte y valiente en la vida.

—Pero... ¡tío Edward! ¿A qué te refieres?

—Nada, nada.

El profesor soltó las manos de Julia tan bruscamente como las había

agarrado y continuó su camino por el pasillo evitando mirarla.

“¿Qué estará pasando por esa cabeza de chorlito?”, pensó Julia, medio divertida medio alarmada, observando la silueta que desaparecía por la puerta de entrada al patio de butacas.

Recorrió pensativa el pasillo pensando qué podría haber dicho Charles al profesor que le hubiera dejado en ese estado tan raro. Sonrió para sí pensando que, a lo mejor, la suma del vino y *cocktails* junto con la emoción de la obra había sido demasiado para el pobre viejo cuando casi se choca con Martin Pitt, que venía en dirección opuesta.

—¡Oh, perdone! ¿No sabrá dónde está el profesor? Le he visto antes en el palco con Charles pero ya se ha marchado.

—Ha estado a punto de cruzarse con él. Acaba de salir por la puerta del fondo.

—Bueno, ya le buscaré cuando acabe la obra. Quería invitarle a que venga con nosotros después al Bellani's. Espero que tanto Charles como usted puedan unirse también al grupo.

—Por supuesto, encantados. Muchas gracias por la invitación. Debo entrar ya, no quiero perderme ni un segundo de su maravillosa obra, no le puedo decir cuánto...

Pero él ya se había marchado y Julia pensó que Charles tenía razón, a Pitt no le gustaban las alabanzas. Abrió la puerta del palco en silencio. Su prometido seguía inclinado sobre la barandilla, absorto en la obra, así que ella recuperó su sitio y se dejó absorber, una vez más, por la tragedia de *El lirio del valle*.

Esa noche, Louise Lafontaine cimentó su reputación de gran actriz. Nadie que presenciara el estreno ese día podría olvidarse nunca de Lily, del torrente de palabras que salía de una joven sin esperanzas mientras ensayaba frente al espejo, con un velo negro tapándole el rostro, el discurso de despedida para su enamorado.

Julia, tensa en su asiento, casi sintió alivio al oír que la llamaban suavemente desde la puerta. Era Rourke. Le comunicó que el profesor Milk tenía que marcharse ya y quería despedirse de ella. ¿Podría bajar al vestíbulo un momento? Ella asintió y se deslizó rápidamente por la puerta.

Abajo se encontró con el profesor Milk y Agatha, que se disculparon profusamente.

—Es muy desconsiderado por nuestra parte interrumpirte así la obra,

querida —dijo Agatha, besándola ligeramente en la mejilla—, pero tenemos que irnos ya o perderemos el tren y Edward insistió en que teníamos que despedirnos de ti y conseguir que nos prometaras venir a vernos el próximo fin de semana. Hemos invitado a Charles también. Vendrás, ¿verdad? Te sentará bien un poco de aire del campo. Vamos, Edward, ya está aquí el taxi. ¡Adiós! Por favor, agradece a Charles...

Su voz se perdió mientras se metía en el taxi con un último revuelo de chales y bufandas seguida por un cabizbajo profesor Milk.

Julia se sintió cansada y vagamente deprimida mientras subía las escaleras para regresar a su palco. “No sé si tengo ganas de más drama”, pensó, y su ánimo no mejoró en absoluto al entrar en el palco y comprobar que Rourke ya no estaba donde lo había dejado y su lugar lo ocupaba... Louise, observando el escenario con atención. La actriz se giró, dirigió a Julia una sonrisa maliciosa y se marchó de inmediato. Julia susurró unas palabras de disculpa en el oído de Charles y se sentó a ver el final del último acto.

El clímax de la obra es tan conocido por todos que no vamos a insistir mucho en él. Resumiendo, el padre consigue demostrar su inocencia justo en el momento en que el cuerpo pálido e inerte de Lily es rescatado del río.

El telón cayó y se produjo un momento de silencio absoluto seguido de una enorme ovación que parecía que iba a echar abajo el teatro. Julia, olvidado su cansancio, se entregó con devoción al entusiasmo general. El público inundó de rosas el escenario, hizo salir a saludar a los protagonistas una y otra vez y terminó clamando por el autor hasta que Martin Pitt apareció en escena. Julia se inclinó hacia delante para verle mejor.

—Creo que estabas equivocado, Charles —comentó con una sonrisa—. A este hombre le encantan los aplausos.

Martin Pitt estaba disfrutando. Tenía los ojos enfebrecidos y saludaba con las manos unidas como en una plegaria. Cuando el bullicio disminuyó se dirigió al público:

—Señoras y caballeros... —comenzó con una vocecita nerviosa—, quiero agradecerles en nombre de Mr. Rourke, de toda esta magnífica compañía y, por supuesto, en el mío propio, su asistencia hoy aquí y su maravillosa acogida... acogida... acogida...

¿Qué estaba pasando? Julia se puso en pie sin saber muy bien lo que hacía. Pitt se estaba acercando a ella, dando traspiés por el escenario...

—¡Oh, Dios! ¡Miren!

Se acercaba más y más y... ¡era a ella a quien señalaba! No, no... ¡apuntaba a Charles! Julia se giró hacia él pero, antes de que pudiera tocarle, lo vio... Tenía un puñal clavado en la espalda. El palco comenzó a girar ante ella y solo le dio tiempo a ver unas caras borrosas acercándose y a Pitt caer desmayado antes de perder ella también el sentido. Lo último que oyó fueron los gritos: “¡Está muerto!”.

Capítulo 4 | “Après la guerre fini”

El Royal Hospital Gardens de Chelsea tenía un aspecto muy apacible bañado por el sol de una tarde de junio. Julia bajaba las escaleras hacia el río mientras disfrutaba del contraste entre el verde de los árboles y el azul del cielo. Llevaba ingresada una semana, cuidada con celo por Agatha, cuya insistencia y determinación habían conseguido aislar a Julia de la nube de tragedia que la rodeaba. No le habían permitido ninguna visita, salvo la de dos inoportunos policías de Scotland Yard que habían conseguido burlar la vigilancia de dragón de Agatha, pero ese día, por fin, Julia había conseguido autorización para salir a tomar el té con Benvenuto Brown.

Avanzó con calma por el Embankment y, para cuando llegó a la verja verde que indicaba la entrada al estudio de Benvenuto, se sentía casi de buen humor. Cruzó la puerta abierta y subió hasta un estudio sumido en una agradable confusión de marcos, caballetes y pinturas. Benvenuto se acercó a ella, pincel en mano.

—Me alegro de verte, mi niña. Ven, siéntate aquí y toma un cigarrillo. ¿Te importa si sigo con mi “ballena cautiva”? Converso mejor mientras trabajo.

Julia se sentó en un gran diván apoyado contra la pared y se reclinó sobre los almohadones fumando mientras contemplaba cómo Benvenuto daba unas pinceladas finales a un cuadro de una dama enorme adornada con un, más enorme aún, collar de perlas.

—No sabes lo que me han consolado tus llamadas y mensajes, Ben, aunque han irritado a Agatha más de lo que puedas imaginar. No creo que se acostumbre nunca al teléfono.

—Te creo. —Benvenuto hizo una mueca acariciándose la oreja—. Creo que mis tímpanos han quedado dañados para siempre gracias a su convicción de que el espacio se vence a base de gritos... Por cierto —añadió después de una pausa—, durante la batalla acústica de esta mañana con ella me ha parecido entender que querías verme urgentemente.

—Cierto. —Julia se irguió y continuó en tono más grave—. Quiero pedirte algo que significa muchísimo para mí. Aunque ya sé que ahora estás trabajando mucho y...

—¿Qué es?

—Investigar el asesinato de Charles. Si hay alguien que pueda resolverlo ese eres tú y... bueno, no puedo descansar, ni pensar en otra cosa hasta que este misterio se aclare. Me parece increíble que haya alguien en el mundo que quisiera matar a Charles. Era un hombre perfecto: inteligente, valiente, bueno, apreciado por todos... —hizo una breve pausa y continuó—: Ben, no sabes lo mal que me siento ahora por haber sido tan fría con él durante las últimas semanas. Solo hay una cosa que puedo hacer para compensarle y es encontrar al canalla que lo hizo. He heredado todo el dinero de Charles así que ahora soy muy rica y puedo permitírmelo... ¿Lo harás por mí, Ben... y por él?

Él se giró y la miró.

—Claro que sí, Julia. En realidad, decidí hacerlo en cuanto vi su cadáver en el palco. No he estado exactamente parado desde entonces pero las cosas avanzan despacio. La investigación judicial no aclaró nada.

—Ben, recuerda que he estado convaleciente durante una semana, no he visto un solo periódico, no sé nada. ¿Tienes alguna idea de quién lo hizo?

Él la observó un momento antes de responder.

—Sí. Pero puedo equivocarme, así que no te puedo contar mis sospechas, ni a ti ni a nadie. La policía está desesperada porque Terence Rourke ha desaparecido y no lo encuentran por ningún lado.

—¿Terence Rourke?

—Sí. Quizá no sabes que el bastón-espada de Rourke fue el arma con la que mataron a Charles.

Julia permaneció inmóvil y palideció. Era demasiado horrible. Terence Rourke un asesino, el hombre con el que ella había charlado y reído solo unos momentos antes del crimen...

—Lo primero que hay que hacer —continuó Benvenuto en tono desapasionado— es encontrar a Rourke. Mañana empiezo mi búsqueda. Creo que sé dónde puede estar.

—Ben, qué listo eres. ¿Cómo lo has averiguado?

—Por esta nota que encontré en el suelo del palco la noche de la tragedia. Es un mensaje de Rourke a Kulligrew y dice: “Recuerda que tienes una cuenta pendiente. El buitro se cierne sobre ti. T. G. R.”. Esto tiene confundido a Scotland Yard. Piensan que es una amenaza de Rourke a Kulligrew antes de matarlo. ¡Como si alguien fuera tan tonto como para hacer

eso! No. Rourke estaba advirtiéndolo a Charles sobre alguien.

—¡Ya sé quién! ¡El hombre espantoso al que dibujaste! —gritó Julia.

—Tal vez. Pero, escucha, te voy a contar una historia. Justo después de la guerra, tú eras muy pequeña, había un hombre en Francia, una especie de Robin Hood, que asaltaba automóviles y robaba a aquellos que se aprovechaban de la miseria de la población. El dinero, la mayor parte al menos, lo entregaba a los mutilados de guerra. Recuerdo que una noche atracó al viejo estraperlista Mosenberg y se llevó medio millón de francos con los que el viejo miserable iba a construir un casino en Niza. Al día siguiente, una suma de medio millón de francos fue depositada de forma anónima en una cuenta de las víctimas de la guerra. El viejo Mose fue a juicio para intentar recuperar el dinero pero sin éxito, claro. Pues bien... este don Quijote siguió así durante casi dos años y luego paró y se convirtió en una leyenda. Se dice que su identidad era conocida por algunos campesinos pero nunca lo traicionaron.

—Vaya, qué interesante. ¿Pero qué tiene que ver con el asesinato de Charles?

—El bandido se hacía llamar *le Tigre*. “¡Tigre! ¡Tigre!, reluciente incendio en las selvas de la noche” —dijo Benvenuto recitando distraído el famoso poema de Blake—. Pues bien, *el Tigre* ha dado señales de vida de nuevo. Lee esto —dijo pasándole un *Daily Mail* de tres días antes:

“UN BANQUERO ASALTADO EN SU AUTOMÓVIL POR TRES BANDIDOS FRANCESES.

Uno de ellos dejó su firma con tiza en el capó del coche: *le Tigre*”.

Julia dejó caer el periódico sobre su regazo.

—¿Y bien?

—¿Cuál es el segundo nombre de Rourke?

—Creo que empieza con “G” pero no acabo de ver...

—Es Gale —interrumpió Benvenuto—. Terence Gale Rourke. T. G. R. ¡Tigre!

—Ben —dijo Julia—, me estás tomando el pelo. Son solo historias que me cuentas para distraerme.

—En absoluto. Lo digo completamente en serio. Escúchame bien. El día después del asesinato, la policía registró las habitaciones de Rourke. Yo

estaba presente. Leech, el inspector a cargo del caso, es amigo mío y... ¿qué crees que encontramos? Unas cartas dirigidas a Rourke de sus años de estudiante en Dublín, hará unos veinte años de eso. Eran cartas de amor que empezaban así: “Mi adorado tigre”. Fue eso lo que me dio la idea. A Rourke le gusta el melodrama, a veces parece salido de una novela de caballería... No dije nada a Leech pero no creo que tarde en hacer la conexión él también.

—Aún no veo cómo puedes estar tan seguro de que es la misma persona.

—No puedo probarlo, claro, pero... lo sé. Todo lo que conozco del hombre encaja. Sé, por ejemplo, que vivía en Francia por esa época, que fue contrabandista en América, que ha participado en una revolución en México y que... tiene un alma romántica. Habría sido un buen lugarteniente de Drake.

—Drake no asesinó a nadie en la oscuridad con un bastón-espada.

—¡Mi querida Julia! —Benvenuto la miró con expresión herida—. Tampoco Rourke, por lo que sabemos. Pero él tiene la clave de este asunto y yo voy a encontrar al tigre en su guarida del sur de Francia.

—Yo voy contigo, Ben. Aunque no sé si tu inspector Leech me permitirá abandonar Inglaterra. Le prometí que estaría cerca por si tengo que prestar declaración ante el juez en algún momento.

Benvenuto la miró pensativo.

—Tal vez yo pueda arreglar las cosas con el inspector Leech. Me gustaría que vinieras. Eres sensata e inteligente y, además, creo que te vendrían bien unas vacaciones. Bien... decidido. Mi Bugatti está en Calais y...

El timbre de la puerta le interrumpió. Unos instantes después aparecía Agatha por la puerta con un frasco en las manos.

—¡Tenía que habérmelo imaginado! Debía haber supuesto que te marcharías sin tu Nervine. Los jóvenes no tienen ni idea de cómo cuidar su salud... Cuántas veces te lo tengo que recordar, querida, una cucharadita cada dos horas con...

—No te preocupes por el Nervine, Agatha. Escucha. Ben ha aceptado hacerse cargo del caso y él y yo nos vamos mañana en su coche a Francia para seguir unas pistas.

—¡Julia! —exclamó Agatha cruzándose de brazos y resoplado de indignación—. No sé dónde vamos a ir a parar. Jóvenes, casi niñas,

persiguiendo criminales de un lado a otro en coches de carreras acompañadas de desconocidos...

—Pero, Agatha... —protestó Julia—, Ben no es un desconocido y el Bugatti no es un coche de carreras, es muy viejo y...

—¡A callar, señorita! Siempre he sido considerada una mujer de mentalidad muy liberal, Julia, pero lo único que puedo decir en las circunstancias actuales es que... si tú vas, yo voy contigo. Hasta ahora había tenido la inmensa suerte de no tener que traspasar las fronteras de la madre patria pero... en la presente situación no me queda otro remedio... Y me llevo a Archie, claro.

—¿Archie? —preguntó Benvenuto en tono exhausto.

—Mi loro. Un animal extremadamente inteligente. No puedo dejarle solo ni para ir a misa porque no para de quejarse si no estoy. Afortunadamente, no tendré a Edward en mi conciencia porque sale mañana a una expedición a Suiza. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la tarde —contestó Benvenuto con un hilo de esperanza en su voz, pero Agatha se limitó a asentir con la cabeza.

—Así tendré tiempo por la mañana para hacer algunas compras imprescindibles. Y ahora, ¿qué tal si preparo el té?

—¡Oh, Dios mío! ¡Me había olvidado del té! —exclamó Benvenuto pegando un salto y dirigiéndose apresuradamente hacia la cocina.

—Déjame a mí, Benvenuto. No existe hombre en el mundo que sepa hacer una buena taza de té. Quédate charlando con Julia que yo me encargo.

La puerta se cerró tras ella y Benvenuto se sentó en el diván secándose la frente con un pañuelo.

—Ben —dijo Julia con voz forzada—, retiro todo lo dicho. No voy contigo. Es decir, no *vamos* contigo.

—Disculpa —respondió él con firmeza—, pero vamos todos. Tú y yo... y Agatha y Archie. Si Archie puede soportarlo, yo también... espero. Con Agatha a nuestro lado veremos Francia desde un punto de vista completamente diferente, eso seguro. Pero, ¿qué es eso de que el profesor se va a Suiza?

—Son sus vacaciones anuales, ya sabes, aunque este año parece que las ha adelantado. Se va a Montreux todos los años a buscar plantas alpinas y se mete en todo tipo de líos persiguiendo algún espécimen raro. Creo que es el terror de los guías.

—Ya veo. Supongo que está bien aunque voy a tener que dar un montón de explicaciones a Leech.

—¿Leech? ¿Qué pinta Leech en esto? Ben, por amor de Dios, no querrás decir que el tío Edward puede ser sospechoso de...

Calló repentinamente y Benvenuto se la quedó mirando en silencio durante un instante. Luego se levantó para abrir la puerta a Agatha, que venía cargada con una gran bandeja de té.

Repartieron las tazas de porcelana china, las tostadas con mantequilla y unos pequeños y deliciosos sándwiches y Agatha charló de muy buen humor con Benvenuto mientras Julia permanecía sentada en silencio. Terence Rourke, el tío Edward... todo era horrible.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por Benvenuto, que, apartando su taza de té, le comentó:

—Si pretendo llegar al final de este asunto, Julia, necesito algunos datos por tu parte... Eres la única persona a la que no he podido interrogar hasta el momento.

Julia asintió, mirándole con gravedad.

—Adelante, te contestaré lo mejor que pueda.

—¿Cuál es el último momento de la noche en el que estás completamente segura de que Charles estaba vivo?

—No he parado de pensar en ello y me resulta difícil decidirme. Tengo la sensación de que estaba vivo hasta, por lo menos, cuando salí del palco en medio del tercer acto para despedirme de Agatha y el tío Edward.

—¿Por qué lo crees?

—Porque creo recordar haberle hecho alguna observación y que me respondió con un gruñido, o eso pensé.

—Bien. Es seguro que estaba vivo hasta el momento en que se apagaron las luces, al principio de ese acto, porque yo vi cómo saludaba al profesor en el palco.

—Escucha, Ben. Hay algo que tengo que decirte. —Julia le miró con angustia—. Me encontré al profesor justo después y me hizo una especie de advertencia...

—Lo sé. Me lo ha contado.

Agatha levantó la mirada de la labor de *crochet* que acababa de sacar del bolso.

—Edward tiene una explicación perfecta para eso. La policía ha tenido

la inmensa insolencia de interrogarle una y otra vez sobre este tema hasta intimidarle por completo. Es verdad que se contradijo un par de veces, pero eso lo hace cada vez que alguien le pregunta su nombre... Lo siento por ti, Benvenuto, si ese detective Leech es amigo tuyo, pero no es más que un cretino. Edward tiene una reputación intachable en Oxford, como bien sabes. Nadie ha podido mancharla desde que recibió su primer premio de buena conducta, a los seis años.

—Sí, sí. Lo sé —la interrumpió Benvenuto apresuradamente—. Y ahora, Julia, dime quién entró en el palco durante el tercer acto.

—Muchas personas abrieron la puerta. Se quedaban a observar la obra durante unos minutos y luego se marchaban, pero estaban detrás de mí y yo no podía ver quiénes eran. La primera persona a quien recuerdo es Mr. Rourke, cuando me dio el mensaje de que Agatha y el tío Edward querían despedirse.

—¿Mandaste a Rourke con ese mensaje, Agatha?

—Claro. Es decir, él estaba sentado en el asiento de delante cuando comenté a Edward que ya era hora de que nos despidiéramos de Julia si no queríamos perder el tren. Algunos maleducados del público tuvieron la desfachatez de mandarnos callar y Mr. Rourke se giró y murmuró que él iría a darle el mensaje. Muy cortés y considerado de su parte, como dije a Edward en su momento.

—¿Qué momento?

—¿Cómo? ¡Oh, ya entiendo! Eran exactamente las once en punto. Nuestro tren salía de Paddington a las once y media y Edward nos retrasó un poco porque no encontraba uno de sus guantes y lo estuvo buscando. Finalmente lo encontró debajo del asiento, alguien le pisó una mano y le hizo un buen moratón. Hasta tu inspector Leech tuvo la delicadeza de preguntarle cómo se lo había hecho.

—Ajá. Gracias, Agatha... Así que dejaste a Rourke en el palco cuando bajaste, ¿no es así, Julia?

—Sí. Se sentó en mi silla cuando yo salí.

—¿Y cuál era la actitud de Charles en ese momento?

—La misma que tuvo durante toda la obra. Inclinado sobre la barandilla con la barbilla apoyada en sus brazos.

—Piensa, Julia. ¿Crees que aún estaba vivo en ese momento?

—Ssssí... ¡Oh! No sé, Ben. Reconozco que estaba molesta con él y me

aseguré de *no* mirarle. El palco estaba oscuro y él observaba el escenario, yo no podía verle la cara.

—¿Cuánto tiempo estuviste ausente del palco?

—Entre siete y diez minutos.

—¿Y al volver...?

—Cuando volví, Mr. Rourke ya se había ido y Louise Lafontaine estaba de pie justo detrás del sitio que él había ocupado. Al principio no me di cuenta de quién era porque iba cubierta con una especie de capa. Ella se giró y salió pero... Ben, si hubiera estado muerto ya seguro que ella se habría dado cuenta...

—No necesariamente. Tú tampoco lo hiciste. Y es fácil entender por qué. Cuando hicimos la reconstrucción de los hechos en el teatro, era evidente que la espalda de Charles quedaba completamente a oscuras. ¿Entró alguien más en ese último acto?

—Sí. La puerta se abrió un par de veces más pero yo estaba enfrascada en la obra y no me fijé en quiénes podían ser. En todo caso, permanecieron en la parte de atrás, no se acercaron ni a él ni a mí.

—Así que crees que nadie pudo apuñalar a Charles mientras estabas con él.

—No, Ben, es imposible.

—Creo que tienes razón. Eso nos deja una franja de tiempo muy estrecha. Bien, volvamos al inicio del último acto. Después de que me dejaras en el patio de butacas...

—Me encontré en el pasillo con el tío Edward, que me lanzó una advertencia misteriosa sobre algún tipo de problema que me iba a encontrar... Ben, ¿qué quería...?

—Continúa.

—Bueno, me lo quedé mirando mientras se marchaba, continué mi camino y me encontré con Mr. Pitt.

—¿Pitt?

—Sí. Estaba buscando al tío Edward para invitarle a una celebración después de la obra. Pero cuando llegó al palco, el tío Edward ya se había marchado.

—¿Has contado esto a Leech?

—No. Creo que no.

Benvenuto se levantó y se dirigió al teléfono.

—Voy a pedir a Pitt que venga —anunció.

Se hizo el silencio en la sala mientras Agatha contaba los puntos de su labor murmurando en voz baja: “uno, dos, tres”. Los números resonaban en la cabeza de Julia. Uno, Terence Rourke; dos, el tío Edward; tres, Martin Pitt. Apretó los dientes y se acercó a la ventana.

—Muy amable de tu parte, Pitt. Sí, eso es, la verja verde. La puerta está abierta, sube cuando llegues. Ahora nos vemos.

Benvenuto colgó el auricular y volvió a su sitio.

—Llegará en unos diez minutos. Dime una última cosa, Julia. ¿Cuánto tiempo calculas que pasó entre que me dejaste y entraste en el palco?

Ella se giró y se acercó a él.

—Unos diez minutos, creo. Llegaba tardísimo y pedí disculpas a Charles, pero no me contestó... ¡Oh, Dios mío! ¡Tal vez estaba muerto ya!

Se cubrió la cara con las manos y se dejó caer en una silla.

—Cuando estabas hablando con Pitt, ¿podías ver la entrada a tu palco?

La pregunta pareció serenarla.

—No. El pasillo hace una curva. Recuerdo que detrás de la entrada a nuestro palco había una puerta. Supongo que da a la parte trasera del escenario.

—Correcto. Bien, te contaré algo a cambio de toda esta información. La empuñadura de la espada no tenía huellas y la funda se encontró detrás de la puerta que acabas de mencionar. Por cierto, Agatha, ¿recuerdas si Rourke llevaba su bastón-espada cuando subió al palco?

—Estoy segura de que no.

—Yo opino lo mismo —observó Julia.

—Eso es lo que parece pensar todo el mundo que le vio. Naturalmente, se ha interrogado a todo el que hemos podido... Rourke salió del teatro en la confusión que siguió al descubrimiento de la muerte de Charles y nadie ha vuelto a saber nada de él desde entonces. También ha desaparecido el viejo buitre en el que te fijaste que, por cierto, se llama *herr* Goetz.

Julia alzó la mirada con un brillo de esperanza en sus pupilas.

—Fue él, Ben, estoy segura. ¿No lo ves? Nadie más habría sido capaz. Y te diré algo más: quienquiera que haya sido es enemigo personal de Rourke. Si no, no habría usado su bastón.

—No necesariamente. Recuerda que normalmente en un teatro no hay un gran abanico de armas donde elegir. En realidad, si damos por hecho que

el crimen no fue premeditado, Charles probablemente seguiría vivo si Rourke se hubiera dejado el bastón en casa... Volviendo al profesor... según él, estaba sentado en el vestíbulo durante el último entreacto cuando un sirviente le dio una carta de parte de *miss Lafontaine*. Tengo aquí una copia de esa carta:

“Estimado profesor Milk:

Según tengo entendido, es usted el tutor de miss Julia Dallas. Le escribo para informarle de ciertos hechos que, como va a comprender de inmediato, hacen imposible su matrimonio con lord Charles Kulligrew.

El año pasado estuve conviviendo seis meses con lord Charles en Montecarlo y me considero su esposa legítima a todos los efectos excepto en el nombre. Guardo cartas tuyas con repetidas promesas de matrimonio y no dudaré en ejercer mis derechos si el compromiso con miss Dallas no es anulado de inmediato.

Nos separamos como consecuencia de un malentendido, pero no he dudado ni por un instante de que, al final, volveríamos a estar juntos. Lord Charles me ama, como yo a él, y haré todo lo que esté en mi mano para evitar este absurdo matrimonio.

¿Puedo confiar en que ayudará a una mujer muy infeliz?

Louise Lafontaine”.

Benvenuto ignoró la sorpresa y desconcierto de Julia y continuó hablando sin dar tiempo a que ella abriera la boca:

—Bien, como comprenderás, al pobre profesor casi le da un ataque de nervios al leer esta carta. Fue directamente a ver a Charles, se la entregó, le pidió que la leyera y que fuera el fin de semana a Oxford a hablar con él, pues el asunto era serio. Charles le respondió que estaría encantado de ir y se guardó la carta en el bolsillo. El profesor salió del palco, se encontró contigo en el pasillo y volvió al patio de butacas con Agatha. Eso es lo que nos ha contado él y la policía ha encontrado la carta en el bolsillo de Charles. Bien... si esta historia es cierta y Charles estaba vivo cuando el profesor le dejó...

—¡Benvenuto! —la voz de Agatha temblaba de indignación—. No voy a permanecer aquí sentada escuchando calumnias sobre mi pobre hermano cuando él no está presente para defenderse. Cualquiera que te oyera pensaría que Edward es... es... un *gangster*. Primero ese inspector Leech con sus

insinuaciones, retorciendo las palabras del pobre Edward hasta que poco menos que le obligó a confesar, y ahora tú, que eres de la familia, sangre de su...

—Agatha, *¡por favor!* —imploró Benvenuto—. Sabes que no hay nadie en el mundo que tenga más aprecio y respeto que yo por el profesor y...

—¡Por eso quieres ponerle los grilletes en sus muñecas! —Agatha lo fulminó con la mirada y se disponía a continuar cuando, afortunadamente para Benvenuto, la interrumpió el timbre de la puerta. El artista se escabulló y cuando regresó, unos instantes más tarde, acompañado de Martin Pitt, Julia ya había logrado calmarla, al menos parcialmente.

Capítulo 5 | En la lista negra

—¿Ha tomado ya el té, Mr. Pitt? —preguntó Agatha cortés.

Martin Pitt, sentado al lado de Julia en el diván, levantó la mirada con aire distraído.

—¿Té? No, creo que no. ¿Es ya la hora del té?

—Me parece que tampoco ha comido hoy. — Agatha le miró con ojos acusadores y él se defendió con una tímida sonrisa.

—He estado intentando concentrarme en el trabajo. No sabía que era tan tarde. Pero no se moleste, por favor. No quiero nada.

—Un huevo pasado por agua le vendrá bien —replicó ella con firmeza incorporándose—. Benvenuto, ¿tienes huevos?

—Cielos, no sé, supongo que sí. Voy a mirar. —Se levantó él también de la silla y se dirigieron ambos hacia la cocina.

—Ojalá no se molestaran. No quiero comer nada —protestó Pitt.

—Nos hará un gran favor si se come todo lo que le traigan —dijo Julia—. Así distraerá a Agatha, que está de muy mal humor por la implicación del profesor en este asunto de Charles.

—¿El profesor? —Pitt la miró sorprendido. Ya no había ni rastro de la vaguedad anterior—. ¡Es monstruoso! ¿Por qué iba a estar implicado el profesor?

—Es completamente absurdo, estamos todos de acuerdo, pero hasta que no se resuelva el asesinato todo el mundo es sospechoso.

—No tenía ni idea de que las cosas estaban así. —Se puso de pie nervioso y comenzó a dar vueltas por la habitación—. *Miss Dallas*, soy un bruto. No le he dicho aún lo mucho que lo siento por usted, por cómo lo debe de estar pasando. En realidad, me he limitado a encerrarme en mi trabajo e intentar olvidarme de este episodio... Pero no lo consigo, *esa* escena me persigue todo el tiempo, no consigo concentrarme en nada.

Julia le miró, le vio pálido y demacrado y sintió una inmensa lástima por él.

—Tiene que haber sido un *shock* terrible para usted también —replicó suavemente.

—Para todos. No lo olvidaré en mi vida. Verá... yo estaba muy excitado

y cansado ese día y verlo así... la imagen se me ha quedado grabada en la mente.

Se produjo una pausa durante la cual Julia buscó desesperadamente en su cabeza otros temas de conversación.

—¿Qué se siente cuando se tiene un éxito tan enorme, Mr. Pitt? Todo Londres a sus pies...

Pitt volvió a sentarse a su lado y encendió un cigarrillo.

—¿Qué quiere que le diga? Supongo que debería ser modesto y decir que todo el mérito es de la compañía o que el público lo olvidará en cuanto se estrene la próxima obra... pero eso no contestaría a su pregunta. En realidad, la admiración masiva es la droga más potente que existe, aunque no se quiera admitir. Nunca se fíe de nadie que afirme que no le gustan los aplausos. No existe persona que no moriría por cinco minutos de gloria.

Pitt cambió bruscamente de tema y se puso a alabar la comida que le había traído Agatha, discutiendo con energía los méritos relativos de las diferentes formas de cocinar un huevo.

Benvenuto, que había vuelto también de la cocina, se acercó en ese momento con un papel y un lápiz.

—Propongo, Julia, que hagamos una lista con todos los posibles sospechosos, anotando cualquier indicio incriminatorio, el motivo que pudieran tener para matar a Kulligrew y la oportunidad. ¿Tomas tú nota mientras yo te dicto? Pitt, puedes interrumpir en cualquier momento si piensas que me olvido de algo importante. También tú, Agatha.

Martin Pitt, que le escuchaba desde la mesa del té, pareció a punto de protestar pero lo pensó mejor.

—Bien, empezaremos con Rourke.

“Posibles indicios incriminatorios:

1. Desaparece inmediatamente después del crimen.
2. El arma homicida es su bastón-espada.
3. Se encuentra una nota de Rourke a Kulligrew que se puede interpretar como una amenaza o una advertencia.
4. Rourke se queda a solas con Kulligrew al ofrecerse a llevar un mensaje a Julia y hacer que baje al vestíbulo.
5. Se sabe que ha sido amigo íntimo de Kulligrew en el pasado pero, claramente, la amistad se ha enfriado”.

—¿Hay algo más?... Su defensa la dejamos para luego —añadió apresuradamente al ver a Agatha y Pitt abrir la boca simultáneamente—. ¿No? Muy bien. Sigamos.

“Motivo:

El único que se me ocurre ahora es el texto de la nota: “Recuerda que tienes una cuenta pendiente”, junto con que sabemos que es muy posible que se hubiera producido alguna pelea entre ellos”.

“Oportunidad:

- 1. Estuvo a solas con Kulligrew en el palco durante el tercer acto.*
- 2. Al ser el productor de la obra, podía entrar en cualquier parte del teatro sin llamar la atención”.*

—Bien, ahora su defensa.

Benvenuto miró expectante a su audiencia. Martin fue el primero en hablar.

—Si Rourke cometió el crimen no creo que fuera tan tonto como para dejar no solo una nota amenazadora sino también su arma donde todo el mundo pudiera verla.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, Mr. Pitt —declaró Agatha con voz firme—. ¿Puedo hablar ahora, Benvenuto? No voy a quedarme aquí sentada mientras injurias a ese simpático Mr. Rourke, que se limitó a tener un gesto de cortesía conmigo, algo que, Dios bien lo sabe, es extremadamente raro hoy en día... Ahora no hay quien encuentre a alguien que te lleve las maletas o te deje el sitio en el autobús... y qué decir de esa tontería de los baños mixtos, ¡hombres y mujeres juntos! En fin... te estás inventando unas teorías ridículas mientras seguro que ha sido una banda de socialistas que ahora mismo estarán eligiendo a su próxima víctima... Y, después de ver cómo el inspector Leech ha maltratado al pobre Edward, no me extrañaría nada que él también formara parte de esa banda... Pero como nada de lo que yo diga te impedirá seguir, me voy a casa para hacer la maleta... Julia, querida, recuerda que la cena es a las siete y media y no te escandalices demasiado si Benvenuto pone *mi* nombre en su lista de sospechosos. Adiós, Mr. Pitt, no se olvide de la importancia de alimentarse

con regularidad. Tiene que venir a visitarnos a Brambles alguna vez, a Edward le encantaría. *Adiós a todos.*

Capítulo 6 | En la lista negra (II)

Benvenuto regresó al estudio después de acompañar a Agatha hasta la puerta, se sentó en el diván con aire cansado y dijo a Julia:

—Bajo el título “Defensa de Rourke” apunta: “Agatha cree que es inocente”.

—Bueno, Ben —replicó ella riéndose—. Yo creo que tiene razón. A mí no me parece que dé el tipo como criminal. No sé usted qué opina, Mr. Pitt...

—Él no ha sido —contestó Pitt con firmeza—. Es verdad que es un hombre apasionado, durante los ensayos le daban unos ataques de ira terribles, pero no me lo imagino como asesino.

—Vayamos al siguiente sospechoso —sugirió Benvenuto—, el profesor Edward Milk.

“Indicios incriminatorios:

- 1. Su estado de agitación al encontrarse con Julia en el pasillo y su advertencia.*
- 2. Su marcha temprana del teatro.*
- 3. Su decisión de dejar Inglaterra de forma inmediata.*

Oportunidad:

Estuvo a solas con Kulligrew cuando se apagaron las luces.

Motivo:

Su afecto por Julia y el shock que recibió con la nota de Louise Lafontaine”.

—A propósito, Pitt, creo que tú no estás al tanto de este episodio.

Le describió rápidamente el contenido de la carta de Louise y continuó:

—Es casi innecesario escribir una defensa a favor del profesor. Le conocemos demasiado bien, no podemos ser objetivos. En teoría, todos somos asesinos potenciales pero no queremos creerlo cuando se trata de amigos personales... En fin, como consuelo, sí que hay un personaje siniestro que podemos apuntar a nuestra lista de sospechosos aunque las pruebas

contra él sean casi inexistentes: el misterioso anciano que ocupaba el palco contiguo al de Kulligrew. Su nombre, según he averiguado, es Adolf Goetz.

“Indicios incriminatorios:

- 1. Julia le vio mirar fijamente a Charles durante el primer descanso. Ambos le vimos vigilando a Kulligrew justo antes del tercer acto desde el palco contiguo.*
- 2. Cuando Rourke le vio, se sobresaltó, puso una excusa y se fue. ¿Fue en ese momento cuando Rourke escribió la nota a Kulligrew?*

Oportunidad:

Pudo matarle en el intervalo que hubo desde que el profesor abandonó el palco hasta que Julia entró.

Motivo:

Desconocido por el momento”.

—Después tenemos a Louise Lafontaine. Aquí está clara tanto la oportunidad, Julia la vio en el palco a solas con Kulligrew, como el motivo. Me pregunto si...

Se levantó y se asomó por la ventana dando la espalda a los presentes mientras los tres permanecían en silencio. Después continuó:

—El siguiente nombre es... Julia Dallas.

Julia sintió repentinamente un sudor frío, la imagen de Benvenuto se desdibujó, todo a su alrededor se oscurecía... El lápiz cayó al suelo. Con esfuerzo, recobró el control y escuchó a alguien decir en ese momento: “¿a qué te refieres?”.

Pitt se había levantado y avanzaba hacia Benvenuto.

—¿Es una broma? Porque si lo es, no le veo la gracia. ¡Cielo santo! ¿Qué motivo iba a tener *miss Dallas* para matar a Kulligrew?

—Veinte mil libras es un motivo bastante bueno desde el punto de vista de la policía —contestó Benvenuto sin inmutarse.

Luego se acercó a Julia y le puso la mano en el hombro con suavidad.

—Julia, querida, ven un momento a la ventana, quiero mostrarte algo.

Ella se puso en pie tambaleándose y le siguió. Desde la ventana no se

veía nada especial, nada salvo la calle Chelsea con sus viejas y aristocráticas casonas y pequeños jardines, algunos niños jugando bajo la atenta mirada de sus niñeras y, más allá, un hombre leyendo un periódico. Miró a Benvenuto y negó con la cabeza.

—No te entiendo.

—¿No? Mira atentamente a ese caballero que parece tan absorto en su periódico y cuando llegues a casa vuelve a mirar por la ventana y creo que le volverás a ver. Mañana no le verás porque voy a hablar seriamente con Leech.

—Quieres decir que... ¿me están vigilando?

—Lo has entendido perfectamente. Vamos a ver, para ambos. Que quede claro que no pienso ni por un instante que haya sido Julia quien mató a Charles, pero se ha cometido un crimen terrible y hasta que yo no consiga resolverlo, o Leech consiga resolverlo, ni tú, ni Rourke, ni el profesor ni nadie será exculpado. Así que tienes que dejarme trabajar, Julia. Recuerda que no soy el único que está interesado en posibles motivos y hechos sospechosos. Siéntate y ayúdame a construir un caso contra ti.

Ella consiguió sonreírle, regresó al sofá y recogió el lápiz del suelo.

“Julia Dallas”, escribió. “Indicios incriminatorios”.

—Ben, espera, déjame hacerlo a mí —y escribió mientras decía en voz alta—: “Estaba pensando en romper su compromiso”.

Su voz tembló ligeramente, pero continuó:

—“Estaba a solas con el profesor Milk después de que este recibiera la carta de *miss* Lafontaine y pudo haberse enterado del contenido por él. El profesor, naturalmente, no lo reconocería para no implicarla. Oportunidad: estuvo a solas con Charles en el palco durante un tiempo considerable. Motivo...”. Hay dos motivos posibles, ¿no crees, Ben? Celos y dinero... Bueno, ya está. Es un caso bastante sólido, qué idiota he sido al no darme cuenta de que soy una sospechosa perfecta.

—Todo el que entró en ese palco es sospechoso —replicó Benvenuto.

—Entonces, apúntame a mí también —observó Martin Pitt—. Yo entré en el palco. Es cierto que no estaba solo con Charles pero le pude matar en la oscuridad y nadie se habría dado cuenta de nada.

Benvenuto negó con la cabeza.

—No es lo que cree Julia, ni Scotland Yard. El riesgo era demasiado grande... ¿Cuándo entraste en el palco?

—Al principio del tercer acto. Estaba buscando al profesor para invitarle, a él y a Agatha, a una fiesta después de la obra. Cuando me asomé al interior del palco, el profesor ya se había ido, Charles estaba con medio cuerpo fuera de la barandilla mirando la obra y Rourke estaba de pie detrás de él. Creo que ninguno me vio. Salí y me encontré con *miss Dallas*. Se acuerda, ¿verdad? Le pregunté si había visto al profesor.

—Sí. Hablamos durante un minuto o dos y yo volví al palco.

—Rourke ya se había marchado, ¿no es así?

—Sí. ¡Oh, Ben! ¡Creo que debió ser entonces cuando dio la nota a Charles!

Benvenuto asintió.

—Eso creo yo también. ¡Maldito tipo! Si no fue él quien cometió el crimen ha hecho algo casi igual de malo al desaparecer justo en el momento crítico. Espero que nuestro viaje no termine siendo en balde.

—¿Viaje? —murmuró Pitt.

—Sí. —Benvenuto se volvió hacia él—. Julia y yo, además del loro de Agatha... ejem, de Agatha y su loro, nos vamos a Francia mañana para intentar seguir una pista muy vaga que tal vez nos lleve a Rourke.

—Ojalá pudiera sumarme a la expedición pero no puedo dejar el teatro hasta que Rourke reaparezca... o consigamos a alguien que le reemplace.

—Puedes ser de mucha más ayuda quedándote aquí, siempre que no te importe ayudarme.

—Claro que no, ¿qué puedo hacer?

—Vigilar a Louise Lafontaine, para empezar. Tengo motivos para pensar que tal vez abandone Londres pronto y, si lo hace, quiero que la sigas y me informes de inmediato de adónde se dirige.

Pitt se lo quedó mirando con la boca abierta.

—Pero... no se puede ir. Tiene contrato con nosotros hasta el fin de la temporada y...

Benvenuto soltó una breve carcajada.

—No creo que Louise tenga ningún problema en conseguir un certificado médico que cumpla con su propósito.

Martin Pitt se ruborizó.

—¡Oh, claro! Qué tonto soy. Me comprometo a vigilarla, por supuesto, y a cualquier otra cosa que me pidas.

Julia se levantó para marcharse, secretamente regocijada al imaginarse a

esa etérea criatura en el papel de un espía.

—Adiós, Ben. Te dejo para que puedas deliberar con tu lugarteniente con tranquilidad. Llámame por la mañana y dime a qué hora sale el tren. Adiós, Mr. Pitt.

Capítulo 7 | En Francia

El sol brillaba con fuerza en Borgoña a pesar de las pequeñas nubes blancas que proyectaban su sombra sobre colinas y valles. Benvenuto, al volante de su Bugatti, cantaba canciones provenzales. Atravesaron numerosos pueblecitos, a cual más pintoresco, cada uno con su inevitable *château*, algunos bien conocidos por los amantes del vino. Una emocionada Julia miraba con curiosidad esas hermosas casonas de torres puntiagudas rodeadas de viñas. Solo el hecho de haber cruzado el canal parecía haberle insuflado vida y energía. Hasta Agatha, casi enterrada al fondo del coche bajo innumerables capas de chales y bufandas, parecía de mejor humor e intentaba unirse al coro de Benvenuto.

—¡Muy bonita! —exclamó al final de la canción *Les fraises et les framboises*.

El coche subió por una colina. A sus pies se extendían los tejados de un pueblo.

—Eso es Chagny —indicó Benvenuto—. ¿Os apetece beber algo? Yo estoy seco, como vosotras, supongo, y además quiero comprar los periódicos a ver si dicen algo más del atraco. El día anterior los periódicos habían informado de un atraco producido entre Orléans y Nevers. Un campesino había encontrado un coche despeñado en una zanja. Habían localizado al conductor muerto en el interior, con varias balas en la cabeza. La policía no tenía ninguna pista, salvo unas huellas de neumático en la carretera. Era evidente que había sido un atraco y, aunque no se encontró la firma del Tigre, los periódicos daban por hecho que había sido él.

Benvenuto no se había pronunciado sobre el tema, salvo para comentar que los periódicos estaban dispuestos a culpar al Tigre de todos los crímenes de Francia, pero era evidente que estaba preocupado.

Detuvieron finalmente el coche frente a un café de una hermosa placita empedrada.

—Las bebidas primero, la investigación después —sugirió Benvenuto guiándolas hacia una mesa bajo un toldo de rayas—. ¿Qué queréis tomar? Un Pernod os vendrá bien, ¿eh, Agatha?

Ella le sonrió mientras se desataba el sombrero.

—Probaré el Pernod si me dices que es inofensivo y *no* es un *cocktail*... Este sitio parece muy agradable, Benvenuto. Todo es tan *francés*. Mi querido Edward siempre dice que viajar ensancha la mente y empiezo a creer que tiene razón. Lo único que lamento es que no haya podido venir Archie con nosotros. Si no hubieras descubierto, afortunadamente claro, que el mareo del barco puede ser letal para los loros, me habría encantado que nos acompañara. Es un pájaro muy inteligente y se da cuenta de todo.

Se hizo el silencio durante unos minutos mientras los tres viajeros se relajaban y miraban a la gente pasar. Era día de mercado y bajo los toldos de colores se apilaban hermosas pirámides de quesos, frutas y verduras. Agatha, de buen humor, dio los últimos sorbos a su bebida.

—Esta bebida de hierbas es deliciosa —dijo—. ¿Puedo pedir otra? Mira lo bien que le ha sentado a Julia, le ha devuelto el color a las mejillas. La verdad, no entiendo cómo estos franceses tan agradables pudieron apoyar a ese hombre, Bonaparte... Y tampoco me acostumbro a que los policías no lleven casco... y las instalaciones sanitarias son deplorables, tan *socialistas*... Pero, en fin, aquí sentada puedo entender perfectamente el amor del rey Eduardo por Cans.

—¿Cans, tía?

—Sí, querida, es una ciudad del sur de Francia.

—Bien. —Benvenuto zanjó la conversación—. A mí me encanta estar otra vez en Francia. Comeremos aquí y luego nos iremos a Lyon, allí hay trabajo que hacer. Y hablando de trabajo, tengo que conseguir un periódico y ver qué dicen hoy del Tigre.

Mandó a un chico a comprar el *Journal* y se dirigió a Julia.

—Verás como el periódico insiste en que fue el Tigre el que mató ayer a ese pobre tipo, a pesar de que no se le conoce ningún hecho violento en el pasado. ¡Qué absurdo!

Julia le miró dubitativa. El chico trajo el periódico y la expresión de Benvenuto cambió al comenzar a leer. Julia solo alcanzó a leer el titular:

“LE TIGRE, CHEF DE GANGSTERS”

Benvenuto les tradujo el artículo. La noche anterior, dos hombres en un Renault habían asaltado una furgoneta de correos cerca de Montélimar

hiriendo salvajemente al conductor. Habían robado cartas y cuarenta mil francos y, durante la fuga, una campesina había muerto atropellada. En la furgoneta habían escrito con tiza: “*Le Tigre*”.

Benvenuto dejó caer el periódico sobre la mesa.

—Parece que estamos cerca del campo de batalla —se lamentó, sombrío.

—¡Oh, Ben! ¡Es horrible! Tienes que reconocer que, si tienes razón y Rourke es el Tigre, es capaz de haber matado a Charles sin remordimiento ninguno.

Benvenuto no contestó. Sacó un mapa y lo extendió encima de la mesa.

—Creo que el Tigre va a huir hacia el sur. Esta zona se ha vuelto peligrosa para él. Iremos a Lyon, es posible que allí nos espere alguna carta de Inglaterra y desde allí podremos seguir sus pasos. Quizá es mejor que vosotras os quedéis de momento en el hotel de Lyon, no me gusta el cariz que está tomando la situación. Si Rourke ha hecho esto, ha perdido la razón por completo. Vamos a comer ya.

Encontraron un pequeño restaurante con un agradable jardín donde se sentaron bajo los árboles, pero la comida no fue alegre. Benvenuto estaba ensimismado, sumido en sus pensamientos, Agatha sufría por el calor y Julia especulaba con la poco grata idea de que Rourke fuera el culpable. En ese momento decidió que, pasara lo que pasara, no dejaría solo a Benvenuto. Se las apañaría para dejar a Agatha en el hotel de Lyon y le acompañaría. “Después de todo”, pensó, recordando las románticas aventuras que había oído de Rourke, “es posible que yo pueda tratar con él mejor que Ben”.

Estaban ya de nuevo en la carretera y la voz de Benvenuto interrumpió sus pensamientos.

—Tengo un automóvil gigante pegado intentando adelantarme. Hazle seña de que pase, ¿quieres, Julia?

Julia, obediente, hizo la señal observando con angustia la estrechez de la carretera. Un potente coche gris les adelantó. Julia agarró con fuerza el brazo de Benvenuto y por poco se despeñan.

—¡Ben! ¡Mira! ¡Rápido! ¡Es el *esqueleto*!

Por la ventana trasera había aparecido el inconfundible rostro de Adolf Goetz, antes de desaparecer en una nube de polvo. Benvenuto apretó el acelerador.

—¡Diablos! ¡Qué casualidad más increíble! Le cazaremos y

conseguiremos que pare o moriremos en el intento. ¡Agárrate fuerte!

Julia pensó que la segunda alternativa era con diferencia la más probable. El Bugatti había alcanzado una velocidad asombrosa, se bamboleaba sobre la carretera y crujía como si se fuera a partir en dos, pero consiguió disminuir algo la distancia entre ambos coches. Cinco minutos después, Julia consiguió distinguir la letra “D” en la matrícula. Un esfuerzo más y le alcanzarían. Benvenuto hizo sonar el claxon y con un acelerón extra consiguieron adelantarle.

—¡Saca la mano y hazle una seña para que pare! —gritó a Julia.

Pero fue en vano. El potente motor del coche gris rugió y el coche volvió a adelantarles. Solo tuvieron tiempo de ver una cara enfadada que les lanzaba una mirada asesina y les soltó un montón de juramentos en un idioma desconocido que sonaba como el alemán.

—¡Maldita sea! —exclamó Benvenuto preparándose para dar caza al coche de nuevo.

Pero era inútil. Este ganaba terreno rápidamente y, en un santiamén, desapareció en la lejanía.

—Vaya, ¡qué lástima! —se oyó la voz somnolienta de Agatha desde la parte posterior del vehículo—. No sé quiénes eran esos amigos tuyos, Benvenuto, pero me temo que los hemos perdido.

Capítulo 8 | El atraco

Anocheció antes de que pudieran llegar a Lyon, así que se pararon a cenar en una pequeña terraza emparrada de un restaurante de carretera. Durante la cena, la camarera no paró de relatarles horrores sobre el Tigre y terminó advirtiéndoles de que no se pararan en la carretera por nada del mundo.

—Es un *monstguo*, *señog*. Todo el mundo tiene miedo.

De nuevo en camino, Julia, sentada al lado de Benvenuto, se concentraba tensa y silenciosa en el círculo de luz que formaban los faros. Detrás solo había bosque o, más bien, un agujero negro y amenazador. Cada vez que se les acercaba un coche por detrás su corazón empezaba a latir con violencia y cuando este les adelantaba y pasaba de largo Julia se sentía avergonzada por su comportamiento. ¿Dónde había quedado su sed de aventuras? En esos momentos solo deseaba un hotel civilizado, un baño caliente y un café... y que fuera de día cuando se encontraran finalmente con el Tigre.

Por fin divisaron desde lo alto de una colina miles de luces a sus pies, como una manta extendida sobre el paisaje.

—Lyon —anunció Benvenuto—. ¡Gracias a Dios! En cinco minutos estaremos en el hotel con una copa en la mano.

Lyon parecía enorme, pensó Julia, y, al ver una ciudad tan grande y civilizada como Londres, se sintió a salvo y avergonzada de sus miedos anteriores.

Pararon el coche delante de la puerta del Hotel Louis Philippe y unos mozos uniformados se acercaron corriendo para recoger el equipaje.

—Caro pero cómodo —observó Benvenuto—. Necesitamos una buena cama, llevamos casi quinientos kilómetros recorridos desde el desayuno... no está nada mal.

En recepción, un caballero con un traje impecable les describió en un inglés casi igual de impecable las bondades del hotel. Agatha y Julia se retiraron a sus habitaciones prometiendo reunirse en diez minutos con Benvenuto para tomar un café.

Julia dio un suspiro de alivio al cerrar la puerta de la habitación tras de

sí. La cúspide de la felicidad eran una alfombra blanda y lujosa, ropa de cama de lino y un baño alicatado, pensó. Se relajó un momento fumando un cigarrillo y, para cuando estuvo aseada, peinada, maquillada e inmaculadamente vestida, eran ya casi las diez de la noche. Salió corriendo y bajó a reunirse con los demás. Benvenuto, al verla, dejó el periódico que estaba leyendo y le comentó de buen humor:

—Querida, mirarte es un placer para los sentidos. Vamos al bar. Agatha ha decidido quedarse en su habitación con una taza de té y desde allí ha dado orden de que te acuestes pronto. Dice que las jóvenes no deben trasnochar.

Julia rio y tomó el brazo de Benvenuto para dirigirse al Bar Americano.

—Esta joven no tiene intención de irse a la cama hasta que no se haya tomado un par de copas y tengamos un plan de acción para mañana.

En recepción se estaba produciendo un alboroto inesperado. Benvenuto y Julia se pararon en seco al ver a varios empleados del hotel llevando casi en volandas a una voluminosa dama en estado de histeria. Detrás, una joven con gafas mantenía bien agarrada una manta de viaje alrededor de su cuerpo, se aferraba a ella con tal desesperación que parecía evidente que no llevaba nada debajo. Cerraba el curioso grupo el padre de familia, un hombrecillo ya entrado en años con la cabeza vendada.

—¡Dios mío! ¡Es *lady* Hopkins! —exclamó Benvenuto—. La mujer de las perlas que he estado pintando.

Se abrió paso a través del gentío y se inclinó solícito sobre la pobre mujer, que le agarró bruscamente con sus manos rollizas.

—¡Oh, Mr. Brown! —Julia la oyó decir—. ¡El Tigre nos ha atacado! Se ha llevado todas las joyas, incluidas mis hermosas perlas. Ha golpeado a Fred en la cabeza y se ha llevado la ropa de Gladys y... ¡solo Dios sabe lo que habría pasado si en ese momento no hubiera aparecido un coche en la carretera!... Gladys, ve a ponerte el vestido rosa de organza, hija, lo encontrarás en el baúl grande... Echaron alquitrán en la calzada y Ponsoby, el chófer, tuvo que frenar. Entonces se asomó por la ventanilla un hombre gigante que llevaba cubierta la cabeza y exigió que le diéramos todas las joyas y el dinero que teníamos encima. Mi Fred le gritó que quién demonios era y el muy animal le atizó en la cabeza con la culata del revólver. Nos hizo salir del coche y me hizo sacar todos los diamantes que escondía en el escote, no sé cómo supo que se encontraban ahí, y obligó a la pobre Gladys a desnudarse. Pensaba que escondía algo debajo de la ropa...

—¿En qué dirección se fue? —preguntó Benvenuto rápidamente aprovechando una pausa.

—Venían hacia aquí —gimió *lady Hopkins*.

Julia echó un vistazo a la desconsolada Gladys y decidió llevársela a su habitación hasta que la suya propia estuviera lista. Después de tranquilizarla y conversar con ella un rato, le prestó unas ropas y la dejó finalmente chapoteando alegremente en la bañera. Salió de la habitación y esperó en el rellano sumida en sus pensamientos. Cuando llegó el ascensor, un hombre le abrió la puerta desde dentro.

—*Merci, monsieur* —murmuró ella sumida en sus pensamientos. Las puertas del ascensor se cerraron pero el ascensor no se movió, el hombre no atinaba a ponerlo en marcha de nuevo. Julia alzó la vista y se encontró con la mirada de... Terence Rourke.

Capítulo 9 | El Tigre

Julia se sintió atrapada, como enjaulada con un animal salvaje. Pero era absurdo, ¿qué daño podía hacerle él en ese hotel lleno de gente? Y Rourke, además, en ese momento la estaba mirando con una amplia sonrisa.

—¡Cielo santo, pero si es *miss Dallas*! ¿Qué está haciendo aquí?

—A... acabamos de llegar.

Julia consiguió, no sabía ni cómo, devolverle la sonrisa y darle la mano cordialmente, aunque su cuerpo, rígido y tenso, apenas le respondía.

—Yo también he llegado hace un momento y he subido a ver mi habitación. Si conseguimos salir de este ascensor, la invito a una copa, si tiene tiempo, claro —dijo Rourke.

Claro que acababa de llegar. Eso ella ya lo sabía. ¿Sabría él que sus víctimas se encontraban en ese momento a solo unos pocos metros de él? ¿Lo reconocerían? Intentó mantenerse serena y pensar. Si le decía que Benvenuto la estaba esperando en el bar, Rourke sospecharía que habían ido a por él y se escaparía, así que no debía decirle nada. Le entretendría hasta que ella pudiera avisar a Benvenuto.

—Creo que este cacharro no va a funcionar más hoy —dijo ella señalando los mandos del ascensor y riendo despreocupadamente—. ¿Qué tal si bajamos por las escaleras? Son solo dos pisos.

—¡Pues claro, seré idiota! Vamos, *miss Dallas*, salgamos y disfrutemos de la libertad.

Galante, le tendió una mano para ayudarla a salir y bajaron a recepción.

—El bar está por este otro lado —informó ella apresuradamente al ver que los policías aún seguían allí.

—¡Espléndido! —rugió el coloso—. Llevo todo el día en la carretera y me muero de sed.

Benvenuto esperaba sentado en un taburete del bar, charlando tranquilamente con el camarero.

—¡Benvenuto Brown! ¡Cielo santo! ¡Pero qué casualidad más increíble! —exclamó Rourke dándole un palmetazo en el hombro.

—¡Cuidado con mi copa, loco irlandés! ¿Qué haces aquí?

Se saludaron calurosamente.

—Es una historia demasiado larga para explicarla ahora. Vamos a otro sitio donde podamos hablar con calma. Por cierto... te presento a *miss Dallas*, aunque ya la conoces, claro.

Julia sonrió.

—Ben es mi primo. He venido con él y con una tía de ambos.

—¡Vaya, no tenía ni idea! ¿Qué quiere tomar, *miss Dallas*?

—Yo invito —se ofreció Benvenuto—. Vamos mejor a mi habitación.

En la habitación, Julia, sentada en el borde de la cama, sonreía aturdida pensando en lo extraño de la situación mientras los otros dos brindaban.

—Estás de viaje, supongo. ¿Dónde vas? —preguntó Rourke a Benvenuto.

—A ninguna parte. Me quedo aquí —contestó Benvenuto—. Hemos llegado a nuestro destino. Escucha, Terence, es mejor que no nos andemos con rodeos. La razón por la que estamos aquí eres tú. Y me siento obligado a decirte además que... que eres sospechoso de matar a Kulligrew y de ser el Tigre.

Rourke, fuera de sí, pegó un salto, derribando la silla donde estaba sentado, y agarró a Benvenuto por las solapas. Benvenuto le miró y se limitó a rellenar su copa con calma.

—Respira hondo, Terence, y cuenta hasta diez. Cuando haya terminado de hablar me pegas si quieres, pero no antes. ¿Nos sentamos?

—¿*De verdad crees que he matado a Charles?* —gritó Rourke fulminándole con la mirada—. ¡Charles era un hermano, más que un hermano, para mí! ¡Maldito seas si...!

—Pues claro que no lo creo, idiota —le interrumpió Benvenuto—, pero si sigues portándote como un elefante en una cacharrería no conseguiré averiguar quién ha sido en realidad. Cálmate y déjame que te ayude.

Terence Rourke se dejó caer en una silla y, nervioso, se pasó los dedos entre su mata de cabello gris. Cuando volvió a mirar a Benvenuto la furia había desaparecido.

—Perdóname. He perdido el control —murmuró en tono casi humilde—. Creo que ver a Charles en el teatro con mi espada clavada ha hecho que me vuelva loco... El muy canalla desapareció antes de que pudiera echarle el guante, pero le atraparé, miserable sinvergüenza...

—Espera, espera... ¿de quién hablas? —preguntó Benvenuto con

suavidad.

Rourke negó con la cabeza.

—No le conoces. Soy el único hombre en la tierra que sabe quién ha matado a Charles y por qué. *Miss Dallas* —añadió volviéndose hacia ella—, todo esto debe de ser terriblemente doloroso para usted. ¿Me creerá si le digo que no hay nadie en el mundo que haya sentido la muerte de Charles como yo? Excepto usted, tal vez, así que podrá entenderme. Nunca me perdonaré haber reñido con él. Siempre le consideraré mi mejor amigo pero no pude decírselo, ese malnacido se lo llevó por delante antes de que pudiera hacerlo.

Julia se sintió incapaz de mirarle a los ojos en ese momento. Rourke se recostó en la silla, suspiró, encendió un cigarrillo y, más calmado, comenzó con su historia.

—Escúchame, Ben, y te lo contaré todo, pero tengo que comenzar por el principio. Durante la guerra, Charles y yo pertenecíamos ambos al Servicio de Inteligencia. Nos encargaron perseguir a un hombre, un espía alemán que se hacía pasar por periodista suizo. Pero, en fin, los detalles no importan. Baste decir que conseguimos atraparlo. Estaba escondido en una casa abandonada de un pueblo remoto. Era muy alto, muy delgado y muy malvado. Negociamos con él durante tres horas. Le ofrecimos de todo: dinero, su libertad, su vida... todo a cambio de decirnos quiénes trabajaban para él... En un momento dado empezaron a caer proyectiles a nuestro alrededor. Los alemanes se acercaban y no había tiempo que perder. En un acto desesperado, me lancé encima de él. Ninguno de los dos llevábamos armas pero me tiró algo a la cara, un producto químico que me quemó los ojos y me dejó ciego durante un tiempo. El dolor era espantoso. Me desmayé y, cuando recobré el sentido, vi a Charles de pie, con un arma en la mano que no sé cómo había conseguido, y a Goetz en el suelo retorciéndose de dolor. “¿Has conseguido que hable?”, pregunté a Charles. “Sí”, me respondió. Estaba muy enfadado. Conseguimos escapar y lo último que oímos antes de salir de allí fue al alemán gritando desde el suelo: “¡Esto me lo vas a pagar, Kulligrew, sé dónde encontrarte!”. Después de eso a mí me hospitalizaron y ahí acabó la guerra para mí... Y pasamos al capítulo dos... La siguiente vez que me encontré con Adolf Goetz fue cuando descubrió que yo era el Tigre.

Se hizo el silencio. Julia escuchaba inmóvil, sin atreverse casi a respirar.

—Así que... era verdad —susurró ella finalmente en voz baja.

—¡Claro que yo era el Tigre! —gritó él con orgullo—. Después de la

guerra no sabía bien qué hacer. Pensé que podría hacer algunas buenas obras y me lancé a la carretera como Dick Turpin... Fueron buenos tiempos aquellos... Ese bastardo de Goetz me ha robado todos los trucos, hasta el alquitrán, pero, a diferencia de él, yo nunca llevé el arma cargada y nunca salió nadie herido, ¡solo sus carteras! Me divertí como nunca... ¡y ahora ese malnacido ha arruinado mi reputación al disparar a hombres desarmados y matar a campesinos!... Pero estoy divagando y aún no he acabado con la historia del Tigre. Cierta noche de invierno, mientras esperaba a un conocido banquero, escondido en una carretera de los Alpes, apareció un coche. Lo paramos, mi amigo inmovilizó al chófer, yo iluminé el asiento trasero con la linterna y... ¡que me maten si no era Goetz el que estaba ahí!... Nos reconocimos al instante. El chófer consiguió liberarse, volver a arrancar el automóvil y huir, pero Goetz ya sabía quién era yo, el juego se había acabado. Al día siguiente me volví a Inglaterra y una semana después estaba ya en América transportando *whisky* irlandés por los Adirondacks.

“Goetz se tomó su tiempo para vengarse pero... ¡vaya si lo ha conseguido! Primero mató a Charles con mi propia espada y ahora arruina la reputación del Tigre. Me denunciará y todo se habrá acabado”.

Rourke, abatido, permanecía inmóvil con la cabeza gacha. Benvenuto, recostado en un sofá, fumaba su pipa sin dar señales de estar escuchando. Tan solo sus ojos entreabiertos, fijos en Rourke, demostraban su interés en la historia. Por fin, habló:

—Dime qué pasó esa noche en el teatro, Terence.

Rourke levantó la cabeza.

—Cuando vi a ese viejo canalla en el palco supe que algo iría mal. Escribí un mensaje a Charles advirtiéndole del peligro. No nos hablábamos desde hacía meses a causa de una estúpida pelea por una mujer pero, cuando vi allí a Goetz, me olvidé de toda esa historia. Le mandé la nota con un mensajero, pero no me podía quitar el asunto de la cabeza así que decidí tragarme mi orgullo y hablar directamente con él. Utilicé la excusa de dar un recado a *miss Dallas* y, cuando ella salió y se quedó Charles solo en el palco, me acerqué a él y le pregunté si había recibido la nota. Como no recibí respuesta, me enfurecí y me marché y desde entonces me he estado preguntando si no estaría ya muerto...

—La policía aún no ha conseguido aclarar la hora exacta de la muerte.

—¡Dios! ¡Ojalá pudiera saberlo!... Después de eso estaba demasiado

enfadado como para quedarme quieto en mi sitio, así que estuve dando vueltas por el teatro y, por pura casualidad, me encontraba cerca y fui el primero en entrar en el palco cuando el pobre Pitt se dio cuenta de lo que había pasado. Cuando vi mi espada clavada comprendí inmediatamente que había sido asunto de Goetz y corrí hacia el palco contiguo, pero él ya había huido, claro. Desesperado, le busqué por todo el teatro con una única idea en la cabeza: no dejarle escapar. Por fin le encontré y vi cómo huía en un automóvil... Paré un taxi para perseguirle y no he hecho otra cosa desde entonces. Durante este tiempo he viajado con nombres ficticios, me he disfrazado y me he escondido, siempre viviendo en la cuerda floja y temiendo que me arrestaran antes de que pudiera atraparlo.

—¿De dónde has sacado el dinero?

—¡Oh, el dinero! —Rourke hizo un gesto despectivo con la mano—. Tengo buenos amigos en París que me dan todo lo que necesito... Bien, ¿dónde estaba? ¡Ah, sí! Al final le perdí de vista, pero para entonces ya había descubierto que Goetz es propietario de una villa en Montecarlo. Fui a ver la casa, estaba cerrada. Ese día leí en el periódico que el Tigre estaba haciendo de las suyas y, por fin, entendí su plan: matar dos pájaros de un tiro, destruirnos de golpe a Charles y a mí. Muy ingenioso. Desde entonces he estado siguiendo su pista por las noticias en los periódicos sobre los asaltos y los registros de huéspedes de los hoteles. Tengo que darme prisa, en cualquier momento me denunciará a la policía por ser el Tigre... eso si no me detienen antes por el asesinato de Charles... ¡Dios! ¡Tengo que atraparlo!

Rourke se había puesto de pie de un salto y daba vueltas por la habitación como un oso enjaulado.

—Tranquilo, Terence. Lo mejor es que unamos nuestras fuerzas. Para empezar, yo puedo conseguir información de la policía y tú no. Además, tengo dos noticias para ti. La primera es que ha habido otro atraco cerca de Lyon y la segunda es que hoy, en la carretera, hemos visto a tu amigo Goetz. Intenté detenerle pero no lo conseguí. Puedo dar a la policía una buena descripción del coche. No debería ser difícil encontrarle.

—¿De veras? ¿Vais a ayudarme a cazarlo? —la cara de Rourke se iluminó con una gran sonrisa—. ¡Entre los tres lo conseguiremos! No vayas a la policía, Ben. Quiero ser yo quien eche el guante a ese pájaro personalmente. Solo Dios sabe el daño que me ha hecho... ¡Ah! ¡Esta noche me siento un hombre nuevo!

—Bueno, no te metas en líos ahora, mañana organizaremos un plan de acción. Hay un montón de preguntas que quiero que me respondas pero pueden esperar. Se me caen los ojos del sueño, así que sugiero que vayamos todos a dormir. Buenas noches a los dos.

—Buenas noches, Ben. Buenas noches... ¡*Tigre!* —exclamó Julia.

Rourke esbozó una gran sonrisa.

—Déjeme acompañarla a su habitación, *miss Dallas*.

Una vez en el pasillo, Rourke tomó las dos manos de ella y la miró atentamente a los ojos.

—Así que... cuando se encontró hoy conmigo en el ascensor pensó que estaba atrapada con un atracador asesino, ¿no es así? Y no dio la menor muestra de ello.

Los ojos azules de Julia mantuvieron inocentemente su mirada hasta que no pudo resistir más y bajó los ojos. Entonces, muy despacio, el gigante inclinó la cabeza y le besó primero una mano y luego la otra.

—Buenas noches.

Los primeros rayos de la mañana hacían su aparición cuando Julia, agotada, consiguió conciliar, por fin, el sueño. “Mi querido *tigre*”, pensó. Sonrió y se durmió.

Capítulo 10 | ¡Se ha escapado!

—¡Despierta, Julia! ¡El Tigre se ha escapado!

—¡Oh, hola, Ben! ¡Qué bien he dormido! ¡Hola, Agatha!... Perdona, ¿qué has dicho?

Julia bostezó y les sonrió, retirándose los rizos de la cara e incorporándose en la cama.

—He dicho que Rourke se ha largado. ¡Pop! ¡Ha desaparecido! Sin dejar ni un mensaje ni nada.

—¡Pero no puede haberse ido! Dijo que...

Benvenuto soltó una breve carcajada.

—Ya sé lo que dijo, criatura, pero esta mañana he entrado en su habitación y estaba vacía. Y la cama sin hacer.

—Benvenuto me ha contado toda la historia —terció Agatha— y estoy segura de que hay algún malentendido. Ese simpático Mr. Rourke no desaparecería de una forma tan poco caballerosa sin tener una buena excusa. Seguro que ha recibido un mensaje urgente de algún pariente lejano. Mucha gente tiene familia extranjera, mi abuela era irlandesa, sin ir más lejos. Me han contado sus aventuras y es cierto que es bastante escandaloso lo que hizo pero, según Benvenuto, sus víctimas, a los que robaba, eran gente sin ninguna educación que se aprovechaba de los pobres soldados, así que no me voy a lamentar por ellos. Ya verás, Benvenuto, Mr. Rourke aparecerá después del desayuno con una buena excusa y te sentirás la mar de ridículo por tus sospechas.

Benvenuto negó con la cabeza.

—Ya he preguntado en el hotel si llegó anoche algún mensaje para él y me han dicho que no. En todo caso, espero que tengas razón, Agatha, y resulte, al final, que ha muerto su abuela. Voy a ver si averiguo algo sobre su automóvil, no lo tenía aparcado en el hotel... Es mejor que te vistas, jovencita; nos veremos después de desayunar.

La puerta se cerró tras él y Julia se quedó sentada, muy tiesa y con la mirada fija en sus manos entrelazadas sobre sus rodillas. Poco a poco se fue recuperando y volvió el color a sus mejillas. Pegó un salto desde la cama y agarró por los hombros a una sorprendida Agatha.

—Escúchame, Agatha. Nunca vuelvas a decir delante de mí “ese simpático Mr. Rourke”. No es simpático, es un traidor, un demonio y yo le odio. ¡*Le odio!* Y no descansaré hasta meterlo en la cárcel. Ahora vete, voy a tomar un baño —dijo, poco menos que empujando a una atónita Agatha hacia el pasillo.

Se preparó un baño y, mientras se enjabonaba, intentó convencerse a sí misma de que las gotas que corrían por sus mejillas eran solo agua.

Media hora más tarde, era una pálida pero resuelta Julia la que se unió a Benvenuto para el desayuno.

—¿Y bien? ¿Qué has averiguado? —preguntó.

—Se ha escapado —contestó Benvenuto extendiendo con calma una capa de mantequilla sobre su tostada—. Pregunté en el hotel la dirección de algún garaje cercano y, cuando lo encontré, fue un asunto sencillo. Terence no es una persona que pase desapercibida fácilmente, les di una descripción suya y lo reconocieron de inmediato. A cambio de cinco francos me contaron que *monsieur* llegó en un Renault ayer a las nueve y media de la noche, solicitó plaza para su coche y se fue a buscar un hotel, dejando el equipaje dentro del automóvil. Después volvió a aparecer sobre las doce y media. Es decir, que volvió al garaje justo después de que nos despidiéramos de él y, para sorpresa del encargado del garaje, pidió que le llenaran el depósito de combustible. Se metió en el coche, les dejó un billete de cien francos y se largó sin esperar el cambio. Por otro lado, el encargado del hotel está indignado. Dice que *monsieur* reservó una noche diciendo que enviaría a recoger su equipaje y que no solo se ha marchado sin pagar, sino que se ha llevado la llave de la habitación consigo. Aquí solo ha quedado su sombrero... Como no quiero que la policía meta las narices en esto le mentí, le dije que había recibido una nota de Terence avisando de que se tenía que marchar por un tema urgente. Como ironía final, el encargado del hotel me sugirió que pagara yo mismo su factura... En todo caso... mmm, es raro que dejara su sombrero... A lo mejor es verdad que tuvo que marcharse urgentemente por alguna razón.

—¡Tonterías! —exclamó Julia amargamente—. Eso es justo lo que él quería que pensaras, que iba a volver. Alguna razón para marcharse, dices. Pues claro que tenía una razón. Después de haber aplacado nuestras sospechas y soltarnos un montón de ingeniosas mentiras, tenía la mejor razón del mundo para salir corriendo mientras nosotros dormíamos inocentemente...

Se ha burlado de nosotros, Ben, no dejes que lo vuelva a hacer. ¿No te das cuenta de que no nos ha contado absolutamente nada que se pueda probar? No me creo ni una palabra del cuento ese sobre Goetz durante la guerra. A mí Charles nunca me contó nada de eso. Y esos “amigos” misteriosos que le dan dinero para los mejores hoteles y para comprarse un Renault, ¿quiénes son? No nos dijo sus nombres, no sé si te has dado cuenta. Y es porque no existen, Ben. Le financian las víctimas de sus asaltos, *lady Hopkins* incluida. ¡Se está riendo de nosotros!

Julia contempló irritada a Benvenuto mientras este daba un sorbo a su café con el ceño fruncido.

—¿No crees que es lo bastante listo como para haberse inventado todo eso? —insistió ella.

—¡Cielos, claro! Tiene inteligencia para eso y para mucho más. Le he oído contar historias mejores que esa.

Benvenuto se echó a reír, ante la intensa irritación de Julia.

—¿Sabes? Al hablar se le escapó algo que yo estaba deseando saber. No creo que te hayas dado cuenta.

Julia no pudo preguntarle de qué se trataba porque, en ese instante, Agatha apareció corriendo, con las mejillas encendidas y los ojos echando chispas.

—¡Benvenuto! ¡Mis *granates*!

—¿Tus granates?

—Sí, sí, mis granates. El regalo de compromiso de mi *querido* padre a mi *adorada* madre. Sesenta y cuatro piedras casi exactamente iguales montadas en un collar con forma de arpa. Julia, cariño, ¡ibas a heredarlas tú a mi muerte!

—¿Iba a...? ¿Quieres decir que las has perdido, tía Agatha?

—¡Perdido! No tengo por costumbre perder nada... excepto aquella vez que perdí mis gafas, pero mi querido Edward las encontró en seguida, gracias a Dios.

—¿Qué problema hay entonces?

Agatha suspiró.

—Es evidente que no me he explicado bien. Presta atención tú también, Benvenuto. Cuando me retiré a mi habitación anoche, dejé mi collar en el tocador. Sé exactamente dónde lo puse porque se quedó una horquilla enganchada. Al levantarme esta mañana pensé: “Me pondré mi vestido azul

de Liberty” y eso es lo que he hecho. Sin embargo, después de ser... digamos que *expulsada* de la habitación de Julia, he visto que el vestido tenía una mancha y lo he cambiado por el de seda burdeos. ¡Y por eso me he dado cuenta!

—¿Te has dado cuenta de qué?

—Julia, a veces me sorprendes. ¿Nunca te has fijado en lo bien que conjuntan mi granates con mi vestido burdeos? Si no hubiera sido por eso no me habría dado cuenta del robo.

—Lo siento mucho, Agatha. Iré a notificar el robo al director del hotel, si estás segura de que han desaparecido.

—¿Y qué pretendes con eso, Benvenuto? No entiendo cómo puedes quedarte ahí sentado tan tranquilo y llamarte detective y a la vez sugerir que alguna infeliz empleada de la limpieza ha robado mi collar, cuando acabas de admitir que estuviste bebiendo hasta no se sabe qué hora con un atracador de caminos.

Con la excitación del momento, el bolso de Agatha se cayó al suelo. Benvenuto aprovechó la circunstancia para escabullirse debajo de la mesa y recogerlo. El contenido se había diseminado por toda la moqueta y cuando Benvenuto emergió otra vez a la superficie, en su mano sostenía algunos billetes de tranvía, una caja de aspirinas y algo que se parecía mucho a un arpa de granates. Agatha recibió sus tesoros con mucha compostura.

—¡Ah, ahí estaban! El último sitio donde yo los habría dejado. Es evidente que algo le impidió llevárselos, tuvo que huir de improviso y los puso *ahí*.

—Claro, claro, sin duda —murmuró Benvenuto—. Y ahora, si ya hemos acabado todos de desayunar, ¿qué tal si nos acercamos a la oficina de correos a recoger nuestras cartas?

—Muy bien —aceptó Agatha—. Debe de haber un buen fajo de mi querido Edward contándome sus aventuras en Montreux. Nunca estoy tranquila cuando anda cerca de esos glaciares... son tan traicioneros. Vamos, querida.

—

—Tonterías, buen hombre. *Regardez encore* —ordenó Agatha cortésmente pero con firmeza mientras escudriñaba el *guichet* de la oficina de

correos—. Tiene que haber una carta de mi hermano, *mon frère, oui. Le nom est Milk: M-i-l-k. Lait en anglais, ce qui se trouve dans le café.* De veras, Benvenuto, la estupidez de este hombre no tiene límites. Parece que no entiende su propio idioma. ¿Te importaría *insistir* en que me dé mi carta de una vez?

—*Rien pour miss Milk* —repitió el hombre imperturbable.

—Lo siento, Agatha, pero parece que no hay cartas para ti. Y yo solo he recibido una factura.

—Benvenuto, me niego a que jueguen conmigo de esta manera. Mi *querido* Edward puede ser algo despistado pero es siempre, *siempre*, de lo más diligente a la hora de escribirme. Este hombre no es más que un idiota e insisto en ver al director de Correos.

Benvenuto ahogó un gemido.

—No servirá de nada, Agatha, créeme. El servicio de correos francés es muy eficiente. Mira a toda la gente que está recogiendo sus cartas.

La cara de Agatha se arrugó de repente en una mueca, para angustia de sus compañeros.

—*Sabía* que acabaría así —murmuró sacando un pañuelo—. Seguro que se ha resbalado y se ha caído en uno de esos glaciares. Tengo que ir a verle. Benvenuto, te ruego, por favor, que me lleves de inmediato a la estación más cercana.

Julia intentó tranquilizar a Agatha mientras la arrastraba fuera de la oficina de correos. Benvenuto, pensativo, salió detrás de ellas.

—Escucha, Agatha —dijo—. Montreux está a solo un día de coche de aquí. Sugiero que vayamos los tres en el Bugatti. Estoy seguro de que el profesor está bien, pero me gustaría hacerle algunas preguntas. Dejaré una nota para Rourke, por si le da por aparecer. De todas formas, estaremos de vuelta en un par de días.

—Mi *querido* Benvenuto, eres un amigo de verdad —declaró Agatha secándose los ojos—. Me tienes que dejar pagar el combustible.

Media hora más tarde, estaban los tres de nuevo en la carretera camino a Suiza.

Capítulo 11 | *Swiss milk*

Benvenuto frenó el coche y miró a Julia con ojos expectantes. Luego contempló el lago Léman, una superficie lisa, dura y reluciente al sol del mediodía.

—No oigo ninguna de esas exclamaciones de entusiasmo propias de la gente educada que ve el lago por vez primera —observó en tono reprobador.

Julia esbozó una sonrisa por primera vez en todo el día.

—¡Oh, Ben! ¿No es una vergüenza? ¡La naturaleza copiando a una postal! El único detalle *fuera de sitio* es la nubecita blanca que hay encima de ese pico, como un algodón en una muela dolorida.

—Un comentario muy apropiado, especialmente porque ese pico se llama Dents du Midi —rio Benvenuto—. De acuerdo, resulta un poco artificial pero, créeme, Suiza es un país increíble. Sus habitantes han logrado la excelencia en la fabricación de tuberías y relojes de cuco. También se les dan muy bien los deportes, los paisajes y el chocolate.

Miró a Agatha por encima de su hombro.

—Traen aquí a los malos pintores y les dan chocolate para comer hasta que revientan.

Agatha sonrió abiertamente y asintió sin prestarle la menor atención.

—¡Ah! Ojalá supieras pintar esto, Benvenuto. Podrías tener un éxito enorme en la Royal Academy.

—La pintura azul es muy cara —replicó él bruscamente, algo ofendido.

—Solo dos kilómetros hasta Montreux —anunció Julia alegremente—. Dentro de un rato estaremos comiendo con el tío Edward.

Benvenuto masculló:

—Optimista.

El Bugatti se detuvo a las puertas del Hôtel du Beau Lac. Al salir del automóvil, el calor les envolvió como en una sauna.

—¿*Le professeur* Milk? —preguntó Benvenuto al encargado de recepción.

Una expresión de duda pasó por la cara del hombre. Luego les contestó:

—*Un moment s'il vous plaît, monsieur. Je vais chercher le patron.*

El encargado se marchó y Agatha alzó la vista con una sonrisa.

—¡“El patrón”, ha dicho! Eso viene de la costumbre de Edward de dar siempre propinas enormes, pero es un alivio saber que está sano y salvo.

—Me temo que... —comenzó Benvenuto, pero le interrumpió la llegada del director del hotel.

—*Bonjour monsieur, mesdames...* ¿Buscan ustedes también a *herr professor*? No sé nada de él, ¡nada! —exclamó el hombre retorciéndose las manos—. Llegó, comió y durmió durante dos días, pagó la cuenta y... ¡ahora mi hotel parece la *gendarmerie*! La policía viene todos los días, entran en su habitación y me hacen un montón de preguntas sobre *herr professor* hasta que me vuelven loco. ¡Nunca, nunca me había pasado algo así!

Julia miró ansiosamente a Agatha. Temblaba y estaba sorprendentemente callada. Entre los tres la convencieron para que tomara asiento, se tranquilizara y descansara un rato. Los dos hombres desaparecieron detrás de una puerta.

Benvenuto volvió en seguida con una llave en la mano.

—El director nos permite entrar en la habitación del profesor —dijo—. Aunque dudo mucho que encontremos alguna pista.

La habitación, limpia e impersonal, no prometía demasiado. Benvenuto abrió de par en par una ventana que se abría al lago y comenzó a registrarla. Al poco, sacó un mechón de pelo blanco de debajo del lavabo. Agatha se acercó para mirarlo mejor y su cara adoptó de inmediato una expresión de alarma.

—Benvenuto —gimió—, si mi hermano se ha dedicado a cortarse el pelo él mismo es que se ha vuelto loco.

Benvenuto se dirigió con rapidez hacia la puerta.

—Vámonos. Pasaremos primero por la policía y luego nos marcharemos de aquí.

En recepción miró con atención un mapa colgado de una de las paredes.

—Si quisieras salir del país con rapidez, Julia —susurró en voz baja mientras miraba de reojo a Agatha—, ¿hacia dónde irías?... Mira, esta es la carretera más directa a Francia, pero pasa justo debajo del Mont Blanc. Es muy escarpada y resulta infranqueable en invierno.

—Pero... ¿por qué querría salir de Suiza el tío Edward?

Benvenuto sonrió.

—Supongo que eso solo nos lo podrá contar el tío Edward. Intenta mantener a Agatha entretenida en el coche mientras yo hablo con la policía.

“¿Por qué el profesor haría algo tan raro?”, pensó Julia. Se acordó de sus despistes y olvidos y suspiró. ¿En qué lío estaría metido ahora?

Se dirigieron a un gran edificio con una bandera suiza en la puerta. Julia y Agatha se quedaron en el coche mientras Benvenuto iba en busca de los gendarmes.

Estaban aparcados en una placita desierta. Un manto de silencio y aire caliente y húmedo envolvía Montreux al mediodía. Julia se acercó a un restaurante cercano a comprar algo de fruta y unos pasteles que Agatha rechazó. Julia se los comió, se fumó un cigarrillo y se sintió mejor.

Después de lo que les pareció una espera interminable, Benvenuto salió de la comisaría y entró en el automóvil.

—¿Todo bien? —preguntó Julia.

—No, no va todo bien. Tu ilustre extutor ha desaparecido. No es que se haya caído por ningún glaciar. Simplemente ha... bueno, ha huido. Está en búsqueda y captura.

—¡Huido! —repitió Agatha indignada—. ¿Me estás diciendo que estos policías, que ni siquiera son ingleses, se han atrevido a arrestar a mi hermano, el hombre más recto y cumplidor de la tierra?

—El profesor fue autorizado por Scotland Yard a venir a Suiza a condición de que compareciera todos los días ante la policía local —informó Benvenuto ajustándose el sombrero sobre la frente—. La policía local le vigilaba como una especie de favor a Scotland Yard. Cortesía internacional.

—¡Pamplinas!

—Desapareció hace tres días y el jefe de policía dice que ha salido del país por su propia voluntad. Les está costando mucho intentar localizarlo.

—¿Y cómo sabes que no ha tenido algún accidente con un *Alpe*? —balbuceó Agatha.

—No lo creo. Preparó el viaje: sacó dinero y... bueno otras cosas. Está en Francia, Italia o Alemania. No han conseguido encontrar el taxi que le llevó... La frontera más cercana es la francesa, queda justo al otro lado del lago. Puede haber tomado una barca que le haya cruzado el lago o puede haber atravesado las montañas hacia Chamonix. Yo me inclino más bien por esto último. Es un gran senderista y conoce bien los alrededores. Voto por que vayamos a Chamonix y preguntemos allí por él. —Se quedó mirando a las dos mujeres y añadió—: No hay que preocuparse, lo encontraremos.

Arrancó el coche y, poco después, estaban sumergidos de nuevo en la

barrera de picos y bosques de pinos de los Altos Alpes. Ascendieron con el renqueante Bugatti hasta que les pareció que toda Suiza quedaba a sus pies. Después de varias horas de curvas llegaron a un pequeño chalet alpino blanco que colgaba peligrosamente al borde de un precipicio. En su fachada se leía: *Auberge du drapeau rouge*.

—*Voilà !* —gritó Benvenuto—. ¡Por fin comida y bebida!

Salió a recibirles una mujer alta y morena acompañada de un crío pegado a sus faldas.

—*Bonjour, madame. Ce n'est pas trop tard pour déjeuner ?* —preguntó Benvenuto.

—*Bonjour monsieur, mesdames. Mais non, entrez.*

Hablaba en voz baja, con un tono grave y áspero pero agradable. El edificio parecía desierto exceptuando a la mujer y su hijo. Los tres viajeros atravesaron un pasillo con un reluciente suelo de madera y llegaron hasta una terraza con mesas y sillas diseminadas aquí y allá. La *patronne* extendió un mantel immaculado y les preguntó si les iría bien “*une bonne soupe, une omelette et un rôti de veau*”. Satisfechos con el menú, pidieron tres vermús y esperaron en la terraza-mirador admirando las privilegiadas vistas.

—Nunca he estado en un sitio más estremecedor que este —observó Julia—. Da vértigo solo con mirarlo de lejos. Parece que vamos a caer al vacío. Y me cuesta respirar.

—Es la altura —dijo Benvenuto pasándole un vaso de vermú y dando un buen trago al suyo—. ¡Ah! Esto está mejor. Y ya está aquí la sopa. Para ser sincero, a mí me molesta más el vacío interior de mi estómago que el exterior del precipicio.

La aromática sopa de verduras, muy apetitosa con su queso fundido, picatostes y vino tinto, les levantó el ánimo a los tres.

—¿Ha pasado por aquí recientemente un anciano alto con barba blanca? —preguntó Julia a la *patronne* en francés.

Madame negó con la cabeza.

—*Non, madame, et nous n'avons pas beaucoup de monde en ce moment, vous savez*^[1].

—¿Y un anciano bien afeitado con gafas oscuras? —preguntó entonces Benvenuto.

La cara de la señora se iluminó.

—*Ah, oui, monsieur ! Il est venu hier pour déjeuner*^[2].

—Ayer a la hora de la comida —repitió Benvenuto pensativo—. Ya veo... ¿Y se fijó si había algo peculiar en él? No tema, puede contárnoslo. Esta dama es su hermana y hemos venido a buscarle.

La dueña del hotel les miró dubitativa un momento y luego les contó cómo había sido la visita del profesor. Cuando él llegó, ella estaba sola con el niño y su comportamiento, al principio, la había asustado. Había insistido en inspeccionar todas las habitaciones de la casa antes de comer y no se sentó a la mesa hasta haber cerrado antes las contraventanas del comedor. Ella se fue a preparar la comida y, cuando regresó, encontró el salón vacío. Oyó un ruido debajo de la mesa. Miró y allí estaba el profesor, a cuatro patas. Cuando vio que era ella salió de su escondite con un suspiro de alivio. Después, todo fue bien hasta que llegó un grupo de turistas a beber algo. Ella estuvo ocupada un buen rato atendiéndoles y, cuando volvió al salón, *le pauvre monsieur* había desaparecido de nuevo y no volvió a aparecer hasta que todos se marcharon. Al final, se fue él también caminando en dirección a Chamonix. Al final, resultó ser un hombre muy amable que regaló unos chocolates a su hijo y a ella le dejó cinco francos.

—*Je crois que le pauvre vieillard était un peu piqué*^[3] —terminó diciendo.

Benvenuto le dio las gracias y miró a Agatha y Julia, que escuchaban atónitas el relato.

—Lo que me imaginaba —dijo.

—¿Estás loco, Benvenuto? ¡¿Lo que te imaginabas?! —explotó Agatha—. ¿No te das cuenta de que le ha pasado algo terrible? Ya lo pensé cuando descubrimos que se había cortado el pelo y ahora estoy segura. ¿Acaso crees que mi hermano tiene la costumbre de esconderse a cuatro patas debajo de las mesas? —preguntó ácidamente.

—Pero Agatha... el hecho de que se escondiera *debajo* prueba que está tan sano como... como siempre. Si se hubiera subido *encima* de la mesa estaría de acuerdo contigo. Todas sus acciones son perfectamente lógicas si damos por supuesto que estaba huyendo de alguien. Cuanto antes demos con él mejor, así que propongo que no perdamos más tiempo y nos vayamos ya a Chamonix.

Volvieron a tomar una carretera zigzagueante, cuesta abajo esta vez, y en media hora habían entrado en el valle desde el que se levantaba la imponente mole del Mont Blanc.

Chamonix les recibió con la música y barullo de sus cafés y grandes limusinas en las calles. Pararon delante de un café repleto de turistas alemanes y pidieron algo de beber para refrescarse después del largo viaje. Benvenuto estaba cansado después de tantas horas al volante, pero, al levantar su copa, la expresión de fatiga desapareció de su rostro como por ensalmo. Julia se giró para ver qué era lo que le había llamado tanto la atención. Sentado, no muy lejos de ellos, se encontraba un tipo mal vestido con gafas oscuras y un abrigo de *tweed* que se estaba metiendo algo en la boca. Benvenuto agarró a Julia de un brazo y le susurró:

—Son pastillas para el estómago.

El hombre miró a su alrededor y les vio. Se levantó discretamente. Era alto, encorvado, no llevaba barba y... sí, Julia estaba casi segura, era el tío Edward. Soltó una exclamación pero Benvenuto le hizo un gesto para que se calmara.

—Déjame a mí —susurró y salió tras él.

Capítulo 12 | Ojalá pudiera acordarme

En la habitación de un hotelito cercano, cuatro personas se miraban en medio de un ambiente enrarecido. El profesor Milk estaba sentado en la cama con la cabeza entre sus manos. Agatha, a su lado, retorció un pañuelo completamente mojado.

—Edward, creo que ya es hora de que nos lo cuentes todo —le exigió.

—Agatha tiene razón, profesor. Desahóguese y cuéntenos qué le pasa —dijo Benvenuto.

Pero el hombre se limitó a negar con la cabeza y a agarrar la mano de su hermana. Benvenuto se inclinó hacia él.

—Hasta donde yo sé, profesor, todo lo que piensa no son más que imaginaciones suyas.

—¿Cómo sabes lo que yo pienso?

Benvenuto arrastró una silla hacia él y se sentó a su lado.

—Usted cree que va a ser acusado del asesinato de Charles Kulligrew.

Se produjo un silencio absoluto. Julia apretó los puños hasta clavarse las uñas.

—Ojalá pudiera acordarme de dónde puse la espada —murmuró el profesor ensimismado.

—¡Edward! —Agatha pegó un estridente grito—. ¡Nadie sabe lo de la espada!

—Vamos, profesor. Cuénteme toda la historia.

—Yo tenía la espada, de eso estoy seguro. La encontré al lado de mi asiento y me la llevé con la idea de devolvérsela a Rourke. Eso fue... a ver... sí, al final del segundo acto. Estaba guardada en su funda, claro.

Miró a Benvenuto y este le hizo un gesto de ánimo.

—De acuerdo, se llevó la espada al vestíbulo al final del segundo acto, ¿y qué pasó después?

—Mmm... un acomodador me entregó una carta de parte de la actriz protagonista. La carta me puso muy nervioso y me enfadé mucho con Charles. Por Julia, claro.

A Julia se le llenaron los ojos de lágrimas pero no se atrevió a interrumpir el discurso del anciano.

—Pensé que tenía que hablar con él inmediatamente, así que fui a verle al palco.

—¿Con la espada en la mano?

—Sí. De hecho, recuerdo que golpeé sin querer a una mujer y ella se enfadó mucho. Con razón, claro. Muy torpe por mi parte.

Suspiró y se acarició el mentón, ahora rasurado.

—¿Y después?

—Me disculpé, claro.

—¿Y *después*?

—Ah, luego... Verás, me resulta muy difícil recordar qué pasó después. Lo he intentado una y otra vez pero estaba muy nervioso... Me parece recordar que entregué la carta a Charles y que... bueno, me enfadé con él de forma casi irracional porque se la guardó en vez de leerla inmediatamente. Las luces ya se estaban apagando y bueno...

Paró y se apretó las sienes con los dedos intentando recordar. No se oía una mosca en la habitación.

—En fin... lo siguiente que recuerdo es... lavarme las manos en el aseo... ¿Te imaginas, *te imaginas*, Benvenuto, si lo hice porque estaban manchadas de *sangre*?

Benvenuto le miró con calma y movió la cabeza a derecha e izquierda.

—Ni hablar, profesor. Si hubiera sido sangre, Julia se habría dado cuenta.

—¿Julia? —preguntó el profesor perplejo—. Julia no estaba allí.

—Claro que sí, tío Edward, ¿no te acuerdas? Te encontraste conmigo en el pasillo y me agarraste las manos y me... me advertiste.

Los ojos del profesor se iluminaron.

—¡Ahora empiezo a recordar! Sí, ibas vestida de blanco y... ¿qué te dije, Julia?

—Me dijiste... —las palabras salían con dificultad de la boca de Julia— que tenía que ser valiente si me encontraba con problemas.

El profesor se derrumbó alicaído.

—Esto pinta cada vez peor —murmuró—. Debió de ser el sentimiento de culpa lo que me hizo reaccionar así.

—Tonterías, Edward —intercedió Agatha en tono arisco—. Es evidente que te referías a la carta de esa libertina. Además, estoy segura de que no te acercaste al aseo en ningún momento. Volviste inmediatamente después y me

dijiste que te habías encontrado con Julia.

—Agatha tiene razón, tío Edward. Yo te miraba mientras te alejabas y entraste directamente al patio de butacas.

El profesor se agarraba con fuerza la cabeza.

—¡Mi pobre cabeza, mi pobre cabeza! Recuerdo que me lavé las manos, estoy seguro, y que estaba muy molesto por algo... Todo es muy confuso en mi mente. Me acuerdo de la imagen del jabón, que era de tipo Windsor, marrón, como el que teníamos cuando era niño. Estaba muy, muy preocupado.

—¿Por el jabón? —preguntó Benvenuto.

—No, no, por... ¡Ya sé! El misterio de *El lirio del valle*.

Benvenuto le miró fijamente.

—¿Qué misterio? —preguntó, pero el anciano, con expresión obstinada, cerró la boca con firmeza.

—No puedo contestar a eso —dijo—. Sería deshonroso cuando no tengo pruebas. Y quién sabe, ¡quién sabe!... *Ars longa, vita brevis*...

Su tono y sus palabras se volvían cada vez más confusos. No parecía que fueran a sacar nada en claro de él. Benvenuto estudió su cara durante un instante y luego dijo:

—¿Fue después del primer acto cuando fue a lavarse las manos, profesor?

—Tal vez —murmuró el anciano—. ¿Quién sabe?

—Yo lo sé —interrumpió Agatha con firmeza—. Fue después del primer acto, Edward. ¿No te acuerdas de que nos encontramos con la esposa del archidiácono y nos ofreció unos bombones? Estaban empezando a derretirse y manchaban... y no solo eso, ¡*tenían alcohol!* Recuerdo que me sorprendió porque nunca hubiera sospechado que esa mujer tuviera *afición al alcohol*. En fin, recuerdo que me manché las manos de chocolate y estoy segura de que a Edward le pasó lo mismo también.

Alzó la vista desafiante. El profesor despertó de su ensoñación y preguntó tímidamente:

—No sé si debería preguntarte esto, Benvenuto, pero ¿de verdad crees que hay alguna posibilidad de que no haya sido yo el que ha cometido ese acto tan horrible?

—Eso creo, profesor, pero antes de nada tenemos que averiguar qué pasó después de que entregara la carta a Charles.

El anciano volvió a menear la cabeza de un lado a otro, abatido.
—Ojalá pudiera recordar... lo de la espada —dijo.

Capítulo 13 | Un baile de máscaras

Una vez localizado el profesor, el grupo ya no tenía motivos para permanecer en Suiza, así que decidieron regresar a Francia y hacer noche en Annécy. Al llegar, se vieron sorprendidos por un baile de máscaras que se celebraba en el gran salón del casino del hotel donde se alojaban. Benvenuto había insistido en que un pequeño interludio de diversión les vendría bien a todos así que se habían ataviado con sus mejores galas y hacían lo posible por distraerse rodeados de la aristocracia local.

—Todo el mundo se quitará la máscara a medianoche —anunció Benvenuto— y entonces descubriré si la rubia del vestido negro es realmente la mujer más hermosa de Annécy.

—Mi conde italiano dice que soy yo —observó Julia—. Él sí que es guapo, demasiado guapo, y tan misterioso... Además, me ha prometido un collar de esmeraldas porque dice que quedarán divinas con el rojo de mi cabello... De todo eso me ha informado durante el último tango.

—*Cuidado con los griegos que traen regalos* —murmuró el profesor levantándose y quitándose una corona de papel del pelo—. Creo que deberíamos irnos ya a la cama, Agatha. Muchas gracias, Benvenuto, he disfrutado mucho en esta pequeña fiesta. Me ha distraído de todas las preocupaciones que tengo en la cabeza.

—Buenas noches —se despidió Agatha dando un beso ligero a Julia—. No te vayas demasiado tarde a la cama, querida, y sobre todo, *no juegues*. Buenas noches, Benvenuto, había temido que este casino fuera un antro espantoso, pero es un sitio encantador. Lo he pasado muy bien.

Los Milk se retiraron a sus habitaciones. Benvenuto acercó su silla a la de Julia y le hizo un gesto señalando a las parejas que bailaban en ese momento.

—Nos quitaremos las máscaras a medianoche y la triste verdad saldrá a la luz. Ojalá pudiéramos decir lo mismo de la muerte de Charles... —dijo sombrío. Y añadió, como justificándose—: El champán, las serpentinas y la música de baile tienen el efecto de empeorar mi humor, normalmente alegre y chispeante, y dejarme en estado depresivo... Mira estas serpentinas, Julia, se parecen mucho a un caso de asesinato... Todas enredadas entre sí. Si tiras de

una con suavidad llegarás poco a poco hasta el final, pero si tiras demasiado fuerte, se romperá. Tenemos que ir con cuidado, Julia.

—¿Con *cuidado*, Ben? A mí me parece que no hemos conseguido *nada* desde que llegamos. Excepto que un sospechoso se burle de nosotros y hacer el ridículo persiguiendo al tío Edward, que es incapaz de matar a una mosca.

—Mi querida niña, no vayas tan rápido. En poco tiempo hemos dado pasos de gigante, mayores de lo que jamás hubiera soñado. Rourke y el profesor nos han proporcionado información muy importante. Y, por cierto, estás equivocada si piensas que un carácter amable e inofensivo es incapaz de cometer un asesinato.

—¡Oh, Ben, no sigas! ¿No creerás de verdad que el tío Edward mató a Charles?

—La verdad es que no veo ninguna prueba que le incrimine. Ese comportamiento suyo tan extraño puede explicarse por el hecho de que él cree que lo hizo. Seguro que la policía le metió esa idea en la cabeza cuando le interrogó. Creo que sufre episodios de amnesia. Si hubiera cometido el crimen pero nadie hubiera sospechado de él, él tampoco habría sospechado de sí mismo. Por cierto, qué actriz tan extraordinaria es Agatha. ¿Te has dado cuenta de que *ha sabido* durante todo este tiempo que Edward había visitado el palco de Charles con una espada en la mano y ha permanecido callada como una tumba?

Julia asintió.

—Ya lo he notado. ¡Pobre Agatha! Sacrificaría la inmortalidad de su alma por salvar al profesor de cualquier mal.

—Sí —asintió Benvenuto—. Por salvar al profesor... o a ti. Sois las dos estrellas de su firmamento... Y hablando de estrellas... he recibido una carta de Pitt con información interesante sobre una de ellas. Toma, lee.

“500, Ebury St. S. W. 1

Estimado Brown,

Estoy completamente harto de Londres, este antro inmundo. Sueño con escaparme al mar y a la montaña, a cualquier parte lejos de este tráfico incesante, esta niebla, esta chusma. Supongo que debería alegrarme de que las multitudes llenen cada noche el teatro para ver El lirio del valle y

de que las entradas sigan agotadas hasta no se sabe cuándo, pero daría cualquier cosa por huir de esto y acompañarte en tu safari por Francia.

¿Has encontrado ya a Rourke?

A propósito, debo felicitarte por tus dotes de profeta. Me explico. Tal y como me pediste, he estado vigilando a Louise Lafontaine pero no ha dicho ni hecho nada mínimamente sospechoso, al menos a mis ojos inexpertos. No te he escrito antes porque no la conocía demasiado y tenía mis dudas, pero, después de haber comido o cenado con ella casi a diario últimamente, ya no me queda ninguna. Es una criatura encantadora. Tiene un embrujo especial, un aire de misterio que encuentro muy seductor... ¡Vaya! Si no presto atención empezaré a describirla en verso, así que es mejor que lo deje ahí.

A pesar de su reserva, ha sido bastante franca conmigo. Me ha confesado que estaba muy enamorada de Kulligrew y que no siente ninguna simpatía por la pobre Julia Dallas. Además y contra todo pronóstico, sigue creyendo firmemente en la inocencia de Rourke. El otro día le pregunté a traición quién pensaba que era el asesino. Tenía curiosidad por ver su reacción, pero se limitó a sonreír con tristeza y negar con la cabeza. Ya conoces sus dotes de actriz.

En la obra sigue estando magnífica como Lily a pesar de que obviamente está al límite, al borde del agotamiento nervioso. La tragedia del día del estreno fue una experiencia emocionalmente demoledora para ella y necesita descansar con urgencia. Eso es lo que ha recomendado su médico y va a tomarse un descanso en breve. Tal y como anticipaste, se va al extranjero, pero te aseguro que su enfermedad es absolutamente genuina. Fui a preguntarle a su médico, sé que es lo que me habrías pedido, pero me puso de patitas en la calle, así que no averigüé nada.

Louise se marcha en una semana a Montecarlo, a tomar el sol y recuperarse, y su sustituta la reemplazará durante este tiempo. Afortunadamente, la obra es tan popular que no se resentirá por su ausencia. A mí también me gustaría marcharme. He encontrado a alguien que puede sustituir a Rourke y estoy pensando en acompañar a Louise en sus vacaciones. ¿No crees que es buena idea?

Saluda de mi parte a miss Dallas, si aún se encuentra contigo. Espero verte pronto por allí. Escríbeme unas líneas al Hotel Russie, de Montecarlo. Eso será suficiente.

*Atentamente,
Martin Pitt”.*

—¿Qué opinas? —preguntó Benvenuto cuando Julia acabó de leer la carta.

—Creo... que es una carta sorprendentemente lógica viniendo de un poeta.

Benvenuto rio.

—Sabía lo que hacía cuando le nombré mi lugarteniente, créeme. Pero me refería al tema que nos ocupa.

Ella miró un momento al suelo, indecisa antes de contestar.

—Es muy difícil para mí ser objetiva, Ben. Ya has visto que Louise y yo no nos tenemos mucha estima y, quizá por eso, he intentado no pensar en ella como sospechosa del asesinato. No me fío de mi criterio, no puedo fiarme... Pero, ¡oh, Dios!, si de verdad quieres saber mi opinión, te diré que creo que es mala, mala y cruel, y que yo preferiría que fuera ella la culpable a que... a que lo fuera cualquier otro.

—Así que tú también piensas eso.

—¿Yo... *también*? ¿A qué te refieres, Ben?

—Bueno, ¿no crees que Pitt sospecha de ella?

Julia se echó a reír con amargura.

—Creo que lo haría... si no estuviera ya medio enamorado de ella. O tal vez sí sospecha pero no se da ni cuenta. Mira esta carta: la ensalza, la condena y la defiende, todo en la misma frase —hizo una pausa—. ¿Y tú qué crees, Ben? ¿Por qué mandaste vigilarla si no sospechas de ella?

Julia pensó que Benvenuto no había oído su pregunta, pues no hizo amago de contestar, pero por fin respondió lentamente:

—Quizá porque no sospecho de ella lo suficiente.

—Ben, ten piedad de mí, ¿qué sabes tú de todo esto?

—Nada.

—Bueno, entonces, ¿qué sospechas?

Benvenuto se inclinó hacia ella con un movimiento brusco que la tomó por sorpresa.

—Te diré lo que pienso. Pienso que este crimen ha sido cometido por alguien con un cerebro muy sutil, muy inteligente. Un cerebro inflamado por la pasión más común de todas: los celos.

—Pero... ¿celos de qué? ¿De quién? ¿De quién sospechas?

El detective negó con la cabeza.

—No puedo decírtelo. Si te lo dijera, podría arruinarlo todo. Además, no debo. Ya te lo he dicho, no tengo pruebas.

—¿Entonces es alguien que conozco?

—Sí.

Julia suspiró.

—¿Y qué pretendes hacer ahora?

—Pretendo seguir con el plan previsto inicialmente. Mañana nos iremos a Montecarlo, donde Edward y Agatha pueden tomar el sol en la playa y calmar sus nervios. Mientras tanto, nosotros vigilarémos el *château* de Goetz, me gustaría averiguar más cosas de ese caballero. Echaremos un vistazo también al famoso cuartel general de Rourke en Castellane. Maldito sea ese tipo, Rourke. Tenemos que encontrarle, él tiene la clave de un problema que me interesa.

Se levantó de un salto, de mal humor.

—Vámonos. Mi rubia no es nada especial sin la máscara.

Julia lanzó una última sonrisa a su apuesto casanova, que le lanzó una mirada de reproche al verla marchar, y se dispuso a irse a la cama. Al atravesar el salón soltó una exclamación. Un grupo de gente se arremolinaba alrededor de la mesa de juego y allí, sentada al lado del crupier, estaba Agatha, ruborizada y completamente despeinada, con la mirada fija en la bola de marfil que giraba.

—*Tiens, tiens* —murmuró Benvenuto y se acercó a su lado. Ella se sobresaltó al verle y se sonrojó aún más, si eso fuera posible.

—Mi *querido* Benvenuto —comenzó a decir con un murmullo excitado—, déjame explicarte. Un caballero de lo más amable me ha mostrado un sistema *infalible* para ganar. Uno solo tiene que estar aquí el tiempo suficiente y amasa una fortuna. No entiendo cómo las autoridades no lo han descubierto aún. ¡Pero si yo sola he ganado diecisiete francos ya!... Vaya, ¿dónde está mi bolso?

—Probablemente se lo ha llevado ese caballero tan amable —contestó Benvenuto sombrío—. ¿Qué llevabas dentro, Agatha?

—Tenía veinte francos... en billetes, lo recuerdo perfectamente.

—Bueno, pues has perdido tres francos, querida. Corta las pérdidas y vamos a la cama.

Capítulo 14 | Rojo y negro

Julia miró a través de la ventana de su habitación. Se sentía profundamente irritada. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba en Montecarlo por primera vez en su vida. Siempre se lo había imaginado como un lugar divertido y vulgar, donde una generación tras otra de *gente bien* se arruinaba a base de champán, juego y coristas. Montecarlo, una ciudad que siempre había deseado visitar para saborear un poco de esa atmósfera de vicio victoriano. Pero ahí estaba ella, sola y aburrida. Acababa de recibir una nota de Benvenuto informándola de que estaría fuera un par de días y aconsejándole descanso, pero descansar era lo último que deseaba.

Con un impulso repentino, saltó de la cama decidida a encontrar su aventura. Abrió el armario. Un vestido de organdí negro y un collar de perlas combinarían de maravilla con el entorno y le darían ese aire de aventurera misteriosa que buscaba. Se vistió rápidamente, se miró en el espejo y se rio. “Bien, Julia, no tienes el aspecto de alguien que va a tomar el té sola”.

En el exterior, las calles estaban recién regadas y en la atmósfera flotaba un aroma a geranios, rosas y tierra mojada. Julia se paseó por los jardines que llevaban al casino y cruzó la calle hasta el Café de París. Se sentó en una de las mesas y pidió algo de beber. Desde su sitio podía ver las multitudes que entraban y salían por la puerta rococó del casino. Agatha lo había descrito como un templo del vicio, pero a ella le parecía más bien una estación de trenes. Miró en su bolso. Llevaba su pasaporte y dos mil francos. ¿Por qué no echar un vistazo a ese antro de perdición? Sería más divertido que volver al hotel a tomar el té con Agatha. Pagó su bebida y salió con decisión.

Miró desconcertada el vestíbulo de entrada, de dimensiones descomunales a sus ojos, y se dirigió vacilante a una sala, más enorme aún, donde se jugaba a la ruleta. El casino ya no se le asemejaba a una estación de tren, sino a una iglesia. Una iglesia en la que todos los parroquianos adoraban a un dios particular, de apariencia blanca y redonda y fabricado en marfil.

Una mujer elegantemente vestida de negro se abrió paso y colocó con dedos temblorosos una ficha roja en el número cuatro. En la ficha se podía leer “1.000 francs”. Mientras la bola giraba, la dama de negro apartó la vista. Julia se acercó más y oyó las palabras: “*Quatre, noir, pair et impasse*”. La

mujer palideció, abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la garganta de la impresión. Había ganado trescientas libras.

—¿*Mademoiselle* desea jugar? —preguntó uno de los empleados del casino a Julia.

Ella asintió y su corazón se aceleró. Cambió su dinero por fichas y volvió emocionada a la mesa de ruleta, sintiéndose millonaria de antemano.

Permaneció detrás del crupier durante los primeros turnos y perdió unas cuantas fichas de diez francos. A cada lado de la mesa se sentaban hombres y mujeres de rostros serios, algunos apuntaban minuciosamente en pequeños cuadernillos cada número que salía. Al cabo de unos minutos, Julia se dio cuenta de que había perdido varios cientos de francos. Obedeciendo a un sentimiento de superstición desconocido hasta el momento, se cambió de mesa, segura de que esa le traía mala suerte y que en la otra ganaría. Se inclinó sobre el hombro del crupier, alargó la mano y colocó al azar fichas por un total de quinientos francos. La bola estaba ya dando vueltas. Julia aguantó la respiración.

—*Rien ne va plus* —dijo el crupier.

La bola dio un golpe seco y se paró. El crupier barrió todas las apuestas con rapidez, antes de que Julia pudiera ver los números ganadores. Había perdido. Había perdido todo el dinero que tenía... todo, excepto una ficha de cien francos que agarraba con fuerza en su mano izquierda. La apostaría al número de su cumpleaños, decidió. Y esta vez no miraría, como había hecho la mujer de negro. Alzó la vista de la mesa y se encontró con un par de ojos de un negro aceituna. Lanzó una exclamación y sonrió. Era el conde Carrado, impecablemente vestido con un elegante traje gris, pero aún reconocible como el casanova de Annécy. Pero... ¿qué demonios estaba haciendo? Con un movimiento rápido había agarrado la mano enguantada de una anciana que se sentaba enfrente de ella. Lo miró con sorpresa.

—¿No recoge sus ganancias? —preguntó el conde a Julia mostrando su atractiva sonrisa.

De pronto, Julia lo entendió. Era ella la que había ganado y la anciana había aprovechado su despiste momentáneo para llevarse su dinero. Después de un intercambio de palabras en voz baja entre Carrado y la banca, el crupier empujó su dinero hacia ella.

Julia, ruborizada, se dirigió a la caja, acompañada del italiano, para cambiar sus fichas.

—¡Tres mil quinientos francos! Y todo gracias a usted. Si no hubiera intervenido en el momento crítico me habría marchado sin una sola moneda en el bolsillo. Lo habría perdido todo.

—Entonces me siento afortunado de haber estado presente, *signorina*. ¿No querrá prolongar mi suerte concediéndome el honor de tomar el té conmigo?

—Encantada.

Unos momentos después, tomaba asiento de nuevo en el Café de París, esta vez con su romántico acompañante a su lado.

—Me empieza a gustar Montecarlo —comentó ella—, aunque me he sentido bastante sola y aburrida durante todo el día.

—Eso es algo que me resulta difícil entender —replicó él, galante—. Aunque ya conoce el dicho: afortunado en el juego, desgraciado en...

—Sí, sí, lo conozco —cortó ella rápidamente.

—Aunque, en su caso, me niego a creerlo. Que una mujer como usted sea desgraciada en amores es... es impensable.

—Impensable, tal vez, pero verdadero. Pero hablemos de otra cosa... ¿Cómo es que se encuentra en Montecarlo? ¿Y en un momento tan milagrosamente oportuno?

—¿No lo ha adivinado? Mi plan era quedarme en Annécý. Nadar en el lago, pescar... pero ¡ay!, todo cambia en un instante. Me encuentro en un baile con una flor. Subyuga mi corazón pero desaparece *presto*. El mundo se vuelve gris hasta que la vea de nuevo. Me parece oír que viene a Montecarlo, así que... me monto en mi automóvil y acelero... hacia usted —y añadió, levantando su copa—: un brindis por el fuego de su cabello y sus ojos maravillosos, mi *Bella Rossa*.

“Este hombre es el personaje de ópera cómica más increíble que jamás haya conocido”, pensó Julia mientras le sonreía. Se encontró, sin embargo, respondiendo sorprendentemente bien a su discurso florido y comenzó a sentirse satisfecha de su aventura.

El té se había transformado, como por ensalmo, en un par de copas de champán. Carrado era, en el fondo, un tipo encantador. Si fuera inglés habría sido más crítica con él, pensó Julia, pero era tan arrebatadoramente romántico que no tenía ganas de pararse a juzgar fruslerías como sus anillos barrocos, sus zapatos de ante o su ropa elegante en exceso.

Un par de copas después se produjo una pausa en la conversación y se

sorprendió pensando frenéticamente en un tema de conversación que no fuera el juego, el tango o el amor.

—¡Qué coche tan bonito! —dijo ella finalmente admirando un brillante y colorido Stutz que se acercaba en ese momento.

—¿Le gusta? Está a su servicio siempre que lo desee.

—¿Es suyo, conde? Se va a convertir en la próxima víctima del Tigre como no tenga cuidado.

—¡Ah! *Le tigre*. —Hizo una pausa—. Ya nos hemos visto las caras. Me atacó hace una semana en la ruta de los Alpes —anunció dramáticamente.

—¡Oh, conde! ¡Cuéntemelo todo! —Julia se inclinó con los ojos brillantes—. ¿Consiguió escapar?

El italiano frunció el ceño.

—Fue él el que se escapó.

Parecía que, por una vez, el Tigre se había encontrado con la horma de su zapato. Julia dedujo que el conde le había propinado un buen castigo pero que, en un descuido y protegido por la oscuridad del bosque, el bandido había conseguido huir. Carrado avisó a la policía y, aunque le buscaron por todas partes, no consiguieron encontrarle. No había habido ninguna mención del incidente en el periódico y Carrado pensaba que la policía había querido acallar el tema por miedo a más críticas y reproches.

Julia escuchó en silencio la historia hasta el final y luego, con el corazón en un puño, preguntó:

—¿Era muy alto?

—*Signorina*, ¡era enorme! No le vi la cara porque estaba todo muy oscuro, pero era un gigante.

—¿Y era... inglés?

El italiano se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Si lo era, hablaba francés sorprendentemente bien... Ya sé que todo el mundo anda obsesionado con el Tigre, pero dígame... ¿acaso tiene algún significado especial para usted?

Julia dudó mientras daba un sorbito a su tercera copa de champán. Finalmente levantó la vista y sonrió.

—Es usted muy sagaz. Sí, tiene razón. El Tigre me interesa mucho por circunstancias... trágicas.

Vaciló de nuevo y continuó.

—Su descripción me ha sido muy útil, más incluso que salvarme de la

pobreza en el casino. Espero que no piense que estoy loca si le digo que estoy en Francia por el Tigre y que lo que más deseo en el mundo es que le atrapen.

El italiano se echó hacia atrás y se la quedó mirando, perplejo. Cuando habló, su voz tenía un deje de incredulidad.

—Mi querida *signorina*, perdone mi escepticismo pero... ¿qué puede tener en común una joven encantadora como usted con ese bandido?

—Ya sé que debe de pensar que es absurdo o que soy una histérica, pero verá... Es el asesino de mi prometido. Lo apuñaló por la espalda.

Julia lucía espléndida gracias al contraste entre la palidez de su cara y el negro de su vestido y cuando Carrado habló, su rica entonación del sur estaba llena de simpatía. Se inclinó hacia ella y le acarició la mano.

—Pobre *Bella Rossa*. Vayamos a un sitio más tranquilo. Daremos un paseo en mi coche por estas magníficas montañas y así me lo podrá contar todo. Me gustaría ayudarla.

Julia se quedó pensando. Él se había ofrecido a ayudarla. ¿Por qué no pedirle que la llevara a Castellane? Allí se encontraba el escondite de Rourke.

Cuando le propuso la idea, él accedió de inmediato, así que se encaminaron hacia la ruta de los Alpes. Durante el trayecto, Julia le relató, punto por punto, toda la historia del asesinato de Kulligrew, la desaparición de Rourke y el encuentro con él en Lyon.

Carrado era un buen oyente. Hizo pocas preguntas, siempre con tacto y delicadeza y, cuando Julia terminó de relatar su historia, su renovada promesa de ayuda hizo que se sintiera reconfortada y esperanzada.

Por fin llegaron a Castellane y ambos admiraron la belleza del pequeño pueblecito. Se sentaron en el mejor restaurante, pidieron un *cocktail* y Carrado se levantó a supervisar el mezclado de la copa. Apenas hubo desaparecido, Julia sacó un espejito y se retocó el maquillaje. Por un momento se le ocurrió que tal vez estaba bebiendo demasiado, pero luego pensó desafiante: “Bueno, ¿por qué no?”. Durante semanas, meses en realidad, se había sentido muy desgraciada. Después había tenido lugar el asesinato de Charles y la tragedia había monopolizado su día a día. ¡Qué demonios! Tenía derecho a escaparse por un día de su propia existencia y vivir una vida feliz, absurda y artificial.

Carrado regresó y ella le sonrió abiertamente. ¿Qué mejor camarada de aventuras que este alto, atlético y apuesto italiano?

Comenzaron a cenar. Carrado había agarrado una de sus manos y no

parecía tener intención de soltarla. Era un poco difícil comer así, pero también extrañamente reconfortante. “¡Uf, qué calor!”, pensó Julia. ¡Y qué aspecto más raro tenía el pueblo con esa luz amarilla! Todo le parecía irreal. También Carrado, que en ese momento escribía una nota para el *patron* del restaurante. “Un caballero no debería dedicarse a escribir mientras está con una dama”. Pero él era extranjero, claro. Se le podía perdonar todo. Le sonrió. ¡Qué hombre más encantador! ¡Qué maravillosa era la vida! Ojalá tuviera una silla más cómoda para relajarse un rato y echarse un sueñecito...

Un golpe seco despertó violentamente a Julia, su corazón latía a mil por hora. Se encontró en la cama de una habitación, todo estaba a oscuras. ¿Dónde estaba? De pronto recordó. Había estado cenando con Carrado. Volvió a escuchar el ruido. Algo entró por la ventana y aterrizó cerca de su cama. De forma instintiva, buscó el interruptor de la luz y encendió la lámpara. Vio en el suelo una piedra con una nota atada. La recogió y leyó: “*Échappe vite*”, escapa rápido. Temblando, miró por la ventana, pero no había nadie. Cruzó la habitación y se dirigió hacia la puerta. Estaba cerrada con llave.

Capítulo 15 | Huida en la oscuridad

“Todo esto es absurdo”, pensó Julia. La aventura que tanto había deseado ahora le parecía una pesadilla. Forcejeó con el pomo de la puerta sin éxito. Oyó que alguien se acercaba. Era obviamente Carrado, que venía a por ella. Pensó con calma. Tenía que escapar, pero ¿por dónde? Cerró el pestillo por dentro, puso una silla debajo del tirador de la puerta para impedir que esta se abriera y se sintió mejor.

—*Cara mía, ¡abre la puerta!*

“Italiano, el lenguaje del amor”, pensó ella reprimiendo el deseo irrefrenable de reír. No sentía ni pizca de romanticismo, solo frío y dolor de cabeza. ¿Qué era lo más sensato que podía hacer?

Miró a su alrededor y se decidió rápidamente. Abrió la puerta de un armario enorme colocado contra la pared. Dentro había una colección completa de sombreros, abrigos y pantalones. Escogió una larga capa negra y un sombrero de paja, como el que llevaban las campesinas en el campo y, como última inspiración, un paraguas. Se puso todo encima con presteza y se miró al espejo. Su cara resultaba casi invisible con el sombrero atado a la barbilla y con el gran paraguas en la mano nadie podría distinguirla de una campesina local. Miró de nuevo por la ventana y, ante su asombro, vio que algún ángel de la guardia, probablemente el mismo que le había escrito la nota de advertencia, había apoyado una escalera contra la ventana. Bajó y llegó al suelo sin incidencias, aunque con cierta dificultad debido a los ropajes que llevaba. Caminó con calma por la calle mientras pensaba frenéticamente. Si se quedaba en Castellane, Carrado pronto la descubriría. No le quedaba más remedio que caminar hacia otro pueblo y alquilar allí un coche hasta Montecarlo. Estaba todo muy oscuro, podría pasar desapercibida, la situación no era tan mala. No había descubierto nada en Castellane pero había escapado y suponía que conseguiría llegar a su hotel de una manera u otra así que... ¿de qué tenía que preocuparse? Avanzó por la calzada sintiéndose cada vez más sola y desprotegida. La noche avanzaba y la oscuridad era cada vez mayor. Se detuvo a escuchar. Tenía el corazón en la garganta. ¿Eso eran pasos detrás de ella? Jadeando, echó a correr torpemente sobre sus tacones y alguien salió corriendo detrás de ella. No podría darle

esquinazo, era imposible. Dio media vuelta y le amenazó con el paraguas, única arma que tenía a mano. La luz de una linterna la cegó.

—¡Maldita idiota!

Julia lanzó una carcajada histérica y se dejó caer sobre la calzada.

—¡Ben!

Él gruñó y se sentó a su lado.

—¡Maldita seas, Julia! La próxima vez que quieras entrenar para la maratón femenina, a mí déjame fuera... Por cierto, supongo que esta noche pensabas que estabas practicando el bello idioma italiano... permíteme desilusionarte.

—¡Oh, Ben! ¿Has estado ahí todo el tiempo?

—Por fortuna sí, jovencita. Y casi te metes en un buen lío. Me explico. Llegué esta mañana disfrazado a Castellane, pidiendo trabajo. Por la tarde conseguí que un comerciante de vinos me contratara. Mientras él charlaba con un amigo, aproveché para echar un vistazo al libro de contabilidad. Solo disponía de un instante, así que fui directamente al *whisky* y encontré lo que buscaba. Una partida de *whisky* irlandés para *monsieur* Orage a la dirección *Clos des Oliviers*. ¿Qué quiere decir *orage* en francés, Julia?

—Tormenta, creo —contestó ella con frialdad. *Benvenuto* no parecía decir más que tonterías.

—Exactamente, tormenta, *gale*. Terence Gale Rourke. Bueno, al menos era una posibilidad. Conseguí enterarme de dónde queda *Clos de Oliviers*, es una granja aislada situada en una colina, a unos tres kilómetros de distancia de aquí. Pertenece a *monsieur* Orage, pero ahora no hay nadie allí.

“Estaba esperando a que se hiciera de noche cuando apareciste tú acompañada de Carrado. Un plan muy romántico pero la mar de inoportuno en lo que a mí respecta. Sin embargo, no estaba realmente preocupado por ti hasta que el *patron* del hotel donde cenaba comenzó a hablarme de tu *cavalier*. Había estado aquí anteriormente, me dijo, acompañado de una actriz. Y me dio a entender con varios guiños y codazos lo que él pensaba de las intenciones de Carrado. Se me ocurrió que quizá la situación te venía un poco grande y, cuando vi al joven casanova mezclando los cócteles él mismo, estuve seguro. Me escondí en los alrededores y vi cómo tu enamorado pasaba una nota al camarero durante la cena. Tú te habías quedado dormida y entre los dos te llevaron al piso de arriba. Yo ya me había dado cuenta de que te habían echado algo en la bebida, pero no podía hacer nada sin descubrirme y

eso era lo último que quería. Así que aproveché un momento en que vi a Carrado distraído, charlando con el *patron*, para acercarme a tu ventana. Te tiré la piedra con la nota, fui a buscar una escalera, la apoyé en la pared y me retiré a esperar acontecimientos. Lo siguiente que sé es que te vi por la calle disfrazada de bruja y te seguí hasta esta carretera donde echaste a correr como si te persiguiera el demonio. Fui detrás de ti como pude y henos ambos aquí, con toda la tarde desperdiciada”.

Julia contempló las estrellas en silencio. Quizá no había estado muy afortunada, pero aún le quedaba un as bajo la manga.

—Ben —dijo—, ya sé que me consideras una piedra en el zapato y en estos momentos yo no me siento muy orgullosa de mí misma pero, al menos, hoy he descubierto algo interesante. Es sobre Rourke.

—¿El qué? —preguntó Benvenuto bruscamente.

—Mi romántico acompañante, el conde Carrado, fue atacado por el Tigre la semana pasada. Le plantó cara pero el otro huyó por el bosque. Reportó el hecho a la policía pero no consiguieron encontrarle.

—¿Y qué tiene eso que ver con Rourke?

—Pues todo, tonto. Interrogué a Carrado a fondo sobre el Tigre y, por su descripción, no me cabe la menor duda de que se trata de Rourke. Dijo que era muy alto y tuvo la vaga impresión de que era extranjero, aunque hablaba francés como un nativo. A mí me parece definitivo. No hay mucha gente de la estatura de Rourke en el mundo.

Benvenuto gruñó.

—Me tienes que presentar a tu enamorado algún día. Parece un tipo interesante... Pero ahora me está entrando frío así que sugiero que nos movamos. ¿Qué tal si te vienes conmigo a *Clos des Oliviers*? Quiero husmear un poco por allí esta noche y tienes el suficiente aspecto de campesina como para no llamar la atención si alguien nos ve.

Y unos instantes después, la curiosa pareja emprendía el camino de subida hacia la solitaria granja.

Capítulo 16 | *Whisky* irlandés

La luna bañaba de luz plateada el olivar y daba un toque de vida a los rectángulos negros de las ventanas que se alzaban sobre los árboles.

—¡Qué raro! —observó Benvenuto en voz baja—. Se han dejado las contraventanas abiertas, es como si alguien hubiera salido a toda prisa. Este lugar parece desierto, vamos a mirar en la parte trasera de la casa.

Era una granja de piedra típicamente provenzal, cuadrada y sólida. El jardín y su porche, cuidadosamente emparrado, transmitían paz y serenidad. Olía a lavanda y hierbas aromáticas y no se parecía en nada a la guarida de un delincuente que Julia se había imaginado.

Al doblar la esquina de la casa, se quedaron mudos de asombro. Parecía que alguien celebraba una fiesta ahí dentro. Por las rendijas de las ventanas se colaban la luz y unas voces cantando.

Ben y Julia se miraron sorprendidos.

—Una lástima no haber sido invitados —murmuró Benvenuto.

Agarró a Julia del brazo, avanzó en la oscuridad y miró por las rendijas de la contraventana.

Dentro se veía una cocina blanca con un gran fuego del que colgaba una olla de cobre. En el centro, unas velas sobre una mesa de madera iluminaban la estancia y los rostros de dos hombres sentados a la mesa. Cada uno de ellos tenía delante una botella de *whisky* con una pajita que sobresalía y de la que bebían con gran satisfacción. Uno de los hombres era grande y gordo e iba uniformado, el otro pequeño y más bien rubio y cantaba a pleno pulmón.

Benvenuto miró a Julia con sorpresa y alegría.

—Creo que en mi vida había estado tan sorprendido —susurró—. ¿Te das cuenta de que en esa habitación hay un inspector del CID y un agente de policía francés pasándose en grande?

Julia ahogó una carcajada.

—¡Ahora le reconozco! Es Mr. Leech. Pero, ¿por qué tienen las manos atadas al respaldo de la silla y beben por una pajita?

Benvenuto soltó una risita.

—Una broma irlandesa, Julia. Como el *whisky*.

—¿Quieres decir que Terence Rourke ha estado aquí?

—Ahora nos enteraremos. Vamos a rescatar a las fuerzas policiales combinadas de Inglaterra y Francia para que nos cuenten su historia.

Benvenuto rompió un cristal y los dos hombres se sobresaltaron. Sin decir una palabra, entró en la habitación y comenzó a liberar al agente francés de sus ataduras.

Julia, desde el exterior, observaba la escena. El hombre, vacilante, se levantó apoyándose en la mesa.

—Un millón de gracias, *monsieur*, hemos sido reducidos por... err, una fuerza superior en hombres. ¡Pero el asesino no conseguirá escapar de la Ley!

Intentó enderezar su gorra pero el esfuerzo fue demasiado para él y se cayó al suelo. Benvenuto se dirigió hacia Leech, que se sobresaltó al reconocerle.

—¡Cielo santo! ¡Si es Mr. Brown! ¿De dónde ha salido, señor?

—La respuesta corta es Castellane. Le presento a mi prima, *miss Dallas*. Siéntate, Julia, y descansa. Sinceramente, Leech, no sé por qué se sorprende de nuestra presencia, ya estaba advertido de que yo vendría. Sin embargo, confieso que a mí me intriga su situación. ¿Cómo es que han terminado maniatados en esta casa?

Leech se ruborizó y tosió ligeramente.

—Nos ha mandado el Yard, señor, con una orden de arresto contra Terence Rourke. Nos enteramos de esta dirección por una carta del casero de Rourke recibida en su piso de Londres. Yo he llegado hoy con... Gustave, aquí presente, que es agente de la Sûreté de París. En el pueblo nos enteramos de que el acusado, Rourke, que aquí se hace llamar Orage, estaba ausente, pero vinimos de todas formas, vimos la casa abierta y entramos a registrarla. Normalmente es difícil sorprenderme desprevenido pero pensábamos que la casa estaba desierta y... bueno, esta vez pasó y no me hará ningún bien que se entere el Yard, señor. Si usted y *miss Dallas* pudieran mantenerlo en secreto se lo agradecería mucho, señor... En todo caso, esto es lo que ocurrió: mandé a Gustave al piso de arriba mientras yo registraba la planta baja. Acababa de abrir el baúl grande bajo la ventana cuando alguien con una fuerza descomunal me agarró por el cuello, me metió dentro del baúl y me encerró con llave. Una situación muy desagradable, señor, verme ahí encerrado. Grité para que me oyera Gustave pero lo habían amordazado y atado a la silla. Mientras tanto, nuestro atacante se reía a carcajadas y se divertía como si estuviéramos en una fiesta de carnaval. —Leech dijo esto en un tono tan

abatido y resultaba tan cómico que a Julia le dieron ganas de reír, pero consiguió reprimirse a tiempo—. Por fin, alguien abrió el baúl y el hombre... era Rourke, lo reconocí de inmediato, me inmovilizó, registró mis bolsillos y encontró unas esposas y una orden de arresto contra él. Me puso las esposas y me ató a la silla, como a mi colega. Yo le advertí de que estaba tratando con un inspector de policía de Scotland Yard y le dije que quedaba arrestado por el asesinato de lord Charles Kulligrew, pero eso solo le hizo más gracia aún y, la verdad, considerando la situación en su conjunto, quizá no era el mejor momento para arrestarle por asesinato, no sé si me entiende...

—Perfectamente, Leech —replicó Benvenuto comprensivo.

—Después leyó en voz alta la orden de arresto y tachó y escribió algo encima, a pesar de mis protestas. No sé qué escribió porque ensartó el papel con una navaja y la clavó *ahí* —dijo Leech indignado señalando una viga de madera del techo.

Benvenuto se subió a una silla, recuperó el documento de su deshonrosa posición y echó un vistazo por encima. El nombre “Terence Gale Rourke” estaba tachado y había sido reemplazado por “Adolf Goetz”.

Leech frunció el ceño y miró a Benvenuto.

—Adolf Goetz, ¿eh? ¿Dónde he oído yo ese nombre antes?

—Lo va a oír más veces, Leech. Luego le contaré algunas cosas sobre ese tipo. Pero continúe con su historia, continúe...

—Bueno, no hay mucho más que contar. El acusado trajo unas botellas de *whisky* y nos las puso delante con unas pajitas. Por cierto que acercó antes la silla a la mesa, muy considerado por su parte. Se aseguró de que yo estaba bien atado, me quitó las esposas, quemó unos documentos que había sacado del baúl y se marchó. Gustave y yo gritamos durante un buen rato pero no había nadie en los alrededores, así que tomamos un sorbito o dos de la botella. ¿Qué mal podía haber en ello?

—Demasiado tarde otra vez —suspiró Benvenuto—. No hay nada que podamos hacer ya, volvamos a Montecarlo. Cuando llegemos quiero hablar seriamente con usted, Leech.

Cruzó la habitación hasta donde estaba el agente francés, apaciblemente dormido bajo los efectos del *whisky* irlandés sin adulterar, y le despertó.

—¡Arriba, Gustave! *Allons-y* !

Capítulo 17 | Allanamiento de morada

El camino serpenteaba hacia la cima de la colina atravesando olivos y alcornocales. El sol caía a plomo, no soplaba ni una brizna de viento. En la distancia, Montecarlo mostraba su cara más plácida e inocente a orillas del mar. Julia caminaba decidida, con un gran sombrero protegiendo su nariz pecosa. Benvenuto la seguía con un maletín de pintura a sus espaldas y una pipa en la boca. Tenía un aspecto lozano y animado, a pesar del calor reinante. Frente a ellos, una enorme mole amarilla, más una fortaleza que una casa, se alzaba majestuosa sobre la cima de la colina.

Benvenuto movió la cabeza a ambos lados.

—Imposible saber si está habitada. Vayamos a echar un vistazo por si acaso. La puerta principal debe de quedar por allí. ¡Ánimo!, ya queda poco.

Otros diez minutos trepando les dejaron en un camino polvoriento que terminaba en una verja de hierro cerrada a cal y canto. Mientras recuperaban el aliento, contemplaron a través de la reja, en silencio, el magnífico edificio y su gran portón de piedra. El silencio era sepulcral en los alrededores y la casa se mostraba fría e imperturbable a pesar del tórrido calor.

—Es exactamente el tipo de casa que *el esqueleto* debería tener — observó Julia estremeciéndose—. Me lo puedo imaginar arrastrando sus cadenas por esas habitaciones cerradas.

Benvenuto tentó la cerradura de la verja.

—Cerrada —dijo—. Parece desierta, pero no estoy del todo convencido. Reflexionó durante un momento.

—Julia, voy a entrar. Supongo que se podrá escalar el muro por algún lado. ¿Por qué no te vas al pueblo y me esperas en un café?

Julia resopló indignada.

—He escalado una montaña prácticamente vertical para llegar hasta aquí y tengo quemaduras de tercer grado por el sol, ¡vas listo si crees que vas a ser el único que se divierta hoy! Vamos.

Comenzaron a rodear el muro buscando un punto de apoyo que les permitiera saltar hasta que Julia comenzó a desesperar, parecía que la propiedad abarcaba media Francia. Por fin llegaron a un claro del bosque donde unos leñadores habían dejado algunos troncos amontonados y

Benvenuto se detuvo.

—Si me echas una mano, podremos apilar algunos troncos junto al muro. Es nuestra única oportunidad de poder saltar.

Unos minutos después se encontraban, sudorosos pero triunfantes, al otro lado del muro. El jardín estaba muy cuidado y se veía espléndido con sus fuentes y estatuas. Avanzaron con sigilo hacia la casa por un camino sombreado, pero no vieron señales de vida.

Doblaron una curva y llegaron a una explanada en la que una matrona romana de piedra presidía un bosquecillo de laureles. Benvenuto soltó una exclamación extasiado.

—Tengo que hacer un boceto de esto, Julia. Será solo un minuto. Siéntate y vigila la casa mientras tanto.

Julia, resignada, se sentó bajo un árbol y miró con desgana el *château*, sosegado y misterioso. Hacía mucho calor, se sentía cansada y tenía mucho sueño.

—Veo que le interesan los surrealistas, *monsieur*.

Julia se puso de pie de un salto, muda de terror, y vio el rostro suave y huesudo del *esqueleto*. Se había acercado a ellos por detrás, en completo silencio y, apoyado sobre su bastón, contemplaba tranquilo a Benvenuto.

—Me interesan tanto, *herr* Goetz, que me he pasado toda la mañana lamentando que mi carácter, tímido por naturaleza, me haya impedido allanar su morada, además de su jardín. Para serle sincero, si usted no hubiera aparecido, no sé si el deseo de ver su famosa colección de pintura habría sido más fuerte que yo...

Benvenuto dio unos últimos brochazos al boceto y se giró para saludar a Goetz. Una sonrisa ligeramente irónica apareció en la cara de este, pero inclinó la cabeza con cortesía.

—Afortunadamente, *monsieur*, mi aparición hace innecesaria una medida tan desesperada. Me honrará mostrar mi pequeña colección al poseedor de tanto talento pero... usted me lleva ventaja, ya que conoce mi nombre y mi *hobby* principal mientras que yo... Un momento, permítame...

Se acercó al cuadro, lo miró con atención, movió la cabeza despacio arriba y abajo y continuó:

—En 1928 un pintor inglés, de nombre aún poco conocido en este país, exhibió su obra en una galería de la *rue de la Boétie*, en París, causando no

poca admiración entre los críticos. Su nombre era, si no recuerdo mal, Benvenuto Brown.

Julia miraba a uno y otro y no salía de su asombro. Benvenuto estaba radiante, se le veía orgulloso y halagado.

“Será idiota”, pensó Julia, “engañado como un crío ante una adulación tan burda”. Contempló el boceto inacabado. Goetz había tenido la desfachatez de pretender que podía reconocer al artista con solo unos brochazos de pintura, como si estuviera leyendo su tarjeta de visita. Y lo que era aún más sorprendente, Benvenuto se había tragado el ardid enterito, con sedal y anzuelo. “Goetz es listo”, pensó estremeciéndose, “listo y astuto. Obviamente ha estado vigilándonos y sabía lo que estábamos tramando...”. Pero, justo en ese momento, Goetz interrumpió sus pensamientos:

—¿Es posible... no estaré equivocado al pensar que tengo el honor de recibir en mi casa a *miss* Julia Dallas? —preguntó con su voz clara y bien modulada, de ligero acento extranjero.

—Es usted un mago, *herr* Goetz. Y muy listo, además —contestó Julia sonriendo y suplicando para sus adentros que Benvenuto abriera, por fin, los ojos a la realidad—. Así me llamo. ¿Y puedo preguntar qué truco de magia ha usado para conocer *mi* nombre en *mi* caso?

Una sonrisa lánguida apareció momentáneamente en el rostro esculpido en marfil del anciano.

—La explicación, *miss* Dallas, es sencilla... y trágica también. La magia no tiene nada que ver en este caso. Me explicaré... pero, por favor, escapemos antes de este calor bochornoso y entremos en mi casa.

Julia le siguió con el corazón acelerado mientras intentaba mantener una fachada serena y tranquila. Estaba segura de que dentro le aguardaban peligros sin fin. Menos mal que tenía a Benvenuto a su lado. Suponía que, para ese entonces, su primo ya se habría percatado de que Goetz estaba jugando con ellos.

Entraron en un elegante vestíbulo. Julia miró a su alrededor apreciando el exquisito panelado de caoba y el delicado esplendor de los espejos antiguos.

—Sería un acto de verdadera bondad hacia un ser solitario —dijo Goetz — que me permitieran que les invite a comer. Además, así podrían contemplar mi colección sin prisas, la que, en mi opinión, es la única manera de disfrutarla... Me temo que solo puedo ofrecerles una comida sencilla pero

creo que, aún así, será más apetitosa que la bazofia que sirven en el pueblo.

“Bonito discurso”, pensó Julia mientras aceptaba. Para ella ahora estaba claro que no eran más que sus prisioneros. Goetz dio unas órdenes en alemán al mayordomo y este cerró las puertas tras ellos. Julia miró de nuevo, y con más interés esta vez, a su alrededor y un objeto minúsculo y fuera de contexto en medio de ese ambiente de museo captó su atención. Era un teléfono.

Goetz les llevó a la galería de pintura. Al entrar, Benvenuto lanzó un silbido de admiración.

—Podría quedarme aquí semanas —anunció.

—Pues esto —replicó Goetz en voz baja— es solo el comienzo.

Capítulo 18 | Verán, yo sé quién le mató

—¿Le gusta mi cuadro del Aduanero Rousseau?

Julia apartó con esfuerzo los ojos de la pintura y los fijó en el hombre que le hablaba.

—No creo que la palabra sea “gustar”, *herr* Goetz. Es precioso... y terrible al mismo tiempo. No creo que lo olvide fácilmente.

Él la miró con curiosidad y asintió lentamente con la cabeza.

—Pero verá... —continuó ella apresuradamente—, no creo que me impresione a mí de la misma forma que a usted o a mi primo, desde el punto de vista meramente estético. Me interesa demasiado el tema.

—*Miss* Dallas, creo que lo está apreciando exactamente como al Aduanero le habría gustado. Recuerde que no era un pintor bohemio de Montparnasse, era un oficial de aduanas con una imaginación increíble que se inspiraba en postales y láminas baratas. Nunca fue a la selva y, sin embargo, creó esta mezcla de belleza y fiereza que estamos admirando ahora... Pero estoy seguro de que ya está cansada de estar de pie y apreciará más un *cocktail* que cualquier obra de arte que yo pueda mostrarle. Bajemos.

Julia echó una última mirada al cuadro del tigre que había llamado tanto su atención y siguió a su anfitrión por la galería, profundamente impresionada por los Renoirs y Van Goghs que se sucedían ante sus ojos. ¿Quién era Goetz? ¿Por qué vivía en esa fortaleza en completa soledad, solo con sus obras de arte? Saltaba a la vista que era millonario. ¿Habría conseguido su dinero mediante actividades ilícitas?

Durante la deliciosa cena, compuesta de sopa fría, tortilla de trufa, pollo a la española y fresas y servida por dos criados alemanes, Adolf Goetz demostró ser un excelente anfitrión. Su conversación era amena, sin llegar a convertirse en un monólogo. La estancia en la que se encontraban era amplia y estaba amueblada con ejemplares exquisitos del arte provenzal e italiano. Se abrió a una terraza con unas espléndidas vistas al mar y las montañas y, después de cenar, se trasladaron allí para tomar el café y un *brandy* que les sirvieron en enormes copas balón.

—*Miss* Dallas, veo que se ha abstenido de preguntarme de nuevo cómo es que la reconocí en el jardín —dijo Goetz de forma abrupta—. Para

justificarme tendré que hacer alusión a un hecho que va a ser muy doloroso para usted, así que le ruego que me disculpe de antemano. Yo era... un gran admirador de su prometido, lord Kulligrew, aunque por desgracia no puedo considerarme amigo suyo.

“¿A dónde querrá llegar con esto?”, se preguntó Julia asombrada.

—Le vi por primera vez antes de la guerra, en Oxford, donde ambos estábamos estudiando. Una noche le oí dar un discurso en un debate de un club universitario. Rebosaba inteligencia y carisma. Posteriormente me mostraron un poema suyo, una auténtica obra maestra que debería pertenecer a la historia de la literatura inglesa y, desde ese momento, Kulligrew pasó a representar para mí la grandeza de su país... Le conocí personalmente cuatro años más tarde pero en circunstancias muy desafortunadas... Una de las muchas tragedias de la guerra es que convierte en enemigos a hombres que habrían sido grandes amigos en circunstancias normales.

Goetz hizo una pausa y suspiró. Julia no lograba desentrañar la expresión de su rostro, pero le pareció que su discurso estaba teñido de sinceridad.

—Yo ya soy viejo —continuó él— y hace tiempo que perdí cualquier atisbo de rencor que pudiera albergar contra los ingleses... Después de la guerra, seguí esporádicamente los pasos de Kulligrew: su expedición azteca, su libro... pero no lo volví a ver hasta hace unos seis meses. Fue aquí en Montecarlo. Es como si el demonio hubiera arreglado el encuentro de nuevo porque nos encontramos otra vez como enemigos... esta vez a causa de una mujer. Les ahorro los detalles, baste decir que nos despedimos sin dirigirnos la palabra. Luego leí la noticia de su compromiso e imagine mi curiosidad e interés cuando les vi a ambos en el teatro la noche del asesinato. Desde entonces, *miss Dallas*, me he dedicado a perseguir al asesino. Mi amistad con Kulligrew no fue posible mientras él vivió pero estoy decidido a serle de utilidad ahora que está muerto. Verá... el caso es que yo sé quién le mató.

Se produjo una pausa dramática que interrumpió Benvenuto:

—Después de esta muestra de confianza, *herr Goetz*, ¿no querrá compartir con nosotros su secreto? Sabe que este tema es muy importante para ambos.

Julia se apresuró a apoyar el argumento.

—Por favor, confíe en nosotros. Le estaremos muy agradecidos. No hay nada que yo desee más en el mundo que castigar a un hombre tan malvado.

—Tiene razón, *miss Dallas*. Se trata de un criminal especialmente perverso ya que hubo un tiempo en que fue un gran amigo de Kulligrew. Su nombre es Terence Gale Rourke. Da la casualidad de que, además de un asesino astuto e inteligente, es un traidor y un ladrón. Después de la guerra descubrí por casualidad que este hombre era el responsable de una gran cantidad de atracos cometidos en Francia bajo el nombre de el Tigre. Nunca le atraparon. Yo podría haberle denunciado pero... ¿quién era yo? Un alemán, un enemigo de la patria, mientras que él pasaba por héroe a ojos de muchos campesinos. Así que decidí que callaría mientras no hubiera derramamiento de sangre. Después vino la noche en el teatro, vi a ambos y sospeché que habría algo más que palabras entre ellos dos. Me tuve que marchar temprano, me iba de viaje a Francia, así que no me enteré de nada de lo sucedido. Imaginen mi horror y preocupación cuando posteriormente leí la noticia del asesinato. ¡El Tigre, además, había vuelto a las andadas en Francia! Entonces, me di cuenta de que Rourke se había vuelto loco y que yo tenía que darle caza. Y esa es la razón por la que estoy en Montecarlo. Hasta ahora ha conseguido eludirme, pero tengo espías en la carretera día y noche y tengo la esperanza de atraparlo antes de que haya más víctimas. Creo que no anda lejos de aquí, así que les ruego precaución. Tengo entendido que *miss Dallas* ha heredado la fortuna de Kulligrew y eso la convierte en una víctima idónea. Estoy seguro de que Rourke sabe que ustedes se encuentran por la zona.

Julia se quedó inmóvil. La alusión al peligro que corría no la había conmovido lo más mínimo pero se sentía inexplicablemente desgraciada. Se daba cuenta de que había venido al *château* con la vana esperanza de exculpar a Rourke a costa de hacer de Goetz un asesino. Ensimismada, oyó a Benvenuto explicar a Goetz que ellos habían venido al sur con la misma misión que él, atrapar a Rourke.

—Ya que los tres tenemos el mismo propósito, lo mejor es que unamos nuestras fuerzas. Si les parece bien, pueden hospedarse aquí conmigo. Estarán los dos más seguros y además se beneficiarán de mi red de espionaje. Mi automóvil queda a su disposición desde este mismo momento para ir a la ciudad a recoger sus maletas.

Con una mirada a Benvenuto, Julia se arriesgó a aceptar la oferta y le agradeció su hospitalidad. Los dos hombres regresaron a su conversación y ella se asomó por la balaustrada a observar el jardín. Una de las estatuas

llamó su atención. Se asomó un poco más y concentró su mirada en el rostro de la figura... Era Louise Lafontaine.

Benvenuto se colocó a su lado y siguió su mirada admirando también la pieza.

—Es una obra exquisita —comentó—. La modelo debe de haber sido una gran belleza.

El tono de Goetz se suavizó al contestar:

—La mujer más hermosa que he conocido. Y, aunque tiene una belleza patricia y la dignidad y porte de una reina, es de origen muy humilde, nació en los suburbios londinenses.

Capítulo 19 | Suben las apuestas

Julia se desvistió lentamente. Distraída, se quitó el vestido y las joyas y se despojó de sus medias de rejilla. Atravesó descalza la habitación pensando que ese dormitorio había sido amueblado por y para una mujer. La exquisita elegancia de los muebles estilo Imperio, la enorme cama con dosel, el magnífico tocador con sus luces y espejos... *Herr* Adolf Goetz no habría planificado tanto lujo y delicadeza para sí mismo... Louise, Louise Lafontaine. Julia casi podía verla moviéndose por la habitación. “¿Es que nunca voy a conseguir librarme de ella?”, pensó Julia exasperada. Porque era evidente que Louise era la mujer por la que Charles y Goetz se habían peleado, la mujer que Rourke había *robado* y se había llevado a Inglaterra.

Julia se mordió los labios y decidió fumar un último cigarrillo en la terraza antes de irse a dormir.

El automóvil de Goetz les había llevado esa tarde a Montecarlo, donde habían explicado la situación a Agatha y al profesor, habían recogido su equipaje y habían regresado a tiempo para la cena. Después de cenar se habían sentado en la terraza mientras su anfitrión tocaba al piano la *Sonata en La Mayor* de César Franck.

Recordando la música de la velada, Julia se calmó, se olvidó de las preocupaciones del día y dejó que el embrujo del jardín y del mar lejano ejercieran su influencia benéfica sobre ella. La casa parecía exudar belleza, paz y serenidad y Julia, contenta y tranquila, se fue a la cama y se durmió casi de inmediato.

¿Qué estaba pasando? Julia, aún en la cama, fijó una mirada aterrorizada en la ventana. Algo que se parecía sospechosamente a un brazo estaba subiendo por la barandilla de hierro de la terraza. Oyó un gemido. Una figura oscura pasó una pierna por encima de la baranda y consiguió saltar al interior. Era un hombre, un hombre enorme. Julia le miraba fascinada. Aunque estaba paralizada por el miedo, consiguió mover una mano hasta el interruptor y la luz inundó la estancia.

Era Terence Gale Rourke.

Sus ropas estaban destrozadas y respiraba con dificultad. Debajo de la capa de polvo que le cubría podía percibirse la palidez de su rostro. Julia comenzó a temblar sin control.

—¡Julia! —murmuró él acercándose—. ¡Julia! ¿Te encuentras bien? Te he visto desde el jardín. Estaba esperando al demonio ese de Goetz. Llevo días vigilando la casa pero se esconde bien el muy canalla... Esta noche te vi en la terraza y... ¡me di cuenta de que te tenía secuestrada! Por poco me vuelvo loco del miedo. ¿Estás bien?

Julia asintió intentando desesperadamente no perder la calma.

—¡Gracias a Dios! ¿Y qué pretendía Ben dejándote sola de esta manera? Vamos, tenemos que darnos prisa. Ahora no nos verán, todo está oscuro. Tengo mi coche cerca, en media hora estaremos en tu hotel. ¡Vístete rápido!

Mientras hablaba, la empujó hacia el vestidor, encendió la luz, salió y cerró la puerta tras de sí. Julia se vistió con rapidez y determinación. Se le había pasado el miedo. Se preparó mentalmente para medir su inteligencia contra la de Rourke. Era su oportunidad. Haría como que le creía y conseguiría algo que ni Leech, ni Goetz, ni Benvenuto habían logrado hasta el momento: ¡atraparlo! Sacó de su maleta un revólver que le había dado Benvenuto, lo guardó en su bolso y salió del vestidor.

—Estoy lista —anunció.

Rourke apagó las luces de la habitación, abrió la puerta y la guio a través del pasillo con la ayuda de una linterna. Se movía como un gato a pesar de lo grande que era. Julia le seguía en silencio.

—Terence —murmuró al llegar a la puerta principal—, tengo frío. ¿Podrías traerme mi abrigo? Está en el cuarto ropero.

—Claro —respondió él y se dirigió de inmediato hacia allí. Entró y se puso a revolver entre los abrigos.

Con el corazón que parecía que se le iba a salir del pecho, Julia sacó su arma, encendió las luces y apuntó hacia él.

—¡Arriba las manos! Y retroceda un poco si no le importa, Mr. Terence Gale Rourke. Así... eso es. Muy bien, así puedo cerrar la puerta.

Se le escapó una carcajada histérica mientras cerraba con llave.

—No sé por qué se ha sorprendido tanto. ¿No creería que me iba a engañar de nuevo? Le ruego que me disculpe por encerrarle en una jaula tan pequeña, pero no será por mucho tiempo. Seguro que entre mi primo y *herr*

Goetz podrán conseguirle una con barrotes, más digna de una leyenda como el Tigre.

Se paró a escuchar. Detrás de la puerta se oyeron unas carcajadas de burla. Julia apretó los dientes y salió corriendo por las escaleras. Entró jadeando en la habitación de Benvenuto. Este estaba ya despierto.

—¡Julia, criatura! ¡Pero qué te pasa! Y por amor de Dios, ¡aparta ese revólver de mí!

—Ben, esto es importante. Llama a Goetz y baja al vestíbulo. Tengo algo ahí para ambos. No te quedes como un pasmarote mirándome. ¡Muévete!

—¿Pero qué diablos...? De acuerdo, de acuerdo... Iré a buscarle pero no creo que sea de buena educación despertar al anfitrión a estas horas de la noche... Aunque no me extrañaría, dado el ruido que has estado haciendo ahí abajo, que el pobre hombre estuviera ya despierto... ¡Ah! Justo lo que te decía, aquí lo tenemos.

Goetz les miraba perplejo desde el umbral de la puerta.

—Mi querida *miss* Dallas... —comenzó a decir, pero Julia, completamente dueña ya de sí misma, se le adelantó:

—Por favor, *herr* Goetz, venga conmigo... y tú también, Ben. Quiero que te hagas cargo de mi prisionero.

Revólver en mano, se dirigió con energía hacia el vestíbulo seguida de ambos hombres. El cuarto ropero estaba en silencio. Julia se paró y levantó el arma, apuntando hacia la puerta.

—Por favor, permanezca a mi lado, *herr* Goetz. Ben, ¿abres tú?

Los dos hombres soltaron una exclamación. Rourke salió con la cabeza alta, los brazos cruzados sobre el pecho y expresión de orgullo en su cara. Cuando vio a Goetz, sus ojos se nublaron de furia y estaba a punto de saltar sobre él cuando sonó de repente el timbre de un teléfono. Era un sonido tan inoportuno y ridículo, dada la situación, que todos se miraron confusos. Goetz, después de un momento de duda, atravesó la habitación y levantó el auricular.

—*Allô ? Oui, c'est moi.* ¿Qué dices?... En la carretera entre Cagnes y Vence. Hace quince minutos... ¡quince minutos! ¡Es imposible!... ¿Qué? ¿La mujer está inconsciente?... Sí, sí... Hôtel des Pins, sí. Voy inmediatamente. Haz lo que puedas por ella.

Colgó el auricular y se quedó mirando a sus tres acompañantes con

intensa perplejidad en su rostro.

—Hace quince minutos el Tigre ha asaltado un vehículo entre Cagnes y Vence, a unos sesenta kilómetros de aquí. Ha robado y herido a una mujer. Y ha escapado.

—¡Hace quince minutos! —la voz de Julia se elevó mientras miraba a Rourke—. ¡Hace quince minutos estabas... en mi habitación!

Rourke la miró burlescamente mientras asentía con la cabeza.

Capítulo 20 | La bella y la bestia

Julia se acodó sobre la balaustrada y se quedó mirando el azul resplandeciente del Mediterráneo. Los yates comenzaban a salpicar el mar de puntos blancos, una brisa ligera proveniente de los Alpes refrescaba el ambiente y un reconfortante olor a café recién hecho invadía la terraza y se mezclaba con el aroma de los lirios y claveles de las macetas de terracota. Sin embargo, Julia no se sentía con ánimo de admirar el entorno y esperaba, pálida y abatida, a su anfitrión para desayunar.

Después de la llamada de teléfono de la noche anterior, Benvenuto y Terence Rourke se habían marchado en el Bugatti y la habían dejado sola con su anfitrión. Habían dicho que solo volverían cuando atraparan al Tigre y ni un minuto antes. Julia se había ido a la cama sintiéndose avergonzada de sus aventuras de la noche anterior y se había levantado deprimida y preocupada.

Se dio media vuelta y saludó a Goetz, que acababa de hacer su aparición en la terraza.

—¿Hay ya alguna noticia? —preguntó ella con ansiedad.

Él negó con la cabeza.

—No debe preocuparse, *miss* Dallas. Lo más probable es que su primo y Mr. Rourke estén buscando al bandido en alguna carretera lejana y no tengan acceso al teléfono. Esto no es Inglaterra o Alemania, esto es el sur de Francia, donde el servicio telefónico es... errático, por decirlo de alguna manera. No nos queda otra que esperar.

Sonrió y añadió:

—Desayunemos, la espera se hace más fácil con el estómago lleno.

Julia tomó asiento en la mesa y sirvió café de una cafetera de plata, intentando controlar su impaciencia mientras charlaba con su anfitrión.

Terminaron de desayunar, el silencioso mayordomo alemán se llevó todos los platos y ambos se relajaron para disfrutar de un último café.

—*Miss* Dallas, estoy muy confuso y le agradecería que me ayudara a entender los motivos de Rourke para venir a mi casa ayer por la noche. Creía que los conocía pero esa increíble llamada de teléfono ha desbaratado todas mis convicciones. Si la información no hubiera venido de un sirviente de absoluta confianza, nunca lo hubiera creído.

Julia rio con amargura.

—Terence Rourke vino anoche a salvarme, *herr* Goetz. Esperó en el jardín durante horas hasta que se hizo noche cerrada y luego trepó hasta la terraza de mi habitación. Solo Dios sabe cómo no se mató en el intento.

Hizo una pausa, estremeciéndose al recordar la altura de la escalada nocturna. El anciano, desconcertado, se inclinó hacia ella.

—Pero... *miss* Dallas... ¿a salvarla de qué?

—¡De usted!

Y con una sonrisa traviesa le relató toda la historia, comenzando por los acontecimientos del teatro hasta la excursión a la granja de Castellane y el viaje a Montecarlo.

Adolf Goetz la escuchó en silencio hasta que ella relató el episodio de la guerra que les había contado Rourke. Entonces él bajó la cabeza y dijo afligido:

—Es verdad. Todo es verdad.

Hizo una pausa durante unos instantes, suspiró y prosiguió:

—Todo este embrollo se debe a una hostilidad instintiva entre dos personas antagónicas. Rourke y yo nunca podríamos ser amigos, no importa lo noble que consideremos el carácter del otro. Hay algo en su personalidad volcánica que despierta mi aversión. Hemos dejado que nuestra enemistad nos domine y el resultado es que el asesino ha escapado indemne. El Tigre es, probablemente, algún vulgar asaltador de caminos mientras que el asesino de Kulligrew... me pregunto quién puede ser... Sí, me lo pregunto.

Hablaba más para sí mismo que para Julia pero, de forma inesperada, alzó el tono súbitamente y preguntó:

—Dígame, *miss* Dallas, ¿qué es lo que opina usted realmente de Terence Rourke?

Ella le miró y la voz le tembló al contestar.

—No... no lo sé. No sé qué creer. ¡Oh, Dios! ¡Le odio!

Se tapó la cara con las manos, se levantó, atravesó la terraza con grandes zancadas y bajó las escaleras hacia el jardín, donde se refugió donde nadie pudiera verla.

Unos diez minutos más tarde, pálida pero habiendo recobrado el control, regresó a la terraza ensayando las excusas que daría a Goetz. “Estaba muy cansada”, se oyó a sí misma diciendo, “estoy tan preocupada... por Benvenuto”... Al llegar al último escalón se detuvo. Goetz ya no se

encontraba allí.

En ese momento apareció el mayordomo alemán, que le tendió una nota. Ella la tomó con avidez, quizá fuera de Benvenuto. Pero vio con decepción que la escritura, angulosa y anticuada, le era desconocida.

*“Mi querida miss Dallas,
Por favor, le ruego disculpe mi ausencia, he tenido que marcharme por un tema urgente. Espero estar de vuelta en unas horas. Mientras tanto, por favor, considere suyos mi casa y mi jardín y póngase cómoda.
Reciba un cordial saludo,
Adolf Goetz”.*

Mientras terminaba de leer la nota, oyó el sonido del motor de un coche y, alzando la vista, vio un sedán gris que salía por la gran verja de entrada que un sirviente mantenía abierta.

Sintiéndose más sola y abandonada que nunca, subió a su habitación a escribir unas cartas.

Se sentó en el escritorio. Un cheque a su modista, instrucciones a su doncella, unas líneas a su abogado... Se acordó de Agatha y el profesor, que estarían preocupados sin tener noticias suyas, pero... ¿qué podía contarles? ¿Que estaba sola en el *château*, que Benvenuto se había ido, que creía que Rourke era inocente? Dejando su pluma y decidiendo que un paseo por el campo hasta la oficina de correos le haría olvidar sus problemas, se puso el sombrero y salió al jardín. Intentó, sin éxito, abrir la gran verja de bronce de la entrada y se detuvo al ver que el mayordomo alemán se acercaba con paso apresurado.

—¿*Madame* desea algún recado del pueblo? —sugirió en francés con sus ojos insondables fijos en ella.

—Gracias —contestó Julia—. Voy a dar un paseo y a echar yo misma las cartas.

—Un sirviente lleva todos los días el correo de *herr* Goetz... y el paseo por el jardín es muy agradable —dijo él en tono autoritario.

Julia, que estaba dando un paso al frente con la intención de salir, se detuvo de golpe y la sangre subió a sus mejillas. El alemán le sujetaba el brazo con firmeza. Estaba prisionera.

Se calmó y dio media vuelta.

—Es posible que tenga razón —aceptó—. Con este calor tan fuerte el jardín es el mejor sitio.

Y, tendiéndole sus cartas, se marchó, sin decir una palabra más, por un camino sombreado.

Una vez lejos de allí, se sentó en un banco a reconsiderar su posición. Si era prisionera de Goetz, entonces Rourke y Benvenuto habían sido víctimas de una trampa... y era probable que estuvieran ya en su poder. La llamada de teléfono había sido una farsa, una treta desesperada de Goetz al verse frente a Terence Rourke. ¡Y qué bien le había funcionado! Rourke tenía razón, el villano auténtico era Goetz y... ahora lo veía todo claro, ¡también era el asesino de Charles Kulligrew! Y Terence había arriesgado su vida para salvarla a ella... Las lágrimas anegaron sus ojos y se los secó con decisión. ¿No había nada que pudiera hacer para ayudarles? Pensó con fuerza. ¿Por qué habría mantenido Goetz su pretensión de inocencia ante ella? Quizá todavía no sabía si habían caído en su trampa. Aún había esperanza. Si ese era el caso, Julia tenía claro su papel. Tenía que hacer como que no se había dado cuenta de nada, convencerle de que seguía confiando en él. Se acordó de pronto de algo. El teléfono. Tal vez podría llamar a la policía o, mejor aún, al consulado inglés de Montecarlo y pedirles que localizaran el Bugatti. Corrió hacia la casa y abrió la puerta con fuerza. ¿Era solo casualidad que el mayordomo alemán estuviera recolocando las flores del jarrón justo al lado del teléfono?

—La comida se servirá en diez minutos, *madame*.

Julia subió a su habitación a lavarse las manos y, cuando bajó, el hombre seguía allí, imperturbable, esperándola al pie de la escalera. La siguió hasta el comedor. Era evidente que tenía órdenes de vigilarla.

Las horas se le hicieron eternas hasta que por fin se puso el sol, disminuyó el calor y consiguió liberarse de su apatía. Eran ya más de las siete de la tarde, hacía nueve horas que Goetz había abandonado el *château*, cabía la posibilidad de que se hubieran torcido sus planes. Se aferró a su recién renacido optimismo, volvió a su habitación y se preparó un baño. Se vistió y arregló cuidadosamente para la cena y se asombró de lo mucho que su ánimo había mejorado solo con eso. Bajaría y pediría un *cocktail* a Hans, decidió.

El salón estaba vacío. Atraída por las suaves luces del jardín, Julia salió a la terraza y miró hacia el claro del bosque, donde seguía reinando la imponente estatua de Louise. Soltó una exclamación. Al lado del bronce, tan

inmóvil y silencioso como la estatua, estaba Goetz apoyado sobre una barandilla, mirando el valle que se extendía ante sus pies.

Capítulo 21 | El águila

Las palabras del poema sobre el águila de lord Tennyson vinieron a la mente de Julia mientras miraba a Goetz. “Este hombre no es un tigre”, pensó, “esa cara fina, huesuda y alargada es la de un ave de presa”. Y... ¿qué era ella? ¿Una de sus víctimas? Por primera vez ese día sintió miedo real.

De repente, Goetz se giró y la vio.

—Mi querida *miss* Dallas... Espero no haberla asustado. Por favor, discúlpeme.

Su ceño fruncido se había transformado en una máscara sonriente.

—Me temo que ha pasado un día muy solitario por mi culpa y debo disculparme por ello. He estado muy ocupado, aunque me temo que sin ningún resultado.

Parecía derrotado e inofensivo y ella se sintió segura, capaz de enfrentarse a él. Entraron en el salón. Julia tomó un *cocktail* de una bandeja preparada al efecto y se sentó en un diván cerca de la ventana.

—¿Hay alguna noticia? —preguntó a Goetz.

Él negó con la cabeza.

—Iba a preguntarle lo mismo. ¿Su primo no ha dado señales de vida?

—Nada. Dígame qué piensa de todo esto, *herr* Goetz. Parece preocupado.

Él sonrió.

—Creo que debería confiar en Benvenuto Brown y no alarmarse sin motivo.

—Pero usted sí está inquieto. Lo noto. Estoy segura de que sospecha algo. Por favor, dígame qué es.

Lo estaba haciendo muy bien, pensó Julia. Él nunca sospecharía.

—Creo que es usted una mujer muy valiente. Pensaba guardarme mis miedos para mí, pero veo que me lee la mente. Desde que su primo se fue con Rourke he tenido miedo, miedo de que todo fuera una trampa. Sabemos que el Tigre tiene cómplices... Supongamos por un momento que yo tenía razón. Que Rourke es el Tigre, que sabe que le seguimos la pista y, para confundirnos, planea un golpe desesperado, un atraco realizado por un cómplice suyo en un sitio donde sabe que están mis hombres vigilando y, a la

vez, hace su gran entrada en mi casa. Intenta que usted huya con él y, para colmo de audacia, dice que la protege *de mí*. Le persigue la suerte, desde luego, porque da la casualidad de que, justo en el momento crítico, llega la llamada de teléfono... *Miss Dallas*, tengo miedo, temo por su primo. Si tengo razón, Rourke es un hombre desesperado que no se parará ante nada.

La voz de Goetz se quebró. Julia lo miró pálida, su cabeza iba a mil por hora. ¿A quién podía creer?

Se sentía cansada y desvalida como un pájaro atrapado en una trampa de la que no sabe salir. De pronto, se acordó de que llevaba todo el día prisionera de Goetz y su rostro se endureció.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el anciano continuó hablando:

—Y tengo una confesión que hacerle, *miss Dallas*. Di órdenes a mis sirvientes de que, en mi ausencia, no la dejaran salir de la propiedad. Así que ha sido virtualmente mi prisionera, aunque no se haya dado cuenta. Tenía mucho miedo de que ese demonio de Rourke volviera, la engañara otra vez y la convenciera para huir. Me perdona, ¿verdad?

Julia, muda, asintió y, tomando un cigarrillo, se giró para que él no viera su cara, atormentada por la duda y la indecisión.

—Llevo todo el día buscando a su primo sin resultado, pero no hay que desesperar. Tengo una gran confianza en la inteligencia y valor de Benvenuto Brown, mantengamos la esperanza. Creo que la cena ya está lista, *miss Dallas*.

Y levantándose, le ofreció su brazo y se dirigieron al comedor.

Durante la cena, Julia no paró de dar vueltas al asunto en su cabeza. ¿A quién creer? Se sentía impotente ante su inexperiencia. Deseó fervientemente que Benvenuto regresara. Echaba de menos su buen humor, su rostro inteligente, su presencia tranquilizadora... ¿Volvería a verle algún día?

Con un ademán nervioso, se puso de pie de golpe, volcando algunas copas de camino, y se enfrentó a Goetz.

—Me voy, ahora, inmediatamente. La policía y el cónsul nos ayudarán.

Él la miró asombrado y se levantó a su vez.

—Pero... ya he hecho yo todo lo posible, *miss Dallas*. Por favor, cálmese. Tanto mis hombres como la policía están en estos momentos buscando a su primo sin descanso.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo sé a quién creer? Necesito ir a buscarle.

Su voz se alzó, tensa y aguda.

—Por favor, tranquilícese, tiene los nervios deshechos. Tome un poco de vino, le sentará bien. No puedo dejar que salga sola por la noche, es peligroso con Rourke o sus hombres sueltos en la carretera. Le aseguro que su primo...

—¡Me niego a que me mantenga prisionera!

Tiró al suelo con fuerza la copa de vino que él le ofrecía. Su cuerpo temblaba violentamente pero Goetz, de brazos cruzados, la miró con dureza y dijo con voz clara y tajante:

—No va a ir a ningún lado.

Ambos permanecieron inmóviles durante un momento, mirándose desafiantes. En ese momento sonó el teléfono en el vestíbulo. Con dos zancadas, Goetz se acercó y levantó el auricular.

—*Oui, oui, c'est moi qui vous parle... Ah ! C'est vous, Karl ?... Comment ?... Bon, bon. Oui, d'accord, ç'est entendu. Au revoir.*

La cara de Goetz no mostraba expresión alguna cuando se dirigió a Julia.

—Su primo desea que nos encontremos con él en el Café de París de Montecarlo a las nueve y media.

Y, en completo silencio, ambos se sentaron de nuevo a la mesa.

Capítulo 22 | Cabaret

El viaje en coche hasta Montecarlo fue bastante incómodo, por razones obvias. Julia, agazapada en un rincón, se sentía profundamente avergonzada de su ataque de ira anterior pero, a pesar de eso, seguía sin confiar plenamente en él. ¿Cómo podía saber que esa llamada de teléfono no había sido simulada en su beneficio?

Cuando llegaron al café, miró impaciente a su alrededor. Había muchos turistas ingleses tomando café y licores en las mesas de mármol; algunos alemanes también, bebiendo cerveza negra, pero ni rastro de Benvenuto. Ni de Terence Rourke.

Pidió una copa de champán y se sentó en una mesita con Goetz. Él se puso a conversar sobre música y arquitectura, pero ella no estaba de humor para escucharle. Seguía sin sentirse bien dispuesta hacia él, así que, a la primera oportunidad, le espetó:

—Louise Lafontaine viene a Montecarlo. Recibimos una carta de Martin Pitt comentándolo.

Goetz no se alteró ni cambió de expresión y contestó con voz tranquila:

—Eso tengo entendido. He recibido noticias tuyas esta mañana. ¿La conoce, *miss* Dallas?

—Me la han presentado.

La expresión de Goetz y su tono de voz se suavizaron de repente, como siempre que el nombre de Louise salía a relucir.

—¿No es preciosa? Toda ella es arte y belleza, hasta tal extremo que está por encima de todas las convenciones sociales. Es una criatura exquisita que necesita libertad y una vida rica y variada. Yo, ahora que soy un anciano, soy capaz de entenderla, pero pasé por un periodo de mucha amargura antes de poder hacerlo. Charles Kulligrew nunca lo consiguió. La relación entre ellos nunca hubiera funcionado pero, incluso así, lamento haber sido el culpable en cierta forma de su separación... Se enteró de mi relación con ella y no lo pudo aceptar. Louise no solo era su amante, sino también su musa. Tuvieron una pelea terrible. Yo me marché de viaje por Europa durante un tiempo y, al regresar, me enteré de que Kulligrew la había dejado y ella había vuelto a Londres con Terence Rourke... Espero no estar aburriéndola, *miss*

Dallas. Es rara la ocasión en la que hablo de Louise y ella significa mucho para mí, siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

Julia intentó mostrar simpatía, pero se sentía llena de amargura. Louise, Louise, Louise... ¿Es que nunca se libraría de aquella maldita mujer?

Una pareja llamó su atención en el mostrador del bar pero, justo en ese momento, la música de tango que la orquesta estaba tocando enmudeció, las parejas volvieron a sus sitios, bajaron las luces y un tronar de tambores anunció un número de cabaret.

Julia, desganada, volvió la vista hacia el escenario donde una bailarina con una boa de plumas comenzaba a ejecutar un complicado baile. De repente, las puertas del restaurante giraron y apareció un hombretón vestido con una blusa azul y unos pantalones manchados de sangre. Llevaba un fardo enorme a sus espaldas, con una forma que se parecía sospechosamente a la de un hombre. Era, evidentemente, un número de piratas. La bailarina retrocedió con una expresión de miedo muy bien simulada. Julia se sobresaltó y quedó paralizada. El hombre se acercó hasta ella, soltó el bulto a sus pies, le besó la mano y con su profunda voz irlandesa le dijo:

—*Miss Dallas*, siento mucho no poder entregarle nada más que una mala imitación del Tigre.

Rourke tomó una copa de champán, brindó a la salud de los presentes, bebió un trago y se marchó antes de que nadie pudiera reaccionar.

El fardo en el suelo no paraba de moverse y dar patadas, pero Julia no le prestó atención. Miraba la puerta por la que Rourke había desaparecido con un solo deseo en su cabeza: “¡Por favor, vuelve!”.

Dos policías, o dos hombres disfrazados de policía, uno ya no sabía qué era real y qué era mentira, hicieron su aparición y, arrodillándose, cortaron las ligaduras del cuerpo del hombre que se retorció en el suelo. Cortaron después la cuerda que sujetaba la capucha que ocultaba su cabeza y Julia se encontró de pronto mirando el agraciado rostro de... el conde Carrado, el casanova de Annécy.

Uno de los policías ordenó:

—Llévenlo a la *gendarmerie*. Es el Tigre, también llamado Gambetta, el famoso asesino italiano. Es un tipo muy escurridizo, mucho cuidado con él.

En el café se levantó un murmullo de voces: “El Tigre, ¡es el Tigre!”

Julia, atónita, se desplomó sobre una silla y miró a Goetz asombrada.

—El Tigre, Carrado, Rourke... ¡Oh! ¡Ojalá estuviera aquí Benvenuto

para explicarme qué significa todo esto!

—Yo solo vivo para complacerte, querida. —Una voz familiar sonó a sus espaldas—. Llevo aquí desde el principio de esta patética representación pero no te has dado cuenta... Y ahora que nos hemos librado de la aristocracia de medio pelo, ¿qué tal si vamos al bar Royalty y te hago un resumen de la situación?

Capítulo 23 | Los bosques de la noche

Benvenuto terminó su *brandy* con soda, encendió un cigarrillo y miró divertido a sus interlocutores. El *Royalty* estaba repleto de gente y hasta ellos llegaban retazos de conversaciones en diferentes lenguas.

—Me puse más contento que unas pascuas cuando atrapaste a Rourke, Julia, pero no por la razón que pensabas. Yo estaba seguro de que él no era el Tigre moderno, claro, pero poseía información que yo deseaba y él no paraba de desaparecer... Cuando Rourke se dio cuenta el otro día de que usted, *herr* Goetz, no podía ser el Tigre, pensó que había hecho el idiota y que tenía que recuperar el tiempo perdido y atrapar al Tigre real. Yo no tenía especial interés en seguirle en su aventura, pero era la única manera de no perderle de vista y, además... podía intentar sacarle información en los intervalos *lúcidos*, por decirlo así... Aunque, al final, los intervalos *lúcidos* han sido más bien escasos, como se verá.

“Antes de seguir, he de aclarar la desaparición de Rourke la noche de Lyon, tal y como él me la ha contado. Y usted, *herr* Goetz, podrá confirmar si su historia es cierta o no. Cuando Terence fue al garaje a recoger su maleta, vio *su* coche, *herr* Goetz, saliendo a toda velocidad, con lo que comenzó a perseguirle, sin acordarse de nosotros ni de nada más que no fuera darle caza”.

—Sí, es verdad. Fue detrás de mí por la carretera de Avignon, pero mi automóvil es muy rápido, mucho más que el suyo, y no me alcanzó. Pensé que era el Tigre el que me perseguía y yo no tenía intención de que me atrapara estando solo y desarmado. Por fin le di esquinazo cerca de Orange... Pero, aunque Rourke no sea el Tigre, es seguro que es el asesino de su amigo Kulligrew. Y ha desaparecido una vez más.

—Esta vez lo ha hecho con mi conocimiento, ayuda y aprobación.

Julia se irguió excitada.

—Ben, ¡me tienes en ascuas! Dime de una vez cómo habéis conseguido atrapar al Tigre.

—¡Pobre Julia!... Te lo contaré. Fue gracias a su enamorada. “Traicionado por una mujer” podríamos titular el relato. Pero déjame contarte la historia completa. Cuando Rourke y yo nos fuimos, no teníamos ningún

plan de acción concreto. El hecho de que usted, *herr* Goetz, no fuera el Tigre había dejado a Rourke frustrado y vulnerable como un niño, aunque lleno de ira contra *alguien*. Entonces yo me acordé de Pasquale, un viejo músico vagabundo, buen amigo mío, que ve más siendo ciego que la mayor parte de la gente con sus dos ojos intactos. Lo que él no sepa es que no merece la pena saberse y lo que sabe podría arruinar a cientos de personas si le diera por el chantaje... Bien, encontramos a Pasquale en St.Tropez, ese lugar donde los millonarios se mueven en yates y Rolls Royces vestidos de artistas bohemios... Pasquale nos dio la pista que necesitábamos: “*Cherchez la Chloryse, hôtel Luxuria, Cannes*”. No teníamos ni idea de quién era *la Chloryse* o qué tenía que ver con el Tigre, pero una propina enorme al *maître* del hotel nos aclaró el misterio. Nos señaló a una rubia que tomaba en ese momento el té con un americano en una esquina del bar. ¡Qué mujer! Exhalaba perfume y *sex appeal* a partes iguales. Perlas reales y pasión fingida. Un exterior voluptuoso, un interior de granito. Dije a Terence: “Si Pasquale está en lo cierto, esa dama es el cebo del Tigre y un cebo muy jugoso, además”.

—No seas grosero, Ben.

—Perdona. Me había olvidado de que los tigres son ahora tus mascotas preferidas. Bien, no teníamos mucho más a lo que agarrarnos. Cabía la posibilidad de que el americano que la acompañaba fuera una de sus víctimas potenciales así que, en un momento en que se separó de la dama, nos acercamos y decidimos sincerarnos con él. No sabíamos qué otra cosa hacer. El hombre aceptó colaborar a condición de que, si estábamos equivocados, resarciéramos a la dama con una pulsera de diamantes. Era un trato justo al fin y al cabo: esposas en su muñeca si era culpable, diamantes si no lo era... Tal y como habíamos acordado, dejó caer delante de *la Chloryse* de forma casual que iba a ir en coche a Montecarlo esa noche, con un buen fajo de billetes, para jugar en las *Salles Privées* del casino. Después se marchó, Rourke se fue a comprar un par de armas y yo me quedé vigilando a la dama.

“*La Chloryse* hizo lo que yo esperaba: escribió una carta que entregó a un mozo del hotel junto con una buena propina. Este salió y se dirigió a un bar cercano y yo le seguí. Allí dio la nota a otro hombre que la leyó, pagó su bebida y desapareció en una moto en dirección a Niza. La trampa estaba preparada”.

—Tuvo usted mucha suerte —observó Goetz.

—Más de la que me merecía —aceptó Benvenuto—. Habíamos acordado encontrarnos con el americano, Hotton se llama, en un garaje cercano. Su coche es una de esas limusinas grandes, potentes y lujosas. Él se puso al volante y Terence y yo nos sentamos en el suelo de la parte trasera con las armas listas. Estaba anocheciendo. Yo no podía ver por dónde íbamos pero me di cuenta de que empezábamos a enfilarse una cuesta muy escarpada y a adentrarnos en un área sin luces, solitaria y desolada. En un momento dado, el automóvil se detuvo. Hotton se giró y murmuró: “Comienza la fiesta”. Fue un momento tenso, créame. Una cabeza se asomó por la ventana y una voz en la oscuridad dijo: “*Pardon, monsieur*, pero me he quedado sin combustible. ¿Tendría la *gentillesse* de darme un poco?”... Susurré a Terence: “¡Ahora!”. Salimos del coche y le encañonamos. Terence gritó: “*Haute les mains !*”. Nunca he visto a nadie tan sorprendido. Sin embargo, el bandido reaccionó rápido. Me lanzó la linterna a la cara y se escondió. Mientras yo le buscaba, su cómplice, un hombre enorme, atacó a Terence. Oí un disparo y vi sangre corriendo por su pierna. Tuvo suerte, solo fue un arañazo, pero podía haberle matado. Terence se lanzó encima de él y se oyó un grito, ¡el Tigre le había mordido! Esto encendió a Rourke, no te puedes ni imaginar cómo, se puso encima de él y lo inmovilizó en un instante.

—Ese Mr. Hotton parece que cumplió un papel bastante pasivo en el asunto —observó *herr* Goetz.

—Ya puede jurarlo. No se movió de su asiento, se quedó fumando tranquilamente. Pero parece un tipo duro y creo que nos habría echado una mano si hubiera sido necesario.

—¿Cuándo descubriste que el Tigre era Carrado? —preguntó Julia.

—Me encantaría decir que lo descubrí cuando me hablaste de él en Castellane, pero no fue así. Entonces solo pensé que era curioso que el italiano te hubiera descrito al Tigre con tanto detalle y tan parecido a Rourke, porque yo sabía que Terence *no* era el Tigre. Pero, sinceramente, tampoco me sorprendí demasiado cuando Terence le quitó el pasamontañas negro y vimos que era el guapo casanova. He de decir en su defensa que es un gran luchador y si hubiera podido desarrollar su talento, digamos que durante el Renacimiento, tal vez se habría convertido en un héroe en vez de en el *gangster* de baja estofa en el que se ha transformado.

“Bueno, no hay mucho más que contar. Terence insistió en dejar al Tigre a tus pies, Julia, así que, después de atarlo y amordazarlo, hicimos una

llamada a la policía y otra al *château* para encontrarnos todos en el Café de París... y el final ya lo conoces”.

¡Terence había insistido en dejar al Tigre a sus pies! ¿Qué significaba eso? ¿Se estaba riendo de ella y de sus sospechas? No, no era eso. Julia recordó la escena. Rourke besándole la mano, ella sorprendida... De pronto, sus ojos se abrieron y palideció. Había recordado de repente lo que había estado mirando antes de que apareciera el pirata. En un taburete de la barra se sentaba una dama morena de pelo rizado y vestido rosa y a su lado... la rubia cabeza de Martin Pitt.

Julia se levantó de su asiento.

—Me voy, Ben, te espero en el coche.

Salió corriendo sintiéndose como una idiota. Se había olvidado de Louise.

Capítulo 24 | Seis personajes en busca de un criminal

El inmenso *château* bullía de actividad. Los sirvientes corrían de un lado a otro por las diferentes estancias brillantemente iluminadas mientras ultimaban los preparativos y esperaban a los invitados. Adolf Goetz había organizado una pequeña fiesta.

Julia atravesó el *hall* en su camino hacia el jardín. Deseaba permanecer un rato a solas hasta que llegara el momento de la cena. Vio a una doncella llevar un gran ramo de flores a una de las habitaciones de la planta superior. “Seguro que es para Louise”, pensó con amargura. Y le entraron ganas de subir a su habitación, quitarse el vestido de satén y permanecer escondida hasta que todo hubiera pasado. Alzó su barbilla con orgullo. No podía dejar solo a Benvenuto esa noche, tenía que disimular y adoptar un aire desenfadado y alegre. Unos minutos a solas con los árboles y las flores le ayudarían a recuperar el estado de ánimo adecuado.

Oyó el ruido del motor de un coche que subía por la colina y, unos instantes después, una gran limusina se internó en el jardín. Julia, escondida entre los árboles, vio descender de ella a Louise, exquisita, envuelta en una capa dorada, y a Martin Pitt, muy elegante también con su esmoquin recién estrenado.

La fiesta dio comienzo.

Empezaron a llegar más automóviles. Un taxi paró en la puerta y, ayudada por un sirviente, salió Agatha, seguida de su hermano. Julia sintió una punzada de pena cuando vio la figura encorvada, derrotada, del profesor, vestido con un traje pasado de moda. La vida era demasiado difícil y complicada para esos dos, pensó Julia... Pero ella debía hacer ya su aparición en la fiesta.

Con una última mirada de anhelo al jardín, caminó despacio hacia la entrada de la casa.

Un murmullo de risas y conversaciones se escapaba del interior de los salones. Julia entró y dio la mano a Louise y a Pitt, besó a Agatha y al profesor, aceptó un *cocktail* de Benvenuto... Actuaba de forma mecánica,

inmersa en una sensación de completa irrealidad. Comportarse de forma alegre y natural le resultó más difícil de lo que había pensado, tenía los nervios a flor de piel. Benvenuto la había prevenido esa misma mañana de que algo gordo iba a pasar durante la fiesta, aunque ahora charlaba de forma desenvuelta con Louise sobre una gran exposición en Nueva York, sin dar la más mínima señal de tensión o preocupación.

Se sentaron en la mesa para cenar. Julia intentó responder de forma inteligente a las preguntas que le hacían mientras en su cabeza se preguntaba por la ausencia de Terence Rourke, quien ni siquiera tenía un cubierto asignado.

Tomó conciencia de la mirada de Louise, fija en ella desde el otro extremo de la mesa, y el desafío le dio fuerzas. Comenzó a sentirse más segura de sí misma. Observó el círculo de rostros a su alrededor y solo vio máscaras que disimulaban sus pensamientos reales. ¿Cuál de ellas era la que ocultaba la verdad del asesinato?

Adolf Goetz y Benvenuto charlaban sobre vinos. Los nombres de Hermitage, Romanée-Conti o Château d'Yquem salían de sus labios con familiaridad. El profesor preguntó a Martin Pitt en qué obra estaba trabajando en ese momento y el otro contestó con seguridad y despreocupación. El éxito había mejorado a Pitt, pensó Julia, tal y como Charles había previsto. Le había dado confianza en sí mismo. Louise, mientras tanto, había intentado entablar conversación con el profesor, pero este, sin querer, había volcado una copa de vino sobre su plato, quedando tan azorado que ella se compadeció y se conformó con conversar en voz baja con Benvenuto.

Benvenuto alzó la vista repentinamente, con rostro grave, y todos se dieron cuenta de que algo importante estaba a punto de pasar. Comenzó a hablar con voz pausada y el corazón de Julia se aceleró.

—Fui yo quien persuadió a *herr* Goetz de que organizara esta pequeña velada, aunque he de decir en su descargo que no puso la menor objeción. La razón es que todos los presentes en esta mesa asistimos al estreno de *El lirio del valle* y, como amigos de Charles Kulligrew, todos tenemos interés en saber quién le mató... Desde el momento del asesinato, no he parado de trabajar en el caso y he seguido todas las pistas que he podido, pero tengo una confesión que hacer.

Todos le miraron expectantes mientras Benvenuto hacía una pausa dramática.

—¡He fracasado! He fracasado lamentablemente y, desde este momento, con todos ustedes como testigos, declaro que dejo de investigar este caso.

Benvenuto se llevó la copa a los labios en medio de un silencio absoluto. Goetz fue el primero en hablar. Su voz, como siempre bien modulada, mostró simpatía al defender educadamente el fracaso de Benvenuto. El resto de los comensales se fueron uniendo gradualmente al coro de condolencias y excusas. Cuando todos callaron, Martin Pitt se inclinó y preguntó a Benvenuto:

—Hay algo que me ha estado preocupando, Brown, pero que no me atrevía a preguntar. Sin embargo, ahora que nos ha hecho su confesión, voy a atreverme a hacerlo. ¿Qué hay del hombre misterioso, de Terence Rourke?

Antes de que Benvenuto pudiera contestar se oyó la voz de Louise, vibrante y apasionada:

—¡Nadie que conozca a Terence como yo le conozco podría asociarle ni por un instante con un delito como el asesinato!

Nadie contestó. Julia la miró con rencor y desconsuelo. Goetz se levantó y dijo:

—Vayamos a la salita a tomar el café.

Capítulo 25 | La clave está en la obra

Louise estaba sentada en un sofá estilo Imperio acompañada de Benvenuto y Martin Pitt. Julia, desde su silla, escuchaba su rica y melodiosa voz y admiraba el control de la actriz sobre cada tono e inflexión, igual que el dominio que un músico virtuoso tiene sobre su instrumento. Durante la cena había sonado aguda y apasionada, ahora grave y persuasiva. Charlaban, una vez más, de *El lirio del valle* y Louise, con una humildad rara en ella, confesaba a Pitt y Benvenuto una duda sobre la interpretación de una escena que la había tenido desconcertada desde el estreno de la obra.

—Es en la escena en la que estoy sola en el escenario, antes de mi suicidio... Disculpen, pero sin el contexto no me sale, no puedo transmitir la emoción y no sabría explicarme. En otra ocasión, Martin, cuando estemos a solas podemos repasar la escena.

—¿Por qué no aquí y ahora? —sugirió Benvenuto—. Este salón es el sucedáneo perfecto de un teatro. Mire... ahí, en el comedor, detrás de las puertas correderas, tenemos un escenario insuperable. Aquí, donde estamos, esto será la platea y podremos sentarnos en butacas mucho más cómodas y lujosas que las del mejor teatro... Sería un privilegio para nosotros poder verla actuar de nuevo y tal vez le ayude a usted a resolver su duda.

Ella le miró dubitativa. Martin Pitt saltó de su silla y tomó su mano.

—¡Oh, sí, Louise! ¡Hazlo, te lo ruego! Y yo me arriesgaré a darte mi opinión, ahora que estoy a salvo de la crítica del productor teatral.

Louise, aún vacilante, se levantó de la silla.

—Muy bien, ustedes lo han querido, pero con una condición, Martin, y es que tú leas mi parte después de que yo lo haya hecho. Tu interpretación me ayudará a resolver mi duda, ¿de acuerdo?... Bueno, pues voy a cambiarme este vestido por otro más apropiado y tú, mientras tanto, organiza el escenario... ya sabes cómo va todo. Yo haré mi entrada por *allí*.

Señaló una puerta que se abría al vestíbulo y salió de la habitación, contenta y satisfecha.

“Realmente tiene un encanto increíble”, pensó Julia, siguiendo con los ojos la figura dorada que se retiraba.

La habitación se llenó de murmullos y ruidos. Benvenuto había

explicado a su anfitrión, al profesor y a Agatha que iban a disfrutar de una representación privada de *El lirio del valle* y los tres, agradablemente sorprendidos, habían recolocado sus asientos en fila, de cara al que iba a ser el escenario. El comedor había sido invadido por los sirvientes, que se llevaron los últimos restos de la cena. Martin Pitt estaba muy ocupado reorganizando los muebles para que la estancia perdiera algo de su aire aristocrático y se pareciera un poco más al de una casa humilde. Benvenuto jugó con los interruptores de la luz hasta que consiguió dejar el salón a oscuras y el comedor completamente iluminado. Por fin, todo estuvo listo, el escenario quedó vacío, la puerta se abrió lentamente y entró Louise.

Se había quitado su vestido de noche dorado y llevaba uno blanco, extremadamente sencillo, que le daba un aspecto puro e inocente. Todo recordaba de tal manera a la noche de la tragedia que Julia, sentada en su sitio completamente inmóvil, sintió una punzada de angustia.

Algo no iba bien. Al notar la intensidad de la luz, la expresión trágica de Louise se transformó en una mueca de irritación.

—Esta escena siempre la represento a media luz —observó.

Benvenuto, murmurando una disculpa apresurada, corrió hacia los interruptores y dejó la estancia casi en sombras. Ahora la figura blanca de Louise recordaba a la de un fantasma. Después de una breve pausa comenzó por fin su diálogo y la magia de su voz envolvió de inmediato a los seis espectadores que la miraban embelesados. Las palabras salían con claridad y con el grado justo de desesperación. Hizo una pausa dramática antes de llegar al párrafo que le interesaba. Después, su voz calló y permaneció un momento con la cabeza baja antes de retirarse del escenario y dejar que Martin Pitt repitiera las mismas líneas de guion.

“Menudo papel le ha tocado”, pensó Julia, “tener que secundar esa representación tan perfecta”. Sin embargo, Martin Pitt leyó bien sus líneas, con precisión y firmeza y dando un matiz ligeramente diferente al de Louise.

Cuando acabó, los ojos de los presentes se giraron hacia la puerta del recibidor. Entre las sombras, se vislumbraba a un hombre alto y moreno que caminaba con una leve cojera.

Julia forzó la vista, intentando ver en la oscuridad, y su corazón por poco dejó de latir. Era... parecía... ¡Charles Kulligrew! Estaba hablando y sonaba como la voz de Charles, con el tono nervioso de Charles:

—Te equivocas, Martin, es Louise quien ha entendido el significado de

mi texto. Escribí este texto para ella.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué le estaba pasando a Martin Pitt? Avanzaba casi a ciegas, tropezándose con los muebles... Emitió un grito ahogado y señaló a Charles. Gradualmente, consiguió reponerse lo suficiente como para recuperar el habla y gritó:

—¡Sabía que volverías! ¡Te estaba esperando!

Y comenzó a reír de forma histérica.

—¿Sabes? Creía que un cuchillo en la espalda haría que desaparecieras del mapa para siempre pero se me olvidó... se me olvidó que un hombre no se resigna a perder la gloria una vez que la ha alcanzado. Oíste las alabanzas, sabías que el éxito te pertenecía, que era tuyo... ¿no te bastaba con eso? ¡Maldito seas! ¡Maldito seas!

Miró a su alrededor con expresión desencajada y salió huyendo de la habitación, corriendo hacia la terraza.

—¡Que alguien le pare! —gritó una voz y se oyó el ruido de unas zancadas contra el pavimento.

Un momento después apareció Leech, con el rostro lívido, por la misma puerta por la que había desaparecido Pitt.

—Ha sido demasiado rápido para nosotros. Se ha arrojado... por el precipicio.

—Entonces está muerto —dijo la voz de Terence Rourke.

La habitación comenzó a dar vueltas mientras Julia se aferraba a su silla. Las caras se mostraban borrosas delante de sus ojos. Todo se volvió oscuro y ella perdió la conciencia mientras las voces gritaban: ¡Está muerto!

Capítulo 26 | La explicación

Los dos pescadores se afanaban con las redes bajo la luz de la linterna de la barquita de pesca mientras explicaban a Benvenuto y Terence Rourke, con su fuerte y característico acento provenzal, cómo se cocina una bullabesa. La noche era clara y cálida y el cielo estaba plagado de estrellas. Julia contempló la línea luminosa de cafés que bordeaban el muelle del pequeño puerto de St. Antoine.

Se encontraban en la Riviera más chic pero Julia deseó no volver a pisar ese lugar nunca más. Jamás podría olvidar la horrible noche que terminó con la muerte de Martin Pitt.

La pequeña excursión nocturna había sido idea de Benvenuto. Había dicho que les vendría bien a todos alejarse de la tragedia del *château*, y tenía razón.

Al volver la cabeza, Julia se encontró con la mirada de Terence Rourke. Apartó los ojos con rapidez sintiéndose avergonzada y muy desgraciada. ¡Qué tonta había sido! Nunca podría volver a mirarle a los ojos porque siempre le vendría a la mente el momento en el que le había encerrado en el armario ropero.

—¡Caramba! —rio Agatha—. ¡Cómo me recuerda esto a mi infancia en Bournemouth! Hacíamos excursiones en barco continuamente y recuerdo que mi padre decía que yo era una marinera excelente, a diferencia de Edward, ¡el pobre siempre se mareaba!

El más joven de los dos pescadores comenzó a cantar una canción provenzal. La luna aún no había hecho su aparición pero se distinguían bien los rostros, reconocibles en los últimos rayos del día.

—Hace no tanto tiempo —dijo Benvenuto mirando a Rourke—, yo solía hacer este viaje todos los días para llevar agua y comida a un sospechoso de asesinato.

—Qué misterioso te pones, Ben —dijo Julia—. ¿Dónde vamos? ¿Y quién era ese sospechoso de asesinato del que hablas?

—Vamos a una isla que verás en cuanto salgamos de la bahía y... en cuanto al sospechoso, es un relato muy largo... Voy a reservar mi energía hasta después de la cena. Entonces os contaré otra historia, la que termina en

el *château* de Goetz. He prometido al profesor contar la historia completa y cerrar así el círculo. Mientras tanto, bebamos algo.

Tal vez él podía cerrar el círculo, pensó Julia amargamente, pero ella no. Nunca nada volvería a ser lo mismo... Terence Rourke y Louise... Louise había creído en él y le había defendido a capa y espada. Suponía que ahora se casarían pronto. Y ella... ¿qué haría ella? Sus ojos buscaron de nuevo a Terence que, sentado en la proa, descorchaba una botella. En el barco parecía un pirata del mar, con esos brazos musculados y su jersey a rayas. Julia se giró y comenzó a hablar con el profesor.

—*¡Jam paret media fluctu nemorosa Jacynthos!* —exclamó él mirando al horizonte.

La isla apareció de entre las sombras. Emergió sobre una hilera de islotes rocosos más pequeños, como un dragón acompañado de sus crías.

El barquito se dirigió hacia un largo fiordo donde pararon los motores. Por fin, en completo silencio, desembarcaron en una pequeña playa de arena.

—Has elegido un marco de lo más dramático y misterioso para tu relato, Ben.

Benvenuto rio.

—De día es la isla desierta perfecta, aguas cristalinas, arena blanca... el mejor sitio del mundo para bañarse. Espera a que hagamos una hoguera y verás qué maravilla.

Unos minutos después, estaban todos sentados en círculo alrededor de una fogata. La noche era clara y cálida y un aroma a ajo y azafrán emanaba de la cacerola donde los dos pescadores preparaban una bullabesa. Pusieron a enfriar el vino en el mar. La langosta al azafrán, cuando estuvo lista, se reveló como una joya gastronómica y Julia se sintió más contenta.

Unos metros más allá, Terence la sonreía por encima de su copa de vino. Estaba muy silencioso esa noche, el tigre se había convertido en un cordero. El profesor, que estaba de muy buen humor y comía y bebía satisfecho, monopolizaba la mayor parte de la conversación.

—Qué agradable es —comentó señalando a su alrededor con un gesto vago— estar aquí sentado festejando, al igual que lo hacían los grandes héroes de la antigüedad. Benvenuto, ahora que has terminado de cenar, ¿querrás saciar nuestra curiosidad con una explicación de todos los misterios en los que nos hemos visto envueltos?

Benvenuto estiró las piernas hacia el fuego, encendió su pipa y

comenzó a hablar.

—El drama comenzó para mí —dijo— la tarde del *otro* drama, la representación de *El lirio del valle* pero, en realidad, había empezado mucho antes.

“Yo había asistido a una representación de una obra anterior de Martin Pitt en el Guild Theatre y, en cierta forma, me había impresionado. Me había impresionado la mezcla de idealismo, romanticismo y cinismo de una obra decididamente mala. Así que, al final del primer acto de *El lirio del valle*, yo ya sabía con certeza que, quienquiera que fuera el autor, no era él”.

“El cerebro de Martin Pitt era el de alguien que vivía en un cielo, o infierno, propios, de su propia invención. Era incapaz de fijarse en la vida real o de sacar alguna enseñanza práctica. Estaba un poco desequilibrado, pero ni siquiera era un genio, eso al menos le habría salvado”.

“El hombre que escribió *El lirio del valle* sabía, sin embargo, todo lo que se puede saber de esta vida. Se notaba que la había exprimido al máximo y la había destilado en su cerebro hasta convertirla en pura poesía. Era un auténtico genio y yo brindo por su memoria”.

“A mitad del segundo acto, me dije: «No me sorprendería que el autor de esta obra fuera Charles». Yo conocía el cerebro de Charles y sabía que era capaz de escribir algo así. Además, él había sido admirador y amante de Louise y el papel creado expresamente para ella era perfecto. Pero... ¡aparentemente había sido escrito por otra persona!”.

“No es mi intención vanagloriarme pero... la verdad es que, al final del segundo acto, yo estaba seguro de que Charles había escrito la obra y se la había regalado a Pitt”.

“Lo que pasó realmente es imposible de saber a estas alturas, pues ambos están muertos. Mi opinión personal es que Charles la escribió inspirado por su pasión por Louise. Después cortó toda relación con ella, como todos sabemos. Él, por algún extraño motivo, admiraba el trabajo de Pitt y es probable que le dejara la obra para que la leyera. Podemos suponer que a Pitt le entusiasmó la obra y se ofreció a producirla. Charles, de carácter tímido y, además, profundamente decepcionado con Louise, le convenció para que la aceptara como un regalo y la produjera como propia, aunque tal vez insistió en que Louise era la única protagonista posible. Pitt aceptó, es probable que, al principio, únicamente movido por su amistad. Finalmente, Terence produjo la obra así que él nos puede decir qué pasó”.

Benvenuto hizo una pausa y echó un tronco al fuego.

—Bueno... —comenzó Terence Rourke—, Martin me trajo la obra y yo la leí. Era condenadamente buena. Recuerdo que en ese momento pensé que era posible que Charles le hubiera echado una mano, pero eso no era asunto mío. Pitt comentó que le gustaría que Louise la protagonizara y fue lo único inteligente que dijo en todo el proceso. Durante los ensayos hizo más sugerencias pero eran todas absurdas y, como yo no le hacía caso, terminó dejándolo todo en mis manos.

—De todas formas —interrumpió Benvenuto—, yo no fui el único que advertí que Pitt no la había escrito, ¿no es así, profesor? Durante la representación noté que usted estaba preocupado por algo y en Chamonix, cuando habló del misterio de *El lirio del valle*, me di cuenta de que a usted tampoco le había engañado.

El profesor acarició su barba, nervioso.

—Yo sabía que esa obra no podía haber salido de la imaginación de Pitt y estaba muy preocupado y confuso pensando si no estaría yo perdiendo la razón al confundir la personalidad de esos dos pobres muchachos. Pero he de decir que nunca, en ningún momento, conecté la autoría de la obra con el asesinato de Charles. De hecho, aún no veo cómo...

—Déjeme explicarle... Para empezar, estoy seguro de que el crimen no fue premeditado. Fue el impulso repentino de un hombre desequilibrado, loco de celos, al ver la espada que *usted* olvidó, profesor, abandonada y apoyada contra la pared.

—No puedes culpar a Edward de eso —cortó Agatha bruscamente—. Siempre ha sido muy olvidadizo, desde niño, no es necesario que hagas hincapié en el tema, Benvenuto.

—Empiezo a recordar... —murmuró el profesor— pero, por favor, continúa.

—A Martin siempre le habían dicho que era un genio —prosiguió Benvenuto—. En Oxford era el poeta brillante, un joven apolo rubio y soñador... Y él se había creído ese papel y tenía un alto concepto de sí mismo. Londres, sin embargo, supuso una prueba demasiado ardua para su mediocre talento y sus dos obras estrenadas fueron un completo fracaso... y el fracaso era lo que más temía en el mundo. A pesar de eso, consiguió mantener cierto prestigio personal. Charles, por ejemplo, siguió creyendo en él”.

“La noche del estreno de *El lirio del valle* saboreó el éxito por primera vez en su vida y se le subió a la cabeza. Tenía a todo Londres a sus pies... No creo ni por un momento que matara a Charles por dinero, para llevarse los beneficios de la obra, como alguien ha sugerido... No. Creo que lo mató porque no podía soportar que hubiera alguien en el mundo que supiera que era un fraude. Mató a Charles porque... estaba loco de celos”.

“El resto se resume fácilmente. No sabemos por qué entró en el palco pero el caso es que entró. Solo estaba Charles en el interior, el profesor se acababa de marchar, estaban apagando las luces. Pitt vio la espada apoyada en la pared y la espalda de Kulligrew frente a él... Todo pasó en un instante. En unos segundos estaba ya fuera del palco... y Charles estaba muerto”.

—Pero en-entonces... —balbuceó Julia— cuando me lo encontré en el pasillo y me dijo que estaba buscando al tío Edward... ¡acababa de matarle! —y, bajando la cabeza, añadió—: Y yo susurré unas palabras a Charles... y como no me contestó pensé que me estaba ignorando a propósito. Y estaba ya muerto.

Se hizo un respetuoso silencio. Benvenuto la miró con lástima y continuó:

—Podemos imaginar las emociones de Martin Pitt durante el último acto. Confusión, miedo, horror... pero *sabía* que tenía que salir al escenario.

—¿Por qué? —preguntó Terence Rourke.

—Para dar su discurso y ser el primero en descubrir el cadáver, delante de quinientas personas. Eso sí fue una muestra de auténtico genio, de genio criminal. Y demostró ser un actor de primera fila. Quinientas personas, con los ojos fijos en él, vieron cómo *descubría* a Charles, balbuceaba, avanzaba, lo señalaba y caía desmayado. Es increíble lo bien que lo hizo y cómo le funcionó. Nadie sospechó de él ni por un momento.

—Excepto tú —apuntó el profesor.

—Excepto yo —aceptó Benvenuto—, pero no estaba seguro. Además, tuvo a su favor una circunstancia tremendamente afortunada para él: la desaparición de Terence Rourke. Sin embargo, fue el afán de expresar esta circunstancia al máximo lo que le hizo cometer un error fatal. Comentó que Rourke estaba en el palco con Charles cuando él entró buscando al profesor. Sabía perfectamente que Rourke había desaparecido y no podría dar su versión. Pero tan pronto como te encontré en Lyon, Terence, y me contaste tu historia, me di cuenta de que Pitt me había mentado y mi teoría estaba

justificada. Además, Pitt se las ingenió muy bien para alimentar las sospechas sobre ti y sobre Louise mientras aparentaba defender calurosamente a ambos.

—Un pobre diablo, pero astuto y taimado. Que Dios se apiade de él —murmuró Terence.

—Dime, Ben —interrumpió Julia—, ¿cuándo supiste con certeza que Martin Pitt era el asesino?

—En mi estudio. Cuando le dije que iba a buscar a Rourke vi cómo se le dilataban las pupilas. En ese momento me di cuenta de la verdad, pero mi intuición no era una prueba. No tenía ninguna prueba real y no sabía cómo podía conseguirla. Para Scotland Yard la palabra de Pitt, su declaración de que no había estado solo con Charles en el palco, valía tanto, si no mucho más, que la palabra de un loco irlandés que, además de desaparecer del mapa, ya era sospechoso de todos los crímenes del código penal... Te habrían colgado por tu pasado, Terence, por tu pasado pirata, delictivo y mafioso...

—Me has salvado de la guillotina, así que te libras de terminar en el mar, amigo, pero solo por eso —replicó Rourke con calma, blandiendo su puro amigablemente.

—En fin, mi búsqueda de evidencias estaba resultando bastante infructuosa y la posición de Terence cada vez más peliaguda, así que tenía que probar alguna otra estrategia y fue gracias a la buena voluntad e inteligencia del inspector Leech que pude llevar a cabo mi plan. Después del encuentro en Castellane, decidí confiar en él y le conté mi idea. Él aceptó retrasar el arresto de Terence y venir al *château* la noche de la fiesta para ver el resultado de mi experimento. Yo había decidido poner en escena un ensayo de *El lirio del valle* en casa de Goetz y enfrentar a Pitt con su víctima. Terence y Louise, evidentemente, estaban al tanto de todo y, de hecho, el éxito de mi plan dependía por completo de la credibilidad de Terence en el papel de Charles. Si fallaba, no solo Pitt saldría indemne sino que él sería arrestado y podrían colgarle... Pero no falló. Louise tampoco. A ella también le exigí mucho, muchísimo, pero estuvo magnífica. Tenía una poderosa razón: amaba a Charles. Tampoco me confundí al evaluar la personalidad de Pitt; en el fondo era un ser terriblemente frágil y yo sabía que se vendría abajo. Entre los tres lo conseguimos.

—¿Así que Leech estaba pendiente de la representación? —preguntó Julia.

—Sí, estaba esperando en la terraza para poder oír la confesión de Pitt y

arrestarle en ese momento.

—Pero Pitt fue más rápido que él... —dijo Agatha—. Ya te lo he dicho otras veces, ese hombre no es más que un tonto.

—No sé quién ha sido más tonto de todos —replicó Benvenuto—: Goetz y Terence culpándose mutuamente, el profesor creyéndose él mismo el asesino... Por cierto, Agatha, me gustaría felicitarte públicamente por tu manera magistral de ocultar durante todo este tiempo tus sospechas sobre el profesor.

—¡Benvenuto! —Agatha se levantó violentamente con la cara rojo carmesí—. ¡No permitiré que me insultes de este modo! Nunca, ni por un instante, he sospechado de mi pobre hermano y... suponiendo que alguien de los aquí presentes lo hubiera hecho, espero que tuviera la decencia de pensar que, si era el culpable, lo era por motivos completamente altruistas.

—Y en cuanto a ese viejo demonio, Goetz —observó Terence Rourke—, estaba lleno de prejuicios contra mí. Vivía bajo la convicción equivocada de que yo me había fugado con Louise después de que ella se hubiera peleado con Charles, cuando no creo que haya dos personas en el mundo que sientan menos atracción mutua que Louise y yo... La pobre tenía el corazón destrozado cuando Charles la dejó así que me la llevé a Londres y le di un papel en la obra de teatro, no hay nada como el trabajo duro para curar un corazón herido.

Benvenuto asintió.

—En todo caso, dudo mucho que Goetz y tú logréis haceros grandes amigos... Y ahora, por amor de Dios, olvidemos el crimen y bebamos y cantemos. ¡Adelante, Terence!

La luna había salido ya, pintando un caminillo de plata sobre el mar y el litoral de la costa. Julia se acercó al borde del agua y se sentó sobre una roca. Se quedó inmóvil intentando así calmar los violentos latidos de su corazón. “Adiós, Louise, adiós”, pensó. “Nunca estuviste donde yo pensaba, en el corazón de Terence. Y ya no tendré que preocuparme por ti nunca más”.

Rourke se levantó, se acercó a ella y se sentó a su lado en silencio.

—Creo... que voy a darme un baño —dijo ella.

—Ten cuidado, puede haber algún monstruo por ahí dentro, vigilando para secuestrarte. ¿No tienes miedo?

—No, no tengo miedo.

—Tampoco tenías miedo de mí cuando pensabas que yo era el Tigre...

pero como no quiero que nadie te secuestre, será mejor que te acompañe,
¿puedo ir contigo?

—Sí, vamos juntos.

FIN.

Poemas del gran poeta inglés William Blake (1757-1827) mencionados en el libro:

El tigre (*The Tyger*)

*¡Tigre! ¡Tigre!, reluciente incendio
En las selvas de la noche,
¿Qué mano inmortal u ojo
Pudo trazar tu terrible simetría?
¿En qué lejanos abismos o cielos
Ardió el fuego de tus ojos?
¿Sobre qué alas se atreve a elevarse?
¿Qué mano se atrevió a tomar el fuego?
¿Y qué hombro, y qué arte
Pudo torcer el vigor de tu corazón?
Y cuando tu corazón empezó a latir,
¿Qué espantosa mano? ¿Y qué espantosos pies?
¿Qué martillo? ¿Qué cadena?
¿En qué horno estaba tu cerebro?
¿Qué yunque? ¿Qué espantoso puño
Osa abrazar su mortales terrores?
Cuando las estrellas tiraron sus lanzas
Y mojaron el cielo con sus lágrimas,
¿Sonrió al ver su obra?
¿Aquel que hizo al cordero te hizo a ti?
¡Tigre! ¡Tigre!, reluciente incendio
En las selvas de la noche,
¿Qué mano inmortal u ojo
Pudo trazar tu terrible simetría?*

El libro de Thel (*The Book of Thel*) (extracto)

(...)

El lirio del valle, que respiraba confundíéndose con la modesta hierba, respondió así a la hermosa doncella:

Soy una brizna acuosa y pequeñísima, a quien gusta habitar las tierras bajas. Tan débil soy, que la dorada mariposa apenas puede posarse sobre mi cabeza. Sin embargo, recibo visitas del cielo. Aquel que a todos sonrío camina por el valle y cada mañana sobre mí extiende su mano diciéndome:

Regocíjate, humilde hierba, flor de lirio recién nacida, gentil doncella de los prados silenciosos y de los tímidos arroyos, pues de luz te habrán de vestir y te alimentarás con el maná de la aurora hasta que el calor del verano te derrita junto a las fuentes y los manantiales para florecer en eternos valles.

(...)

Sobre la autora

Elizabeth Gill (1901-1934) nació en una familia de periodistas, novelistas e ilustradores. Lo poco que se sabe de su corta vida es que siendo muy joven se casó, y divorció, del brillante arqueólogo Kenneth Codrington (se ha sugerido que el personaje de lord Charles Kulligrew podría estar basado en él) y fue ya casada con su segundo marido, el artista Colin Gill, cuando comenzó una carrera literaria que la llevó a escribir tres libros en tres años y que se truncó por su temprana muerte con solo 32 años. Elizabeth Gill es la autora de tres novelas de misterio: *The Crime Coast*, *What Dread Hand?* y *Crime de Luxe*, todas protagonizadas por el excéntrico pero perceptivo artista-detective Benvenuto Brown.

Crime de Luxe, traducida como *Muerte en el Britannic*, ha sido publicado por Sherlock Editores.

La edad de oro de la novela de misterio

Las novelas de misterio, o de ficción detectivesca, arrasaron entre los años 20 y 30 del siglo pasado. De origen británico en su mayor parte, tenían estilos similares y cierta predilección por patrones concretos, como la escenificación del delito en una gran casa de campo inglesa y protagonistas pertenecientes a la clase alta. Estos crímenes, que podían incluir sangre pero raramente violencia explícita, se caracterizaban por una cierta inocencia y ligereza que quedó desfasada al estallar la Segunda Guerra Mundial, momento en el que dejaron de publicarse de forma generalizada.

Agatha Christie fue la máxima representante de un imperio en el que abundaron las escritoras y donde destacaron nombres como Margery Allingham, Ngaio Marsh, Josephine Tey, G. K. Chesterton o Dorothy L. Sayers en Inglaterra, Georges Simenon en Bélgica o Ellery Queen, S. S. Van Dine, John Dickson Carr o Erle Stanley Gardner en Estados Unidos, entre otros muchos.

Los diez mandamientos de la edad dorada

Las reglas del juego eran importantes porque estas novelas eran consideradas juegos: un tipo de enigma-rompecabezas (al estilo Cluedo), por lo que el autor Ronald Knox codificó en 1929 los diez mandamientos que debía cumplir una novela de misterio:

1. El criminal debe ser mencionado en la primera parte de la historia pero no debe ser nadie de cuyos pensamientos el lector esté al tanto.
2. No se acepta ninguna intervención sobrenatural.
3. No se permite más de una habitación o pasadizo secretos.
4. No se puede utilizar ningún veneno desconocido para la ciencia ni ningún dispositivo que precise de una larga explicación científica al final
5. No deben aparecer chinos* en la historia.

6. El detective no puede ser ayudado por ningún accidente ni tampoco puede tener ninguna intuición inexplicable que resulte ser verdadera.
7. El detective no puede haber cometido el crimen.
8. El detective ha de hacer públicas todas las pistas que descubra
9. El colaborador del detective, el “Watson”, no debe ocultar al lector ningún pensamiento que pase por su mente y su inteligencia ha de ser ligeramente, solo ligeramente, menor que la inteligencia del lector medio.
10. Los hermanos gemelos, y los dobles en general, no deben aparecer a menos que se haya informado al lector con antelación de su existencia.

*Esta regla intentaba evitar los clichés raciales predominantes en las obras inglesas de los años 20.

Por otra parte, [The Detection Club](#), fundado en 1930 por escritores como Agatha Christie y Dorothy L. Sayers, estableció sus propias **Reglas del Juego Limpio**. Sus miembros tenían que atenerse a ellas prestando el siguiente juramento:

¿Prometes que tus detectives resolverán entera y verdaderamente los crímenes que se les presenten sirviéndose solo del ingenio que te haya complacido otorgarles, sin caer en o hacer uso de revelaciones celestiales, intuición femenina, magia potagia, camelos, coincidencias o actos divinos?

Posteriormente, el escritor estadounidense [S. S. Van Dine](#) redactaría sus propias **20 Reglas de Oro**, muy similares en su concepto a las de Ronald Knox o The Detection Club.

Más información en Wikipedia: [La edad de oro del misterio](#).

Entérate de nuestras novedades y... ¡te enviamos un libro gratis!

Déjanos tu correo electrónico y, además de informarte sobre nuestras nuevas

publicaciones, te enviaremos completamente gratis, en formato ePub o PDF, *El misterio de Copper Beeches*, una de las mejores aventuras del gran Sherlock Holmes, que da nombre a nuestra editorial.

También nos puedes seguir en nuestras redes sociales donde nos hará mucha ilusión tener comunicación directa contigo.

Si quieres contactar con nosotros para otra cosa, enviarnos una novela de misterio *vintage* o simplemente contarnos tu vida, estaremos encantados de atenderte en: hola@sherlockeditores.com

Danos tu opinión

¿Has leído alguno de nuestros libros? ¿Tal vez todos? Si ese es el caso, tu juicio es importantísimo para nosotros. Déjanos, por favor, tu opinión en esta [mini-encuesta](#). Contestarla solo te va a llevar dos minutos (¡cronometrados!).

Si no nos has leído, también nos interesa saber por qué. Como lector o lectora tienes todo nuestro respeto. ¿Qué te parece nuestra editorial? ¿Tienes sugerencias de autores u obras?

¡Tu opinión es fundamental para que podamos crecer y mejorar!

Si te has quedado con ganas de más novelas de la edad de oro del misterio, aquí tienes los primeros capítulos de *Muerte en el Britannic*, de Elizabeth Gill.



Muerte en el Britannic

Día 1

CAPÍTULO 1 | El Britannic

El Ocean Liner Express *volaba* hacia el mar a más de cien kilómetros por hora. El tren iba abarrotado de norteamericanos que regresaban a casa después de haber pasado la temporada de verano en Inglaterra y que, a diferencia de sus colegas ingleses, no paraban de charlar. Sus voces agudas formaban un claro contraste con la verde y serena campiña inglesa que se divisaba por la ventana. O eso, al menos, era lo que pensaba el caballero inglés que en ese momento intentaba abrirse camino por el pasillo.

“Determinación”, se dijo. “Esta gente tiene determinación. Saben lo que quieren y van a por ello... Espero que mis cuadros les gusten...” pensó, ya que se dirigía a la inauguración de su primera exposición en Nueva York.

Benvenuto Brown era un hombre de unos treinta y cinco años vestido con un sombrero de fieltro, una gabardina Burberry y un traje de franela, cómodo y de buen corte, pero un poco pasado de moda ya. En su cara, tostada por el sol, destacaba una larga nariz. Sus ojos azules revelaban sentido del humor y agudeza, pero no se puede decir que reflejaran determinación, precisamente.

Sentado frente a la ventana, contemplaba con placer la sucesión de granjas, praderas y arroyos que pasaban rápidamente ante sus ojos... La mañana era soleada, el día era radiante y el paisaje no podía ser más *inglés*. Benvenuto Brown, pintor y viajero empedernido, había vivido todo tipo de aventuras mientras servía en la British Intelligence durante la guerra, pero estaba entusiasmado como un niño ante este viaje a América.

Se llevó una mano al bolsillo delantero izquierdo y sacó un paquete de cigarrillos mientras se fijaba por primera vez en las dos personas que compartían su cabina. Era una pareja entrada en años, ingleses desde luego. Ella era una mujer voluminosa y de aspecto maternal y expresión plácida y despistada. En él, bajo y fibroso, llamaba la atención la mirada alerta de sus

ojos inteligentes. Su porte era el de un lord inglés.

—¿Les importa si fumo? —preguntó Benvenuto.

Ella levantó distraída la mirada de su labor de costura y le sonrió con benevolencia.

—Sabes bien —le dijo con reprobación— que llevo aguantando el humo de Pindlebury durante treinta años. ¿Cómo me va a importar?

Su marido se volvió bruscamente hacia ella soltando el *The Times* que estaba leyendo. —¡Santo cielo, Margaret! —exclamó—. No has visto a este joven en tu vida. ¿Cómo se supone que va a conocer mis hábitos de los últimos treinta años?... Y por amor de Dios, no exagere de esa manera. Mis disculpas, señor —añadió, volviéndose hacia Benvenuto—. Disculpe a mi esposa. Tiene buena intención pero es muy distraída. ¿No prefiere uno de mis puros?

Mrs. Pindlebury dejó la labor sobre su regazo.

—¡Oh! Disculpa, querido y... perdone señor, me temo que le he confundido con un viejo amigo. ¡Qué vergüenza! No sé qué va a pensar de mí. Todos son extraños en este tren, pero le he visto a usted y su cara me ha parecido familiar, por algún motivo.

—Vaya. ¡Qué amable de su parte! —replicó Benvenuto, recuperando un ovillo de lana rosa que había rodado debajo del asiento—. Me halaga que yo le recuerde a un amigo.

Mrs. Pindlebury, tranquilizada, le devolvió la sonrisa de complicidad y volvió a su labor.

—¿Es su primer viaje? —preguntó Mr. Pindlebury en un tono de voz que debió de oír todo el tren.

Benvenuto asintió desde detrás del puro que estaba encendiendo.

—¿Se va a quedar mucho tiempo en América?

—No tengo ni idea, para ser sincero. Espero conseguir algunos encargos, unos retratos, así que pueden ser seis meses... o seis años, quién sabe.

Mr. Pindlebury resopló.

—Pues fíjese bien en *esto*, joven, y consérvelo en su mente —observó golpeando la ventana con su puro—, porque no verá nada igual.

—¿No le gusta América, señor? —preguntó Benvenuto.

—No es un tema de que me guste o no. *No es Inglaterra*. Todo es demasiado grande allí: el paisaje, los edificios, hasta las ostras son demasiado

grandes. Es ridículo... Pero tiene que probar las *Blue Points* de todas formas.

—¿*Blue Points*?

—Las ostras. Muy buenas, sí. Y hay también un cangrejo de concha blanda que lo cocinan con un chorro de... Vaya, vaya... ¡Pero si ya hemos llegado! Vamos, Margaret, date prisa. Aquí tiene mi tarjeta, señor. Espero que nos veamos en el barco. Cuidado, Margaret, se te ha caído la lana. ¡Vamos! ¡Date prisa!

Benvenuto echó un vistazo a la tarjeta que tenía en su mano:

Mr. Samuel Pindlebury

Thurston Manor

Leicester

Y la guardó en el bolsillo con la esperanza de volver a encontrarse en el futuro con los Pindlebury.

El tren se acercaba rápidamente al muelle de Southampton. Benvenuto se asomó por la ventana para disfrutar del sabor salado del mar y del placer que siempre sentía al llegar a un puerto. Contempló los enormes transatlánticos y leyó impresionado sus nombres, como si se trataran de celebridades de la gran pantalla.

En el muelle de la Cunard, se alzaban las chimeneas rojas del Berengaria. Detrás estaba el Olympic, bajo la bandera de la White Star y a continuación... su corazón dio un vuelco, ahí estaba su barco, el Britannic, un gigante imponente.

Sacó la cabeza por la ventana, llamó a un portero, bajó del tren y se alejó por la plataforma hacia la entrada del muelle. Una multitud de elegantes pasajeros de primera clase avanzaban despacio hacia el barco, desprendiendo una mezcla de aromas, mitad perfumes caros, mitad humo de habano. Esquivó a un grupo de mujeres vestidas a la última moda, a otro de niños norteamericanos con su institutriz al frente y una montaña de baúles y palos de golf y consiguió llegar a la pasarela.

Suspiró con satisfacción. Después de un duro verano de trabajo en Londres, nada le apetecía más que cinco días de carísima brisa marina. Se iba a dedicar a disfrutar a fondo de la buena vida y no pensaba hacer nada que requiriera más esfuerzo que comer, dormir, pasear por cubierta y leer las

últimas revistas. Cinco días sin llamadas de teléfono, sin hablar con nadie, salvo tal vez un poco con el sobrecargo y otro poco con los Pindlebury... ¡Qué felicidad!

Miró distraído a su alrededor. ¡Qué bien vestidos iban los hombres, con sus *tweeds* ingleses y gabardinas de viaje! Y las mujeres, con cortes engañosamente simples y un aspecto ligeramente victoriano, elegante y femenino, que era el último grito de la temporada...

Delante de él, preparada para saltar a cubierta, se encontraba una mujer vestida completamente de negro. Benvenuto Brown parpadeó y observó su espalda con interés. Había algo que no encajaba... El vestido que llevaba no era obra de un diseñador encaprichado con las modas de épocas pasadas. No. Era *auténtico*. Las grandes hombreras, las mangas abullonadas, el tejido negro y rígido, un leve pero inconfundible olor a naftalina... Benvenuto regresó de pronto a su niñez y recordó a su madre vestida exactamente igual...

La mujer *victoriana* se tropezó al saltar desde la pasarela a la cubierta y soltó su bolso de piel negra, enviando todo su contenido por los aires. Un instante después, Benvenuto se encontraba a cuatro patas buscando de entre los pies de los irritados pasajeros un montón de artículos desperdigados por el suelo... Consiguió recuperar un monedero de piel, un pañuelo, un pasaporte y los fragmentos de una botella de sales.

—Me temo que esto ha quedado inservible —sonrió mientras le entregaba su bolso y el envase roto.

Una cara pálida y seria, marcada por las arrugas y unas profundas ojeras, se giró hacia él.

—No tiene ninguna importancia. Es usted muy amable. Muchas gracias, señor —dijo con voz temblorosa.

Y huyó de inmediato hacia el interior del barco, agarrando su bolso con fuerza.

Benvenuto la siguió con la mirada. “¡Vaya!, una pasajera *diferente*”, pensó.

—¡Todos los visitantes fuera del barco, por favor!

La voz del sobrecargo retumbó en el elegante vestíbulo principal. Los pasajeros se alegraron secretamente de que terminaran de una vez las siempre eternas y embarazosas despedidas.

Benvenuto Brown se paró al pie de la gran escalinata y entró en un ascensor que le transportó casi instantáneamente a su cubierta exterior.

Entró en su camarote, a la vez opulento y funcional, y lo examinó con satisfacción. Se trataba de un dormitorio completo con su cabecero dorado, vestidor, escritorio y un par de cómodas butacas. Era hasta demasiado lujoso. Solo un ojo de buey recordaba que estaban en un trasatlántico.

Abrió su maleta y comenzó a asearse para el almuerzo. Enderezó su corbata delante del espejo y se detuvo un instante a escuchar. Una ligera sacudida le informó de que el viaje había comenzado.

Benvenuto abandonó su camarote y entró en el salón restaurante de muy buen humor. El *maître d'hôtel* le recibió con una amplia sonrisa.

—Buenos días, señor. Su número de camarote, por favor... ¡Ah, sí! Por aquí, si me permite, Mr. Brown.

Benvenuto le siguió a través de un laberinto de manteles de lino y cuberterías de plata hasta que llegaron a una mesa individual apoyada contra la pared y situada, para su satisfacción, a considerable distancia de la banda de música. El camarero le acercó la silla y Benvenuto se sentó a estudiar la carta, demasiado larga y variada para su gusto.

—Caviar, huevos *Mornay* y escalope con guisantes, por favor — solicitó.

Rechazó un *cocktail*, prefiriendo una pinta de *Pouilly* y, por fin, se relajó y comenzó a observar a su alrededor.

Un inspirado pintor moderno había convertido las paredes del restaurante en una selva tropical y la banda tocaba una música de baile de inspiración africana, lo que suponía un curioso contraste con la brisa marina que entraba por las ventanas abiertas.

El salón restaurante estaba muy concurrido. Desde su posición, cerca de la pared, podía contemplar a los grupos de gente que iban entrando. El *maître d'hôtel* se desplazaba ágilmente de un lado a otro, intentando acomodar a todos los pasajeros, y daba órdenes a los camareros, como un general que ejecuta rigurosamente un plan estratégico predefinido. Los pasajeros, libres de las capas exteriores de abrigo, dejaban de ser seres anónimos para adquirir una interesante personalidad individual.

Benvenuto bebió un sorbo de su *Pouilly*, extendió un poco de un caviar excelente sobre una tostada caliente y suspiró satisfecho. Durante cinco días dispondría de soledad, calma y tiempo libre y podría dedicarse a su

pasatiempo favorito, el que ya había practicado en los cafés de Berlín, París o Viena... y que no era otro que relajarse y contemplar a la gente con la que se cruzaba, víctimas inconscientes de su penetrante ojo de pintor y su mente inquieta.

Para Benvenuto, ese era el mejor entretenimiento del mundo. El antídoto perfecto a su faceta creativa de pintor y a su actividad ocasional en investigación criminal. Mientras otros buscaban el olvido o la distracción en los teatros, cines o libros, él los encontraba en los cafés. Con una copa en la mano, se imaginaba las vidas de los desconocidos que veía a su alrededor y en una cara, o una actitud, encontraba inspiración para sus cuadros.

Mordisqueó su caviar contento. Cinco días de distracción completa. No conocía a un alma a bordo, excepto a los Pindlebury... Y justo cuando estaba pensando en ellos, los vio. Estaban sentados en una mesa a cierta distancia. Mr. Pindlebury y el camarero jefe parecían mantener una solemne conferencia sobre el menú, mientras que Mrs. Pindlebury mostraba su habitual aspecto conforme y resignado.

Otra pareja de mediana edad, opulenta en todos los sentidos, pasaba en ese momento a su lado mientras que, justo detrás, como una barquita diminuta siguiendo a dos trasatlánticos, se desplazaba una criatura exquisita que era, probablemente y por algún milagro de la naturaleza, hija suya.

Para cuando le sirvieron los huevos, el salón estaba ya lleno. A su izquierda, se hallaba una familia americana: padre, madre y dos hijos; cultos, prósperos y de buen aspecto. “Un profesor universitario y su familia, tal vez”, pensó Benvenuto. “Buena mezcla de genes escoceses y sangre norteamericana”. Estaba a punto de adjudicarles una casa de estilo colonial y un *Packard*, cuando su atención se desplazó a tres personas que permanecían de pie a unos metros de distancia mirando indecisas a su alrededor. Benvenuto soltó el tenedor y los observó con interés renovado.

Eran compatriotas suyos, de eso no había duda, pero... ¿qué extraña combinación de circunstancias los habría juntado? Eran dos hombres y una mujer. Benvenuto se fijó en el hombre más bajo. Tenía los ojos llorosos y sus dedos, manchados de nicotina, manoseaban su bigote con nerviosismo. Su traje, mal cortado, y una corbata con unas rayas que podrían representar fácilmente a todos los regimientos de la nación, le distinguían del resto de los adinerados y elegantes pasajeros... ¿A qué se dedicaría? ¿Vendedor de seguros, tal vez? Y... ¿por qué demonios viajaría con los otros dos?

“Los otros dos” consistían en un joven con gafas y aire intelectual, alto, desgarrado y vestido con pantalones de franela y abrigo de *tweed*, todo viejo ya pero de buena calidad, y su acompañante femenina, alta y delgada, que se desplazaba con una gracia exquisita entre las mesas abarrotadas. Su voz, clara y sensual, llegó hasta Benvenuto.

Benvenuto controló el impulso absurdo de levantarse para hablar con ella y se limitó a mirarla mientras se alejaban hacia una mesa. Tomó un sorbo de vino. No era su belleza lo que le había llamado la atención. La mujer que había pasado a su lado no era ni la mitad de hermosa que muchas de las jóvenes que se encontraban en el barco. No era tampoco su vitalidad, su cara era pálida y casi sin expresión. Irradiaba sobre todo tensión, tensión disimulada bajo una fachada de elegancia y distinción.

Benvenuto terminó de comer con impaciencia. Probablemente todo se debía a su imaginación. La mujer estaría cansada del viaje o convaleciente de una enfermedad o... lo que fuera... Pero sabía que quería volver a encontrarse con ella. Dejó su servilleta encima de la mesa y salió a cubierta.

El *Britannic* se alejaba de la tormenta que azotaba Inglaterra y se deslizaba sereno hacia un sol radiante. Benvenuto, tumbado en una hamaca, contemplaba los juegos de colores entre los nubarrones grises del puerto de Southampton y los rayos de sol que comenzaban a acariciar la cubierta. Recobró el buen humor, encendió un cigarro y se levantó rápidamente al ver que Mr. y Mrs. Pindlebury, cargados de mantas, revistas y labores de costura, se detenían delante de su tumbona.

—El almuerzo no ha estado mal —observó Mr. Pindlebury—. Espero que el suyo haya sido tolerable también. Si no ha sido así, dígamelo y hablo con el cocinero. Es un buen hombre pero muy vago. Todos los cocineros lo son.

—Mi comida ha sido magnífica, muchas gracias. ¿Dónde se van a sentar?

—¿Le importa si nos sentamos a su lado? —preguntó Mr. Pindlebury mientras hacía una seña al sobrecargo, que esperaba pacientemente detrás con las tumbonas.

Un instante después todos estaban confortablemente sentados, Mr. Pindlebury, casi momificado en media docena de mantas, mientras que su esposa luchaba por desenredarse de varios metros de lana rosa, a la vez que sonreía ocasionalmente a Benvenuto.

—Vamos a tener buen tiempo. —Mr. Pindlebury olfateó el aire—. Aunque no es algo que me preocupe. Yo no me mareo. De hecho, sería una bendición si una tormenta recluyera a todos estos paletos en sus camarotes. Tendríamos mejor servicio de cocina.

—¿Ha viajado más veces en este barco? —preguntó Benvenuto

—Veintidós veces. El capitán es amigo mío. Un buen tipo... a ver si se lo presento. Por cierto, ¿es usted ese pintor Brown que colaboró en la resolución del asesinato del joven Kulligrew?... ¡Ah! ¡Estaba seguro de que era el mismo! Conozco a algunos de los implicados y me contaron maravillas de usted. ¡Buen trabajo, joven! Siempre he pensado que me habría gustado ser policía. Aunque no es fácil... todos mentimos y casi todos somos unos canallas... A ver cómo eliges el culpable cuando podría ser cualquiera. ¿Recuerda esa noticia del periódico de la semana pasada...?

Se pusieron a hablar de los detalles del caso y Benvenuto solo regresó al presente cuando pasó delante de él la inglesa alta y rubia conversando con el joven de las gafas.

—Esa sí que es una mujer interesante —interrumpió de forma abrupta.

Mr. Pindlebury se levantó de su hamaca y rebuscó entre las mantas su monóculo.

—Demasiado delgada —murmuró con desaprobación—. A una mujer no se le tienen que ver los huesos. Debe tener curvas. Y si no las tiene, que se ponga relleno. Mi madre, que era una mujer sensata, lo hacía. Me acuerdo de haberlo visto cuando yo era un crío. —Trazó dos círculos en el aire con sus manos—. Creo que eran postizos de pelo de caballo...

—Vamos, vamos Pindlebury... —musitó su mujer con aire distraído desde detrás de las agujas de punto.

—¡Tonterías, querida! Sabes que tengo razón y Brown está de acuerdo conmigo. Es un tipo razonable.

Benvenuto Brown se guardó su opinión para sí mismo mientras seguía con la vista la figura delicada y elegante de la mujer desconocida. Mientras la contemplaba, vio cómo ella llamaba la atención de su acompañante con un movimiento brusco y señalaba algo en el agua. En unos instantes, una multitud se agolpaba alrededor de la barandilla, asomándose al mar. Benvenuto se levantó y se acercó, seguido de Mr. Pindlebury. Un barco a vapor se aproximaba con un grupo de gente en cubierta entre los que destacaban un hombre corpulento y una joven esbelta y chic. A sus espaldas,

una montaña de equipaje y algunos sirvientes esperaban también para embarcar en el Britannic.

Benvenuto se volvió justo a tiempo para ver que la inglesa temblaba de emoción y se agarraba con fuerza al brazo de su acompañante.

—¡Gracias a Dios! —la oyó decir.

“Bien”, pensó, “esto se vuelve cada vez más intrigante”. Mr. Pindlebury interrumpió sus pensamientos.

—Ahí tiene a lord Stoke, la última joya de la aristocracia inglesa, y su mujer, exctriz de revista. Pero... ¡No puedo creerlo! ¡Si está aquí Ann!

Mr. Pindlebury sonreía de oreja a oreja mientras sacudía con energía la mano de la enigmática inglesa.

CAPÍTULO 2 | Bolas de naftalina

El Britannic se desplazaba ligero, a pesar de las toneladas de exquisiteces, vinos, perfumes, flores y sedas que llevaba en su seno. Fuera, en cubierta, las parejas paseaban del brazo, contemplando el oleaje y las estrellas. Los vestidos de noche de las mujeres resplandecían en la oscuridad y en la brisa flotaba el aroma de los puros. Dentro, en el salón de baile blanco y dorado, otras parejas se mecían al ritmo de vals vieneses, mientras las mujeres de más edad rememoraban recuerdos de juventud y rezaban por una buena travesía.

En los camarotes del servicio, los sobrecargos y auxiliares jugaban a las cartas o calculaban las propinas que recibirían. El Britannic era un universo en sí mismo, compacto y civilizado.

Mr. Pindlebury tomó un trago de *brandy* en la sala de fumadores, dio una calada a un puro de excelente calidad y suspiró.

—Es una historia muy triste —comenzó a decir, girando su silla hacia Benvenuto—. Conozco a Ann Garstin desde que era un bebé. Ann Stewart se llama ahora. Un bebé muy hermoso, por cierto, de piernas bien rollizas. ¡Una lástima cómo cambia la gente!... En fin... Montó un buen revuelo el año que fue presentada en sociedad. Tenía a la mitad de Londres a sus pies. Podría haberse emparejado con el mejor género del mercado y sin embargo... escogió a Tom Stewart.

—¿Se refiere al biólogo que murió en un accidente de coche hace unos meses?

Mr. Pindlebury asintió sobre su vaso de *brandy*.

—Recuerdo un poco la historia —dijo Benvenuto—. Aunque yo estaba fuera de Inglaterra por esa época trabajando en un caso... Así que era su marido...

—Sí. Mal asunto. Era un hombre brillante, fue una pérdida terrible. Ann ha cambiado mucho desde entonces. Me he llevado un buen susto al verla. Ha perdido su energía, es como si estuviera hechizada. Lo peor de todo es que algún imbécil propagó el rumor de que había habido algo raro en el asunto... que habían hecho algo en el coche. Todo tonterías, claro. A la gente le

encanta el drama —se puso en pie—. Supongo que deberíamos reunirnos ya con las señoras...

Regresaron juntos al salón de baile y se detuvieron un instante a contemplar a las parejas que bailaban. Mr. Pindlebury se recolocó el monóculo.

—¡Deplorable! —exclamó—. Nunca me acostumbraré. ¡Mírelas! Si se vieran a sí mismas... Falta carne en esos huesos. Tenía que haberlas visto en mis tiempos. Tenían *presencia*. Muy diferentes de estas criaturas sin pecho ni caderas. No hay nada *ahí*. Nada donde agarrarse. Nada que pueda atraer a un hombre...

“Ahí sí que hay algo que puede atraer a los hombres”, pensó Benvenuto. En la entrada, con un vestido blanco largo y fino y una capa ribeteada de plumas alrededor de los hombros, estaba la pequeña norteamericana del almuerzo. Esbelta, maquillada y perfumada, insultantemente joven, se paró un momento a mirar a las parejas y cruzó la sala. Mr. Pindlebury, ajustándose aún más el monóculo, se dispuso a seguirla, pero Benvenuto le frenó con una mano en su hombro.

—Creo que Mrs. Pindlebury está al fondo de la sala. Y... ¿no es Mrs. Stewart la que está con ella?

—Ah, sí. Ya las veo —replicó Mr. Pindlebury con expresión resignada.

Se dirigieron al sofá ocupado por Mrs. Pindlebury y Ann Stewart, que charlaban en ese momento con los dos acompañantes de mesa de Ann.

—Mr. Leonard Gowling, Mr. Brown —Mrs. Stewart realizó las presentaciones.

—Encantado de conocerle —dijo el más bajo mientras le estrechaba la mano.

—Mr. Morton-Blount, Mr. Brown —continuó ella.

El joven dirigió una mirada miope a Benvenuto a través de las gafas y le saludó mientras luchaba para que no se le cayeran de los brazos un montón de libros y documentos.

—¿Bailamos? —preguntó a Ann.

Se alejaron los dos hacia la pista de baile y Benvenuto aprovechó para escaparse y salir a cubierta.

Ahora que se la habían presentado y conocía su nombre y su historia, Ann le seguía pareciendo tan misteriosa como antes... Intentó recordar la primera impresión que se había llevado de ella. No le había parecido una

mujer rota de dolor, sino más bien obsesionada con algo. Tenía que conseguir romper el hielo y acercarse a ella.

Volvió a entrar en el salón de baile, donde casi se choca con una mujer a la que reconoció inmediatamente por el olor a naftalina. Era la mujer del bolso.

—Perdone, ¿sabe qué hora es? —le preguntó ella con la misma voz nerviosa que él recordaba.

Benvenuto sacó el reloj del bolsillo.

—Las diez en punto —contestó, y la ayudó a acomodarse en la silla, tapándole las rodillas con un chal. Ella habló de nuevo.

—Perdone por hacerle esta pregunta pero... ¿sabe el nombre del hombre con quien estaba hablando hace un momento? Quizá piense que soy una descarada, pero creo... creo que le conozco.

—¿A qué hombre se refiere? ¿Quizá a Mr. Pindlebury, Samuel Pindlebury, un hombre ya mayor...?

—¡Oh, no! —interrumpió ella—, el otro caballero. Uno con bigote que iba acompañado de una señora muy bella.

—¿El hombre bajito, con bigote? Ah, sí, déjeme pensar. Creo que su nombre es Gowling, me lo acababan de presentar.

—Gowling... —pronunció el nombre como si le sonara familiar—. Gowling... —repitió—. Creo que me he equivocado. Perdone y muchas gracias.

—No se preocupe. Buenas noches.

Benvenuto se giraba ya para marcharse cuando ella volvió a llamar su atención.

—¿Sabe si el viaje va a ser largo?

Benvenuto la miró sorprendido.

—Cinco días... ¿Es su primer viaje?

—¿Perdone? Oh, sí, sí... —sonrió—. No soy una gran viajera... —e inesperadamente—: No me he movido del mismo sitio en años, muchos años. Ya ni sé cuántos...

Volvió a arrellanarse en la butaca, cubriéndose con el abrigo.

—Bueno pues ahora que se ha decidido, espero que disfrute del viaje. ¿No quiere algo caliente para beber? Empieza a hacer frío aquí.

Le miró sorprendida.

—Oh, es usted muy amable... mucho... Creo que un vaso de oporto me

iría bien.

—¡Pues claro! —Benvenuto hizo el gesto de levantarse de la silla pero ella le detuvo con una mano temblorosa.

—¿Es necesario entrar? Se está tan bien aquí fuera... Se respira tanta libertad...

—No, no, claro. ¡Camarero! Por favor, ¿me podría traer dos vasos de oporto?

Volvió a sentarse en la hamaca y estudió el perfil de su acompañante. Era una de esas mujeres de edad indeterminada, podía tener de cuarenta a sesenta años. Su pelo, moreno y rizado, contaba ya con algunas canas plateadas. Sus ojos negros reflejaban tristeza y su cara estaba horriblemente pálida. Sintió de pronto una enorme pena por ella.

—Este es mi primer viaje también —dijo—. Estoy deseando llegar a Nueva York. Como usted supongo...

—¿Nueva York? —preguntó ella con voz asombrada, como si no tuviera ni idea del destino del barco—. Nueva York... —repitió lentamente—. Recuerdo que mi hermana Sara emigró allí con su marido...

—Tendrá usted ganas de verlos... —se atrevió a decir Benvenuto. Pero ella movió la cabeza con aire perplejo.

—No sé... quizá se han ido a vivir a otro sitio. Nunca pude escribirles. ¿Cree... cree usted que sería fácil encontrarles?... Pero no, no debería hacerlo.

Benvenuto tomó un par de vasos de la bandeja que le había acercado el camarero, le acercó uno y brindó por su salud antes de beber un trago. Ella imitó su gesto y Benvenuto vio, incómodo, que las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Es usted muy amable, muy amable... —y, abruptamente—: ¿Cuántos años tiene?

—Creo que treinta y seis —contestó Benvenuto con una sonrisa.

—¡Ah! Es usted mayor que mi hijo.

—¿Está su hijo en América?

—¡Oh, no! Está en el cielo —contestó sin dar la menor importancia al hecho, de forma que él se preguntó si habría oído bien. La desconocida se medio levantó de su asiento con un movimiento nervioso y le preguntó:

—Perdone, ¿qué hora es ahora?

—Casi las diez y media.

Ella se arropó con su chal.

—Debo marcharme ya. Ha sido usted muy bueno, muy amable, me ha hecho olvidar... Buenas noches.

Él se quedó mirando a la pequeña figura oscura hasta que desapareció. Aún flotaba en el aire el olor a naftalina. “Ningún perfume”, pensó, “podría irle mejor”.

Se asomó a la barandilla. A lo lejos se oía la música. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo hacia el salón de baile.

CAPÍTULO 3 | Un océano inmenso

El salón seguía repleto de parejas bailando. Benvenuto miró a su alrededor sin saber bien qué hacer hasta que divisó a Mr. y Mrs. Pindlebury y a Ann Stewart sentados en un diván.

—¡Por fin aparece! —observó Mr. Pindlebury—. Mi mujer está un poco cansada y se retira ya. Luego le veo.

Mrs. Pindlebury se despidió de Benvenuto.

—Buenas noches. Muchas gracias —le dijo misteriosamente y se alejó con una sonrisa.

Benvenuto no tuvo tiempo de preguntarse qué querría decir. Ann Stewart se disponía a retirarse también a su camarote.

—Venía a preguntarle si querría bailar conmigo —se apresuró a decir Benvenuto.

Ella le lanzó una mirada glacial pero Mrs. Pindlebury les interrumpió en ese momento.

—Baila con Mr. Brown, Ann. Baila muy bien y tú tienes que intentar divertirte... ¡Vaya!, recuerdo cuando yo era joven... ¡la de carnets de baile que habré llenado! La gente joven tiene que pasarlo bien.

La expresión de Ann se suavizó al inclinarse para besarla.

—Pues claro que me voy a divertir, no te preocupes por mí.

En cuanto pisaron la pista de baile, Benvenuto se dio cuenta de que había encontrado a una compañera de baile perfecta.

—Baila usted muy bien —le dijo. Pero Ann seguía perdida en sus pensamientos. Bailaron un rato en silencio hasta que ella rompió el hielo.

—Margaret Pindlebury es un encanto. Para ella el mundo es un sitio maravilloso donde todo el mundo es bueno y amable con los demás. Cuando estoy con ella tengo que pretender que es así.

Incluso mientras hablaba, Ann permanecía distante, como si su cuerpo estuviera presente, pero su espíritu siguiera ocupado lejos de allí. El baile terminó y le dedicó una breve sonrisa.

—¿Quiere venir conmigo a dar un paseo por cubierta? —preguntó Benvenuto—. Hace una noche estupenda.

Ella recogió su abrigo y le siguió en silencio.

—Creo que he visto antes a su amigo Morton-Blount —mintió esperando atraerla a un terreno más personal—. ¿Es escritor?

—No —contestó Ann—. Es un hombre magnífico, con fuertes creencias y conciencia social. Llegó tarde para ser objetor de conciencia en la guerra, pero lo compensa objetando a muchas otras cosas. Siente que tiene una misión importante que cumplir y yo le envidio ese propósito en la vida.

Benvenuto la miró sorprendido. Ella se giró y, apoyándose sobre la barandilla del barco, observó la oscuridad donde debía de estar el océano.

Los motores del barco se pararon de repente y, en medio del silencio, se escucharon gritos y voces confusas desde una cubierta inferior. Ann se enderezó bruscamente y miró asustada a Benvenuto. “¡Hombre al agua!” se escuchó, y ambos echaron a correr hacia el lugar de donde provenía la voz. Las sirenas ahogaban los gritos de los pasajeros. El barco había despertado de repente y había gente por todas partes. La tripulación bajaba al agua, a toda velocidad, los botes de salvamento y un potente foco de luz se desplazaba sobre la superficie del mar.

Ann estaba temblando pero Benvenuto comprobó asombrado que en los ojos de su acompañante se revelaba algo más que el miedo o la curiosidad... Parecía ira. ¿Acaso sabía quién era la persona que había caído por la borda?

Ella ahora se había girado y buscaba ansiosamente a alguien en cubierta, ignorando su presencia. Benvenuto miró también, pero no vio ni a Gowling ni a Morton-Blount.

De pronto se oyó un grito. Los botes habían llegado a una boya iluminada que habían lanzado previamente por la borda y, en uno de ellos, un hombre en pie hacía señales con los brazos.

La búsqueda había terminado.

Después de lo que pareció una eternidad, el primero de los botes por fin regresó. Un hombre estaba inclinado sobre una figura negra y empapada en la que Benvenuto reconoció a la mujer con la que había estado hablando no hacía ni una hora.

Rápidamente se giró para contemplar a Ann, que miraba fijamente a la mujer inmóvil y comprobó asombrado que la pena y el horror que habían aparecido momentáneamente en su cara eran reemplazados por algo diferente... alivio y tal vez alegría.

Benvenuto atravesó la masa de gente buscando por todas partes a

Blount y Gowling pero, después de cinco minutos de búsqueda infructuosa, se convenció de que no estaban allí.

Un impulso repentino le hizo dirigirse a la oficina del sobrecargo. En el exterior de la puerta colgaba una lista con todos los pasajeros. Recorrió rápidamente con la vista los nombres: “Gowling, Mr. Leonard, Cabina 27, Cubierta D”. “Morton-Blount, Mr. Roger, Cabina 26, Cubierta D”.

Corrió hacia el ascensor. El pasillo estaba desierto, todo el mundo estaba fuera presenciando el rescate. Llamó con los nudillos en el camarote 26, pero no hubo respuesta. Probó la puerta. No estaba cerrada con llave, así que entró y encendió la luz.

El camarote estaba limpio y ordenado. La cama estaba ya preparada para la noche, pero no tenía señales de haber sido usada. Salió y llamó en la puerta de al lado con el mismo resultado. Se paró a reflexionar en el pasillo... Lo primero que tenía que hacer era encontrar a Gowling y Morton-Blount, antes incluso de averiguar si la mujer estaba viva o muerta. Recorrió el salón de baile, la sala de lectura, la biblioteca, el salón-comedor, la sala de fumadores... Nada. Como si se les hubiera tragado la tierra. Entró por último en el bar y lanzó un suspiro de alivio. En una mesa al fondo, en una esquina casi sin iluminar, Gowling y Morton-Blount charlaban en un tono casi inaudible. Benvenuto se dirigió al mostrador, pidió una copa y atravesó la sala sentándose de espaldas a ellos. Su copa quedó intacta mientras escuchaba atentamente la conversación a su espalda... Los dos hombres discutían apasionadamente de... fertilizantes artificiales.

[1] No, *madame*, y no tenemos mucha gente últimamente, ¿sabe?

[2] ¡Ah, sí, monsieur! Vino ayer a la hora de la comida.

[3] Yo creo que el pobre viejo estaba un poco chiflado